

Caneyes, Sudor Y Pedregales.
Industria Tabacalera En El Melonal, Norte De Boyacá.

Luis Carlos Solano Cubillos.

Universidad Pedagógica Nacional
Facultad de Humanidades
Maestría en Estudios Sociales
Bogotá D.C.
2022

Caneyes, Sudor Y Pedregales.
Industria Tabacalera En El Melonal, Norte De Boyacá.

Luis Carlos Solano Cubillos.

2020289022

Tesis para Optar por el título de Magister en Estudios sociales

Director

Pablo Andrés Nieto Ortiz

Universidad Pedagógica Nacional

Facultad de Humanidades

Maestría en Estudios Sociales

Bogotá D.C.

2022

Tabla de contenido

Un inicio accidentado	11
El silencio del presente. La voz del aparcerero que no ha sido escuchada.	15
Contar lo vivido, para no vivir lo contado.	20
Capítulo 1.	26
Una infancia con olor a Tabaco.	26
Una Niñez Entre Dos Mundos	29
El Tabaco, Un Oficio Vacacional Heredado.....	45
El Melonal, La Hacienda y La Colonia.	52
Capítulo 2.	66
Una historia que contar a cuatro voces	66
Luis Enrique, del tabaco a la albahaca, de la salud a la enfermedad.	72
María Yamile, “...antes por todo lo trataban a uno como menos, primero por ser niña, luego por pobre y pues imagínese uno mujer”.....	88
José Suarez, Un Liberal Entre Chulavitas.....	100
Darío, “Aprendemos a nadar cuando el río se secó”.	112
Capítulo 3.	129
Entre la resiliencia y la resistencia	129
El fin de una era	129
Una historia que no termina.....	142
A Modo De Cierre	151
Referencias	155
Anexo 1. Glosario.....	164

Índice de Fotografías

Fotografía 1 Celebración familiar	31
Fotografía 2 Mujeres de la vereda Tibita, Villapinzón	33
Fotografía 3 La cuna del Cañón del Chicamocha	35
Fotografía 4 Boavita.....	36
Fotografía 5 Transporte rural, las cabras de acero.	37
Fotografía 6 Animales de carga, monta y compañía	38
Fotografía 7 La gente y el río	39
Fotografía 8 Construcción en tapia	39
Fotografía 9 Desayuno familiar.....	40
Fotografía 10 Cuenca media del rio Chicamocha	40
Fotografía 11 Corraleja de piedra.....	41
Fotografía 12 Vida y oficios.....	42
Fotografía 13 Celebraciones religiosas	43
Fotografía 14 La mujer y la huerta.....	44
Fotografía 15 El Chicamocha y la juventud.....	46
Fotografía 16 Caney o Tambo.....	48
Fotografía 17 Visitas de amor	51
Fotografía 18 Tipacoque	55
Fotografía 19 Horno de barro.....	56
Fotografía 20 La casa de teja.....	57
Fotografía 21 El Melonal	59
Fotografía 22 Trapiche de caña.....	60
Fotografía 23 Sartas de tabaco colgadas en camaretas.....	63
Fotografía 24 El auge del tabaco.....	77
Fotografía 25 Cosecheros del tabaco	84
Fotografía 26 Mujer melonense	89
Fotografía 27 Traje de primera comunión.....	91
Fotografía 28 Mujer melonense	94
Fotografía 29 Máquina de coser antigua	97
Fotografía 30 Camino de herradura	106
Fotografía 31 Cabras en el potrero.....	110
Fotografía 32 El hombre melonense	112
Fotografía 33 Cultivo de tabaco.....	114
Fotografía 34 La familia y el maíz.....	119
Fotografía 35 La playa del Chicamocha.....	121
Fotografía 36 Familia emigrante	125
Fotografía 37 El paso del tiempo	147
Fotografía 38 La resistencia de los mayores	147
Fotografía 39 El territorio en disputa	149

Índice de Gráficos

Gráfico 1 Datos comparativos Censo 2005 - 2018 desarrollado por el DANE.....	145
Gráfico 2 Datos comparativos grupo etario Censo 2005 - 2018 desarrollado por el DANE	146

Índice de Tablas

Tabla 1. <i>Número de propietarios declarantes en Boavita, según el número de lotes en sus fincas, 1954</i>	138
---	-----

Agradecimientos

Aprovecho este espacio para compartir mi más profundo agradecimiento a Alejandra, mi esposa, compañera, amiga, amante, colega y confidente, que desde el primer momento me ha acompañado, aconsejado, orientado y alentado a lo largo del camino que me condujo hasta este momento. Sin ti no habría podido terminar este proceso que como bien sabes, fue bañado por lágrimas de alegría y tristeza.

Le agradezco a mis tres hijos: Mari, Juan y Benji, quienes con su alegría, honestidad y amor me iluminaron las noches de trabajo y acompañaron mis jornadas en el Melonal; en donde juntos descubrimos la riqueza y hermosura de ese territorio del Norte de Boyacá, del que ahora ustedes también son parte.

A mis padres, por darme su amor, apoyo y consejo en los momentos en los que la incertidumbre del presente y desconocimiento de un pasado familiar, permitieron que nos conocieran aún más. A mis hermanos, a quienes admiro y respeto por su retadora inteligencia, su carácter noble y su disposición en apoyar este proceso.

Le agradezco a mis abuelos, por abrirme su corazón, su vida, su historia, su pasado, que aunque doloroso en gran medida, es testimonio de toda una vida valerosa, impulsada por el heroísmo de amar. A mis tíos y tías, primos y amigos que me alentaron, escucharon y se tomaron un momento, en medio del ajetreo diario, para prestar atención a mis dudas y compartir su sabiduría que me mostró nuevos caminos.

Al profesor Pablo, quien desde su amplia inteligencia y su descomplicada forma de ver las cosas, me permitió pensarme otros caminos, diferentes, anárquicos, en donde prima más el contenido, el sentir de la gente y sus historias que las cuestiones de forma.

Al territorio del Melonal, tierra mágica, mestiza, campesina, de apariencia agreste pero de corazón humilde, que me recibió con su calor abrazarte y sus aguas benditas, con las que el Chicamocha, amo del cañón, apacigua el cansancio.

A todas las personas que habitan el Melonal y que me abrieron las puertas de casa, permitiéndome caminar con ellos y conocer las anécdotas y experiencias de ese realismo mágico que se vivió y se vive en el territorio.

De igual forma, le agradezco a German y a Libardo, quienes a pesar de su inesperada partida acompañan mi vida, mi pensamiento, mi ser y guían mi alma al son de ruana, guacharaca y puntera.

Por último, al Dios de la vida y de mis ancestros, que se manifiesta en todas las personas a quienes les he agradecido y en todas aquellas con quien he coincidido a lo largo de este proceso.

A sus mercedes, gracias.

A modo de saludo e invitación

Desde algún lugar del Melonal, un cosechero, un campesino, un padre, un hijo, un poeta,
mi tío, le comparte estas palabras a sumercé que leerá estas páginas:

*El porte de la vida, el sacrificio, la valentía, la gallardía,
la soberanía del espacio son mi motivación.*

*El tabaco fue un dije tan apretado que nos entregó la vida.
Pero aquí estamos, donde estamos,
en el lugar donde nos encontramos.*

*Hoy y siempre, son los recuerdos de mis sacrificios,
de mis sufrimientos,
de mi manera como día a día, arduamente,
el trabajo me lo brindaba.*

*El Caney era un espacio lleno de motivación y amor,
de afecto, de comprensión.*

*Donde seguramente le daba ese momento a la vida,
ese espacio tan valioso que no tenía precio.*

*Y ahí es donde los hombres se forman,
donde seguramente el ideal de la vida
nos tiene cosas mucho más interesantes.*

Esto es parte de mis recuerdos.

Por los que pasé, por los que viví.

Los que disfruté, por los que lo soñé.

Por los que tuve una responsabilidad desde muy niño.

*Me enseñaron y me enseñó la vida,
a labrar una tierra que hoy se siente triste,
desprotegida, desamparada.*

*Que, con las manos labradas,
portaba la seguridad para aportar un alimento necesario a mi hogar,
Y no solamente a mi hogar,
Para mi madre, para mi padre,
darles a entender que desde niño
he sido una persona que ha dado lo mejor.*

*Por eso ahora, te envío esta historia,
para que tú la lleves, para que tú la portes,
para que tú te des cuenta cuál fue esa pizarra hermosa
que el destino me brindó y me lo regaló.*

*Que me dio este momento para alzar los ojos al cielo
y decirle al Padre creador, al Padre de la vida*

¡Aquí estoy!

César Eudocio – Boavita, Boyacá.

Enero, 2023.

A Aleja, el amor de vida.

-Introducción-

Un inicio accidentado

Para que esta investigación se preguntara por *¿cuáles fueron las transformaciones de la ruralidad y su estructura agraria a partir de la producción agrícola del tabaco en la vereda el Melonal del municipio de Boavita?* tuve que atravesar un proceso accidentado, de ires y venires investigativos. Todo empezó ese 19 de noviembre de 2019, cuando la calle principal de Soatá, que atraviesa el municipio de sur a norte, retumbó con las arengas, pitidos y silbidos de los campesinos de Boavita, Soatá y Tipacoque, que exigían la derogación del acuerdo 002 de la Corporación Autónoma Regional de Boyacá – Corpoboyaca, por medio del cual declaraba y alinderaba el *Distrito Regional de Manejo Integrado Bosques Secos del Chicamocha* ubicado en los municipios de Boavita, Tipacoque y Soatá.

Ese día vi desde Bogotá como STV Noticias SOATA, un medio local, transmitió el descontento de la población con el acuerdo, pues según los marchantes que en su mayoría eran personas mayores, se facultaba a Corpoboyacá para reestructurar la actividad agrícola en más de 12.000 hectáreas de la región y, por ende, limitar la vida agraria de los territorios alinderados en los municipios del norte de Boyacá. De igual forma, los líderes denunciaban reiteradamente que habían sido engañados, pues, según ellos, el proceso de consulta previa se había dado con mentiras, aprovechando la buena voluntad de algunos campesinos que con engaños habían firmado documentos que validaban el acuerdo. Fue tanto el descontento, que los presentes a una sola voz exigieron en el parque principal la salida de la Corporación Autónoma de los municipios, pues para ellos, Corpoboyaca en el pasado no le había aportado a la región en el cuidado del medio ambiente y los recursos hídricos, sino que, por el contrario, afectaba a la población al actuar sin un adecuado proceso de concertación.

Esta marcha no tenía antecedentes en la región, no sólo por la cantidad de personas que logró convocar, sino porque al indagar con algunos conocidos sobre el proceso de organización que se tuvo, pude enterarme cómo las Juntas de Acción Comunal de las veredas, apoyadas por organizaciones ambientales de otras regiones del país, habían realizado un trabajo de sensibilización, formación y denuncia de las posibles consecuencias del Acuerdo en cada una de las comunidades.

Que pasara hechos de esta naturaleza en el Norte de Boyacá me emocionó; no era común que sucediera en el territorio. Así que decidí investigar sobre los procesos de acción colectiva y de movilización de recursos que se habían dado entorno a este proceso de protesta. Por ello, siguiendo los manuales de investigación y las premisas del método deductivo, me preparé con base a las teorías de autores como Charles Tilly, Sidney Tarrow, Mancur Olson, entre otros.

Teniendo este marco teórico como base, diseñé una guía de entrevista para la recolección de información cualitativa y me dispuse a ir a territorio. Al llegar al Melonal, vereda perteneciente al municipio de Boavita y lugar al que ya había visitado en múltiples ocasiones, como familiar lejano que regresa a la tierra en la que nacieron sus padres, me vi enfrentado a esta relación enmarcada en el rol de investigador, situando a los otros en calidad de informantes e implementando los instrumentos diseñados para tal fin, intentando con ello evidenciar la relación de lo teórico con la experiencia de organización colectiva.

En principio, ingenuamente creí que por el hecho de que mi padre hubiera nacido allí, a pesar de que migró muy joven a Bogotá, y de que yo hubiera pasado temporadas intermitentes en periodos vacacionales en la vereda, me hacía parte *per se* de la comunidad y que, por ello, podría acceder a las personas con facilidad. Prontamente me di cuenta que no era así, pues para ellos yo era un foráneo con una mirada preestablecida de su realidad y que, por más guía instrumental que hubiera preparado, el escenario de investigador y entrevistado no funcionaba con ellos. En consecuencia, las respuestas que recibí no atendían a mi interés investigativo.

La propiedad y uso de la tierra en Boavita, el interés de capital industrial por explotar el subsuelo de la región, rico a nivel minero-energético, y las iniciativas por el desarrollo del ecoturismo privado en el territorio, fueron algunos temas que los entrevistados pusieron sobre la mesa, haciéndolo siempre desde una evocación constante del pasado, en la que el cultivo del tabaco a floraba y guiaba la remembranza, mas no desde la movilización reciente. Esto no sucedía, no porque en el territorio no se hubiera desarrollado una acción colectiva, sino porque para las personas el deseo de expresarse no estaba en el presente y lo que sucedía con la Corporación, sino en su pasado, un pasado próximo.

Recuerdo que cuando fui seminarista, en algún momento de mi vida, una de las crisis vocacionales por las que pasé y ante las que cedí fue precisamente por el pasado, gracias a Agustín de Hipona y su concepción del tiempo. En su libro XI de las confesiones, el Obispo con astucia planteó que si nadie se lo preguntara, él sabría qué es el tiempo, pero que, si quisiera explicarlo, dejaría de saberlo, pues para él el tiempo es una creación divina sustentada en que pasado y futuro no existen, por lo que queda un presente que se reduce a la mínima expresión del tiempo. De no ser así, el tiempo pasaría a ser eternidad y esta está reservada para Dios.

El hecho de pensar que todo viaja tan rápido desde el futuro y que se desvanece en el pasado, me hizo sentir en ese momento atrapado en un pequeño presente que le quitaba el sentido a toda existencia, desligándose de una historia, una vida, una trascendencia, la cual sólo puede existir habitando en el pasado -no en el presente- pues es en el pretérito en donde las situaciones del ahora cobran sentido y significado.

Y es que para los habitantes del Melonal, la Corporación estaba violentando no solo su tierra como espacio biofísico, sino que les estaba poniendo en riesgo una parte importante de su ser, pues para conseguir su propiedad tuvieron que dedicar gran parte de su existencia y soportar las dificultades que esto tenía, no solo en ellos, sino también en sus familias. De ahí que al intentar entrevistarlos su relato evocara el pasado, pues desde allí dotaban de significado un proceso de vida y resistencia, no solo frente a Corpoboyaca, sino también al presente que se vive en la región.

Decepcionado por no encontrar las respuestas que buscaba, regresé a mi casa con varias horas de grabaciones que al ser transcritas ahondaban en el sentimiento de haber perdido el camino inicial y el tiempo invertido en la preparación de mi proyecto de investigación. Por ello, debí tomar decisiones, pues lo sucedido puso en evidencia que la distancia de la teoría e intereses investigativos con los resultados del trabajo de campo era amplia.

Cabe aclarar que a pesar de verse problemático el asunto fue una situación favorable que denotaba la importancia del trabajo de campo y la necesidad de interactuar aún más con los habitantes de la vereda, pues como lo expresa Guber (2005) al inicio del trabajo de campo no hay una coincidencia entre el investigador y la población pues existe una distancia social

y cultural entre cada uno de ellos. Confirmé que es desde allí que se deben tomar decisiones, o en palabras de la autora, desarrollar un proceso de reflexividad del campo que permita superar ese estado de “perplejidad”, en el que uno como investigador se encuentra al no poder comprender con claridad la información que ha recibido.

En principio, cuando vi la movilización de las personas frente a Corpoboyacá estando en Bogotá, actué conforme a mis intereses y motivaciones personales, pero al haber estado en el territorio e interactuar y escuchar a los campesinos, estas pasaron de enfocarse en la acción colectiva y la movilización de recursos que habían desarrollado los habitantes del norte de Boyacá, a interesarme por las implicaciones que tuvo la industria del tabaco en la región, así como en los impactos que dejó en el territorio y las personas, pues la reflexividad como lo explica Guber (2005) no responde a un momento específico, ni es un ejercicio exclusivo del investigador. Por el contrario, se da en la interacción de los diversos actores, en donde las lecturas del mundo social cambian y en consecuencia se actúa, por ello decidí descartar el camino recorrido con la teoría de la acción colectiva de Olson (1992), la historia de los movimientos sociales presentada y analizada por Tilly y Lesley (2010) y, el análisis de la generación de identidades colectivas entorno a objetivos comunes expuesta por Tarrow (1998), e iniciar uno nuevo.

Para ese momento me era claro que las personas de la región tenían un arraigo por la tierra, proveniente del pasado, que superaba el título de propiedad, en donde el cultivo del tabaco tenía algo que ver, pues la Compañía Colombiana de Tabaco emergía, así como un fantasma que no se olvida. De igual forma, pude entender también que existía un descontento, al no tener una certeza sobre el futuro que podría tener la región no solo por las iniciativas de la Corporación Autónoma, sino también ante iniciativas mineras y ecoturísticas que se estaban emprendiendo en el territorio.

Pasado y futuro, aunque inexistentes para San Agustín, se encontraban en el presente. Un presente que ahora me ubicaba en esa encrucijada de qué camino tomar, pues al indagar sobre lo que se había investigado hasta el momento frente a la propiedad de la tierra, el tabaco y/o la producción campesina, en la región o fuera de ella, fue poco lo que se encontró.

El silencio del presente. La voz del aparcerero que no ha sido escuchada.

El tabaco se caracterizó como una importante fuente de ingresos económicos para el Estado, desde los tiempos de la Nueva Granada y sus estancos de tabaco, hasta los años 90 del siglo XX cuando finalizaron las políticas proteccionistas con la apertura económica de Gaviria. Por ello, se encuentran amplios estudios de tipo histórico y económico en relación con la industria del tabaco, su comportamiento en términos arancelarios y de crecimiento, como los realizados por Zambrano (1979) en *Auge de la economía tabacalera*, quien realizó una reseña histórica del tabaco y su importancia para la economía del Estado colonial y la naciente República de Colombia. Acevedo y Torres (2015) en su documento *La renta de tabaco en la Nueva Granada, 1744-1850. Administración, comercio y monopolio* presentan un análisis histórico del proceso de administración de la renta del tabaco en Nueva Granada, a través de tres momentos: el proceso de arrendamiento, la administración de los estancos de tabaco por el gobierno y el fin del monopolio del tabaco a manos del Estado. El trabajo realizado por Calderón (2015) para el Servicio Nacional de Aprendizaje titulado *Caracterización del sector tabacalero en Colombia*, explica aspectos organizacionales, económicos, ocupacionales, tecnológicos y educativos, en un proceso de caracterización del sector Tabacalero. El estudio elaborado por Mojica y Paredes (2005) para el Banco de la República *Características del cultivo del tabaco en Santander* en donde presentan un análisis histórico del cultivo en el país y las implicaciones económicas del tabaco en la región.

Al consultar estudios recientes realizados en el norte de Boyacá, la literatura hacía referencia a análisis históricos asociados al estudio de la violencia de la primera mitad del siglo XX. Personajes anclados en los chulavitas y liberales, obispos, escritores y generales son el centro de investigaciones de este territorio. *Relatos de "todo lo malo": el caso de Chulavita, memoria sobre La Violencia*, realizado por Figueroa Cordero (2022) en donde desde una mirada antropológica recopila la narrativa sobre el fenómeno chulavita expresada por habitantes de la vereda Chulavita, para comprender las formas organizativas y culturales de la región entorno a este proceso. *Identidad política en los relatos del 9 de abril en Boyacá*, realizada por Bohórquez y González (2018) en el cual recopilaron 16 relatos sobre la época de la violencia en los municipios de Tunja, Combita y Boavita con el objetivo analizar la identidad política como eje discursivo en la construcción de relatos 9 de abril. *El fenómeno chulavita en Boyacá y su expansión desde la guerra de los mil días: elementos*

historiográficos para un análisis de la violencia conservadora, en donde Espinel (2018), expone los enfoques historiográficos de algunas publicaciones que hablaron sobre el “fenómeno Chulavita” entre 1886 y 1948. O *Aproximación al pensamiento de Eduardo Caballero Calderón en el semanario Sábado (1945-1953) durante la época de la Violencia*, en el cual Bermúdez (2020) analiza el campo cultural del país durante la época de la violencia por medio de la obra de Eduardo Caballero Calderón como productor cultural relevante para la época.

Al indagar por el tabaco en la región del Norte de Boyacá, se encontraron algunas menciones escuálidas entre informes dirigidos al sector tabacalero, como el de Zuleta y Jaramillo (2001) en su trabajo “*Estudio de impacto de la industria del tabaco sobre la economía colombiana*” dirigido a la Philip Morris Colombia S.A, en donde se calificó la forma de producción que desarrollaron los campesinos como "poco tecnificada", enclaustrada en la producción familiar y las reducidas parcelas minifundistas.

Otro hallazgo estuvo relacionado con el análisis de la Responsabilidad Social Empresarial (RSE) para la industria del tabaco en Colombia, en donde Vernazza, Castellanos y Sellamen (2014) analizaron los procesos de RSE de la Phillip Morris y la British American Tobacco, expresando en donde, citando un documento del Banco de la República, expresan que la cadena de valor de la planta en Boyacá presenta como dificultad el proceso de erosión y resequedad que el mismo cultivo ha generado.

María Cristina Salazar (1982) en su libro *Aparceros en Boyacá: los condenados del tabaco*, desarrolló un estudio en los municipios de Boavita, Soatá y Tipacoque sobre el cultivo del tabaco y los procesos de aparcería que se establecieron. Salazar analizó las dinámicas comerciales que la Coltabaco y Protabaco desarrollaron en la región.

No obstante estos trabajos, en ninguno de los documentos e investigaciones que consulté encontré la voz de las personas que vivieron e hicieron parte del proceso tabacalero, sus historias y sus preocupaciones. Cifras, estadísticas e historiografía que no expresaban la vida e historias de los habitantes del norte de Boyacá, coparon los resultados de búsqueda en los repositorios. Paradójicamente encontré que desde el 2002, cuando Protabaco anunció el cierre de la planta en Soatá, hasta el 2019, cuando la Phillip Morris anunció que dejaría de comprar tabaco producido en el país, la prensa nacional reseñó la preocupación de los

productores, economistas y agentes comerciales relacionados con la producción del tabaco. Titulares cómo: *“Tabacaleros de norte abogan por Protabaco”* (El Tiempo, 23 de abril de 2002), *“Tabacaleros pierden la hoja en los caneyes”* (Vanguardia, 20 de octubre de 2011) *“Contrabando apaga el último productor local de cigarrillos”* (El Tiempo, 6 de junio de 2019), *“Philip Morris cierra sus plantas de cigarrillos en Colombia”* (Semana, 5 de junio de 2019), *“British American Tobacco cierra operación agrícola en Colombia”* (Portafolio, 21 de agosto de 2020), *“Se cayó la producción de tabaco en Colombia, dicen cultivadores”* (Caracol Radio, 26 de septiembre de 2021) expresaban la incertidumbre por el cierre de la industria, la generación de empleo y la dependencia de la economía circundante. Aun así, el centro noticioso fue el impacto económico por la salida de las tabacaleras, pero poco se dijo de la impronta que dejó en las personas que hacían parte del proceso productivo, sus familias y el medio ambiente.

Esta situación no ha sido investigada, tal vez porque no ha tenido la fuerza para ingresar a la agenda pública como si la tuvieron las denuncias de las afectaciones a la salud del consumo del tabaco, o porque han pasado pocos años desde la salida de las tabacaleras. Tristemente se confirma aquello que expresa Zemelman (2021), la investigación va a un ritmo y la realidad a otro, mucho más acelerado.

Como bien dice el adagio popular para encontrar el camino hay que perderse. Así, encontré en la historia del cultivo del tabaco una posibilidad de investigación. Pero ¿cómo desarrollarla? teniendo en cuenta que en mi anterior intento las personas con las que pretendí recoger la información habían mostrado una resistencia a responder preguntas concretas, a que el tema de conversación se les propusiera o al hecho de silenciarse ante la presencia de la grabadora con su bombillo rojo parpadeante.

Por ello, acudiendo a la experiencia de Loïc Wacquant (2006) en Woodlawn, o a la de Philippe Bourgois (2010) en Harlem, quienes con una intencionalidad investigativa fueron capaces de convertirse en boxeador o de convivir con expendedores de crack en un ghetto latino, me propuse, tal vez de manera ambiciosa, desarrollar una etnografía experimental en el Melonal con el fin de ampliar el panorama sobre lo que el cultivo del tabaco implicó para las personas y poder con ello, organizar lo que hasta ese momento era una sospecha. Digo experimental por dos razones, la primera, porque decidí al igual que mis referentes,

implementar un trabajo de campo intencionado en donde las técnicas superaran, como lo expresa Restrepo (2018), la relación de poder que se establece entre las personas que son estudiadas -informantes- y quien las estudia -investigador-, situación que ha sido criticada también por autores como Fals Borda. Por el contrario, busqué establecer una relación de cercanía involucrándome en las prácticas cotidianas, *off the record*, como lo diría Molano (2009), en donde la expresión de las personas se diera de manera libre y espontánea.

Por ello, en mi trabajo de campo en el Melonal, en lugar de buscar espacios de entrevista, como lo hice inicialmente, puse al servicio de las personas de la vereda, que en su mayoría son mayores de los 70 años, mis pocos conocimientos agropecuarios y mi mano de obra para poder así participar de las labores cotidianas. Estuve entonces involucrado en situaciones como la preparación de algunos alimentos (el chivo, la zarapa, el mute), la sombriada de los animales, la siembra y cosecha de la yuca o el maíz, la echada del agua por la toma para el regadío, las idas al potrero a encontrar las cabras; en fin, participé de cuanta situación se dio, no sólo como excusa para obtener información sino como posibilidad de ser parte de los espacios en donde la realidad se expresa y los lazos sociales se construyen. Esto me dio la oportunidad de estar en momentos personales y familiares, como los festejos y ocasiones especiales en donde el alcohol se hacía presente, incluso hasta el punto de embriagarme, viéndome obligado a utilizar una cámara de video para capturar los momentos que al otro día difícilmente recordaba por cuenta propia.

Fue gracias a ese vínculo que se dio y que fue creciendo como una bola de nieve no intencionada, que tuve la oportunidad y el privilegio de escuchar y caminar junto a 12 personas que en su cotidianidad me hablaron de su vida, su pasado, sus recuerdos, pero también de sus anhelos, sus esperanzas y su visión de futuro. Con ellos, más que realizar un proceso provocado de entrevista o de construcción de un testimonio, lo que se dio fue un compartir cotidiano en donde las palabras emergieron de manera natural, obteniendo así los datos existentes. Sin embargo, como lo plantean Mercedes Blanco (2012), en la medida que narramos nuestra existencia, la reelaboramos, permitiendo con ello un proceso de flexibilidad compartido entre los narradores y yo, como narratario.

Retomando, la segunda razón de ser experimental de ejercicio de investigación fue porque a pesar de tener una formación profesional como trabajador social, no sabía -tal vez

aún no lo sé- cómo realizar un proceso etnográfico. Aun así decidí implementar el enfoque etnográfico, pues como lo explica Restrepo (2018) éste permite alcanzar descripciones de aspectos propios de la vida social, considerando los significados dados por los propios actores y ofreciendo un conocimiento situado que puede ser generalizable. Ante los ojos de un etnógrafo posiblemente pude violentar las formas y técnicas propias de la etnografía, pero debo aclarar que dadas las circunstancias investigativas tuve que apegarme, conforme lo expresa Paul Feyerabend (2008) en su *Tratado contra el método*, al principio de *todo sirve*.

Así fue como desarrollé un proceso de escucha y participación activa situando el acento en lo referente al cultivo del tabaco, las prácticas agrícolas, los hechos sociales y las dinámicas propias de la comunidad. Compartiendo con las personas mayores, comencé a registrar sus palabras en una pequeña libreta de apuntes que sacaba con disimulo por el miedo de que ello pudiera incomodarles. Sin embargo, a medida que creció la confianza, se me permitió grabar esos espacios de diálogo espontáneo que se daban en la cocina de las casas, en medio del surco o en la mitad del inmenso potrero, en donde el silencio del lugar se interrumpía con la risa que brotaba de las quijotescas anécdotas que se contaban.

Con otras tantas horas de grabación y notas de campo nuevamente realicé el proceso de transcripción y con ello, de nuevo emprendí el ejercicio de lectura de lo que en un inicio eran historias, testimonios, anécdotas desordenadas, y que poco a poco se fueron articulando entorno al cultivo del tabaco desde diferentes momentos: *antes, durante y después de este*. Constaté que así el ejercicio investigativo rompía con la monocultura del tiempo lineal que menciona Boaventura de Sousa Santos (2014), evidenciando con ello una transformación del Melonal que va en contravía del planteamiento del futuro como sinónimo de desarrollo, establecida por esta monocultura. Una reestructuración que fue problemática en sí, porque afectó la estructura económica y social del territorio y a su vez, reconfiguró la ruralidad desde las prácticas y relaciones sociales.

Pero para poder comprender con mayor claridad esta situación, fue necesario acudir a Antonio García Nossa (1986) y Absalón Machado (2002), académicos que han desarrollado investigaciones en torno a la estructura agraria relacionada de forma directa con la estructura económica y social del territorio. Sin embargo, tenía claro que para comprender con mayor especificidad las transformaciones de la estructura agraria, no bastaba con entender las

condiciones objetivas y materiales que la componen, porque existen componentes intangibles en las personas que permiten que dichas condiciones se den. Es por ello que Pierre Bourdieu, con la teoría de los campos, me permitió comprender la distribución del poder en forma de capital (económico, social y cultural) que intervienen en la reconfiguración de lo rural. De ahí que, con base a la información recolectada y a la luz de la teoría, surgiera la pregunta por *¿Cuáles fueron las transformaciones de la ruralidad y su estructura agraria a partir de la producción agrícola del tabaco en la vereda el Melonal del municipio de Boavita?*

Con esta pregunta investigativa y el andamiaje teórico de García, Machado y Bourdieu, se inició la fase analítica en donde la experiencia cotidiana vivida en el trabajo de campo y las historias de vida de las personas del Melonal fueron la fuente de agua viva en donde busqué la respuesta a este interrogante en concreto.

Contar lo vivido, para no vivir lo contado.

Siguiendo a Cortés (2011) y su comprensión sobre la historia de vida, la cual permite escuchar e interpretar la voz de los que han estado presente pero que, silenciados por las alocuciones dominantes de nuestra sociedad, no han sido atendidos. Es así como, esa historia de vida o *life story* se convirtió en mi ruta metodológica, pues me permitió lograr la interpretación de la vida de las personas, al relacionar su experiencia tal cual la contaban, con el contexto en el que se ubicaba, social, cultural, político, incluso religioso y simbólico.

Me incliné en los planteamientos de Bertaux (2011), porque vino a mi mente una precisión suya, en la que concuerdo, frente al abordaje de las historias de vida (*life stories*) que se presentan en este documento: no se busca realizar una “ideología biográfica”, en donde exista una relación lineal o vocacional de principio a fin frente a los personajes; por el contrario, lo que se evidencian son los movimientos y fluctuaciones que el capital, los medios de producción, la vida social, etc., ejercen y ejercieron en los habitantes del Melonal, haciendo que tuvieran que adaptar su vida según las circunstancias.

Ahora bien, aunque en apariencia pareciera que este trabajo asentara su peso en lo emotivo y la remembranza, es importante resaltar que en ningún momento se extravió el sentido investigativo porque mantuve una *actitud de vigilancia epistemológica* que, como bien dicen Bourdieu, Chamboredon y Passeron (2008), me permitió desarrollar un proceso

metódico y técnico que diferencie el proceso de análisis y la opinión común, por medio de acciones de observación y análisis. Por ello en la medida que avancé en la transcripción de la información, desarrollé un proceso de lectura profunda de lo dicho por cada una de las personas que me brindaron su experiencia. Fue así como encontré en cada una de ellas un fragmento de esa respuesta, en donde lo dicho por uno complementaba o contradecía en parte la experiencia del otro, creando cruces de caminos, puntos en común, discrepancias, o dicho de una manera técnica se fueron estableciendo categorías, variables, conceptos, etc. Esto me permitió identificar tres dimensiones analíticas: Primero, las condiciones institucionales que se establecieron en la estructura agraria con la llegada del tabaco en la vereda; segundo, el impacto de la industria del tabaco en los habitantes del Melonal; y como tercero, la transformación en el proceso agrícola a partir del cultivo tabacalero. Con base en ello, a partir de estas dimensiones, se inició un proceso de organización cronológica de la información. Posterior a ello, se inició una etapa de codificación abierta que permitió organizar los datos en cada una de las dimensiones y a la luz de la teoría, establecer una respuesta a la pregunta de investigación.

Con esta información pude iniciar la escritura de una respuesta inicial, en donde la historia de vida de las personas se incrustaba en el lenguaje formal por medio de conceptos que, concordando con Zemelman (2021), provienen de otros ambientes y que son reproducidos en el entorno académico sin cerciorarse de que estos den cuenta de la realidad a la que pretenden aducir. Sin embargo, a medida que fui avanzando en la búsqueda de respuestas, el componente emocional se hizo presente, haciendo que poco a poco se alejara el interés por el lenguaje académico y formal; ese lenguaje en el que coincido con Molano (2009), en ocasiones dice poco y no genera molestia, siendo peligroso para las personas del común que no tienen acceso a este ni se comunican por medio de él.

Por el contrario, mientras más escuchaba a las personas hablar, me sorprendía por la belleza de la palabra cotidiana, transparente y de apariencia ordinaria, cuyo significado y sentido amplio daban cuenta de toda una historia que, como lo leía en Caballero Calderón (2017), al ser transmitida de forma oral se hunde con la muerte de quienes la han vivido, produciendo así una catástrofe. Mientras más escuchaba y me adentraba en ellas, me iba cuestionando sobre mi propia historia, que al igual que la de ellos, ha estado marcada en gran

medida por el impacto que dejó el cultivo del tabaco en la región, haciendo que inevitablemente realizara nuevamente un pare de reflexividad.

A medida que elaboraba esa respuesta inicial, Walter Benjamin (1971) fue el catalizador de una incomodidad que fue creciendo poco a poco. Él en su tesis VI sobre la filosofía de la historia, me cuestionó acerca del camino que estaba tomando mi ejercicio investigativo, en donde me convertía en un instrumento de los vencedores al intentar relatar el pasado desde una mirada historicista acudiendo a categorías formales. Por el contrario, Benjamin y su exhortación mesiánica convoca siempre a la lucha por “encender en lo pasado la chispa de la esperanza”, y así, desde una narrativa histórica, actualizar lo sucedido en el pasado, igual que lo piensa Salvadori De Decca (2013). Así, quise narrar los hechos del pasado que ya fueron, no con ánimo de historicidad sino como una creación de ese pasado a partir de las exigencias del presente.

Y como el mismo Salvadori de Decca (2013) lo expresa, toda narración requiere de un narrador, que como ese mesías de Benjamin, se coloque en ese cruce de la destrucción y la redención que la narrativa histórica puede generar frente a lo sucedido. Por ello, en contravía de la academia clásica y siendo más bien coherente con el anarquismo académico de Feyerabend, decidí que la respuesta a este proceso investigativo sea una plataforma para contar, de manera condensada, la historia que las personas me compartieron y que he heredado de mis abuelos.

Es así como la autoetnografía se incorporó a la investigación como método en el que interpreto el contexto desde mi experiencia de vida, partiendo de la premisa de que es posible interpretar una realidad social por medio de una biografía. Retomando a Blanco (2012), en donde plantea que si bien el individuo no totaliza la generalidad de la sociedad a la que pertenece, la interpretación de carácter analítico de su vida permite comprender la realidad social en la que este ha vivido. De ahí que la forma en la que se construye este documento se exprese en primera persona, utilizando el género narrativo por medio de la crónica biográfica, autobiográfica y los relatos de vida, enmarcadas en un lenguaje liviano, emotivo, por no decir amoroso, buscando así que cualquier persona, académica o no, tenga acceso a la realidad de la vereda, expresada por medio de las narraciones de quienes la han vivido.

Con este proceso autoetnográfico que se entrelaza con la voz de las personas de la región, pretendo no sólo evidenciar las transformaciones de la ruralidad y su estructura agraria a partir de la producción agrícola del tabaco en la vereda, sino evitar con ello que sus historias mueran con su existencia terrena, la voz de los silenciados de la historia, o como los llama Benjamin, de los vencidos. Para algunas personas esto puede hacer que la investigación carezca de sentido, al ubicarla en el plano de la subjetividad que ha sido tan perseguida por la academia tradicional, sin embargo, como lo expresa Molano (1998) la historia de vida es objetiva al ser reelaborada por el investigador con componentes de carácter analítico.

En consecuencia, este documento cuenta con tres capítulos que se entrelazan en una sola narrativa histórica, pero que en lo individual permiten comprender el antes, durante y después de la producción agrícola del tabaco, que generó el proceso de transformación de la ruralidad y su estructura agraria en el Melonal.

A pesar de que la investigación se centra en el cultivo agrícola, las transformaciones rurales y la estructura agraria que generó el tabaco, tuve en cuenta la perspectiva de González (2016) sobre la necesidad de comprender los procesos que la gestaron, los fenómenos sociales que se dieron y la dialéctica presente a lo largo del tiempo en su proceso de consolidación. Es así como en el primer capítulo, por medio de un relato personal y/o autobiográfico de mi infancia presento una descripción densa del territorio, las características sociales del Melonal y las condiciones de la estructura agraria y de capitales que se erigieron en la región previo al cultivo del tabaco y favorecieron el establecimiento de la compañía Colombiana de Tabacos, COLTABACO, a partir de la década del 40.

En el segundo capítulo, las historias de vida que se expresaron en el trabajo de campo son personificadas en cuatro interlocutores, con los que dialogó sobre lo sucedido durante la producción agrícola del tabaco. Este modo de escritura literaria no es la transcripción literal de lo dicho por las personas con quienes hablé y la vivencia de nuestros encuentros, pues conforme se realizó la transcripción de las grabaciones y se analizaron las notas, emergieron cuatro categorías en las que se entrelazaban los relatos: primero, la llegada del tabaco, el desplazamiento de la caña y el oficio cosechero; segundo, la familia, el género y su inclusión en la producción tabacalera; tercero, la vida social, política y económica a raíz del tabaco en la región; y por último, el sentimiento de desarraigo y añoranza de las personas. Es así como

cada personaje presenta cómo el tabaco impactó el Melonal y la región en la vida privada, familiar y colectiva desde la voz del cultivador, la mujer, el asalariado y el que se marchó en busca de otros caminos.

Considero necesario reiterar que este ejercicio no recae en uno exclusivamente literario, pues del conjunto de narrativas, emergieron cuatro historias que condensan cada una de las categorías, permitiendo dar cuenta de la sintonía de relatos que se expresaron. Me permito retomar nuevamente a Molano (2009), cuando afirma que una historia agrupa las demás historias que se narran alrededor de ella, por lo que esta metodología de escritura permite dar cuenta de una realidad amplia en la voz de un personaje, que se construye como un arquetipo que narra la realidad, mas no la realidad; en otras palabras, da cuenta de lo que las personas vivieron y viven, sin una ambición objetiva de la experiencia narrativa por establecer una conclusión definitiva de lo que allí sucedió.

Por último, en el tercer capítulo presento lo que sucedió después de la salida de las compañías tabacaleras de la región y que se entrelaza con el ahora, en un presente problemático para el Melonal y la región, en el que las pocas fuentes de trabajo, la ineficiencia gubernamental, el cansancio de la tierra y de sus habitantes, exigen la transformación de las viejas prácticas socioeconómicas y se deje de observar a las personas y el medio ambiente como objetos de producción del capital industrial.

Cabe aclarar que el ejercicio de escritura en conjunto no es un ejercicio exclusivo de creación literaria, pues en su construcción, la teoría de García, Machado y Bourdieu se entrelaza, tanto en el proceso de selección de la información como en el de escritura, orientando el asunto con discreción, sin perder la capacidad de análisis y crítica de la realidad que se cuenta por medio de la historia que se elabora. De igual forma, se hace presente la experiencia etnográfica del trabajo de campo, que permite poner en evidencia en el texto, los discursos y prácticas culturales de las personas a las que difícilmente un literato nato podría acceder y conocer, pues solo en la vivencia cotidiana es posible su expresión y comprensión.

Es así como este trabajo de investigación y escritura responde a un proceso metódico de acercamiento a la población, convivencia, recolección de información, análisis y elaboración de un proceso escrito, que involucra lo literario y lo académico y que de esta manera permiten comprender las transformaciones de la ruralidad y su Estructura agraria a

partir de la producción agrícola del tabaco, tanto desde las múltiples voces que se expresaron y compartieron su experiencia de vida, como desde mi propia voz y mi propia experiencia, por medio de un lenguaje que le permita al lector involucrarse en este proceso que supera lo académico y se incrusta también en su historia de vida.

Capítulo 1.

Una infancia con olor a Tabaco.

Un profesor de la maestría, antropólogo de amplios conocimientos y pedagogías poco ortodoxas, nos preguntaba reiteradamente en sus clases *¿por qué investigamos lo que investigamos?*, un cuestionamiento a nuestros procesos académicos, no en términos de forma sino de sentido, frente a las razones que se encuentran al interior de aquel que emprende un camino investigativo en relación con un tema específico.

Podría iniciar aquí un proceso de argumentación que dé cuenta de la relevancia de mi objeto de investigación, del campo y lugar en el que se ubica. Podría exponer que lo rural es un sistema, que en palabras de García (1948), está constituido por elementos sociales de diverso orden: social, político, jurídico, económico, etc.; que como conjunto establecen una serie de conexiones que permiten su funcionamiento. En otras palabras, se podría decir, que al ser un sistema su comprensión o definición no se puede reducir a un solo elemento, sino que debe verse como un tejido de relaciones que producen la vida social agraria, que como lo explica Machado (2002) al tratarse de un sistema de elementos que pertenecen a un todo, es en las relaciones que se establecen entre estos que la estructura se mantiene y que, por ello, al existir un cambio en algunos de los elementos y, por ende, una modificación en las relaciones que se establecen, la estructura cambia.

De igual forma podría realizar una presentación del Melonal como territorio acudiendo a datos cartográficos, demográficos o censales de Boavita; exponiendo parte del plan de desarrollo municipal 2020-2023 *Por Boavita, todos con el alma*, que expresa que la agricultura es la principal línea producción, en donde los cultivos que se siembran son en mayor proporción de yuca, maíz, plátano, también frutales como el mango, la naranja o el limón y que en su gran mayoría están destinados para el consumo propio del productor y que satisfacen así parte de sus necesidades alimentarias. Adicional a ello, del tabaco podría exponer cómo la industria del Tabaco se estableció a partir de los años 40 en la región del norte de Boyacá y, por ende, en el Melonal, aprovechando el proceso de intervención por parte del Estado en el gobierno de Olaya Herrera veinte años atrás, que como lo expresa Ocampo y Montenegro (2007) adoptó un modelo proteccionista, que favoreció a los industriales a nivel arancelario, permitiendo así una expansión de la industria tabacalera en

los años subsiguientes. Sin embargo, a pesar de que esta información es importante y relevante para entender el sentido de la investigación, no responde a la pregunta del profesor que cuestionaba porqué investigamos lo que investigamos.

Bourdieu y Passeron (2009), en su estudio sobre las instituciones escolares, la cultura y el poder, titulado *Los herederos*, ponen en evidencia cómo en los procesos de formación concurren prácticas comunes, y no por ello se configura una experiencia idéntica, pues existe una predisposición a ciertos intereses o estudios que dependen de la experiencia de las personas y sus medios familiares, lo que ellos establecen como *determinaciones primarias*. Dichas determinaciones establecen en las personas hábitos, entrenamientos y actitudes que orientan, y en algunos casos privilegian, el desarrollo de la vida académica de las personas. Pude haber prestado atención a otros temas, a otras necesidades que también fueron expresas, sin embargo, el fijar la mirada en el cultivo del tabaco no es accidental ni una mera deducción, sino que, por el contrario, tiene relación con el pasado cultural familiar que ha estado presente en mi vida desde la infancia.

Por ello, en este primer capítulo acudo a realizar un proceso autoetnográfico desde el cual presento aspectos fundamentales para poder conocer cuáles fueron las transformaciones de la ruralidad y su estructura agraria a partir de la producción agrícola del tabaco en la vereda el Melonal. La autoetnografía, como lo plantea Ellis, Adam y Bochner (2015) permite, por medio de la experiencia personal, describir y analizar la experiencia cultural en la que el sujeto se encuentra inmerso. De ahí que el proceso involucre la investigación como componente analítico y la escritura como medio de descripción y expresión de lo vivido. Por esta razón coincido con estos autores, ya que la autoetnografía no es solo un proceso académico, trasciende al llevar la investigación al campo de la política y la conciencia social, pues parte de la experiencia real de las personas o la propia del investigador.

Para el desarrollo de este primer capítulo opté por una estructura narrativa autobiográfica, en donde relato mi infancia desde una perspectiva actual; esto debido a que recordé cómo Leonor Arfuch (2002) en su documento *El espacio Biográfico* expresa que la autobiografía a pesar de ser escrita en primera persona, posee una dinámica conversacional entre el investigador y el sujeto investigado, que por medio de la narración de vivencias

articula el ámbito social y personal, permitiendo la reflexión en torno a las especificidades del mundo social en el que este se encuentre.

Creí necesario también retomar a Carolyn Ellis (2015) y su planteamiento sobre la investigación, en la que reconoce que el componente autobiográfico permite comprender la experiencia cultural por medio de la creación escrita que el autor desarrolla. Sin embargo, la investigación autoetnográfica puede involucrar diversas formas de escritura adicional a la autobiografía, como es el caso de este documento, estas pueden ser la biografía, los relatos de vida (*life story*) o las historias de vida (*life history*), siempre y cuando el registro presente la experiencia personal en clave cultural, componente importante de la etnografía y la antropología, como lo plantea Richardson (2003).

Así pues, en un primer fragmento, narro mi experiencia agraria como hijo de campesinos que migraron a la ciudad y que debido a las necesidades de la urbe fue enviado junto a sus abuelos para ser formado en un ambiente rural, que se alternaba en dos mundos, el de las veredas Tibita y el Melonal, que son distantes no solo geográficamente sino de forma cultural. De ahí que la narración dé cuenta de aspectos importantes de la vida agraria que se expresan en formas de relacionarse a nivel familiar, social y ambiental, evidenciando cómo los capitales Cultural, Social y Económico planteados por Bourdieu se articulan en la construcción del espacio social agrario marcado por lo simbólico expresado en la relación con la tierra.

Ahora bien, como lo planteaba en la introducción del documento, para comprender cuáles fueron las transformaciones de la ruralidad y su estructura agraria a partir de la producción agrícola del tabaco en la vereda el Melonal, como González (2016) lo expresa, es necesario conocer cuáles eran las condiciones de la estructura agraria previo al periodo que quiere ser analizado, cuestión en la que concuerda García (2012) al plantear que para poder realizar un análisis de la estructura agraria es imperante comprender los eventos que permitieron la creación de la misma en el territorio. Por ello, acudiendo a un relato que alterna mi experiencia personal, la tradición familiar y la historia de la región, en un segundo momento de este capítulo narro el proceso de establecimiento de las haciendas y feudos en el Norte de Boyacá, que no sólo desplazó la población de indígenas Laches y Tunebos, sino

que instauró una forma de relacionamiento en términos sociales y económicos, que han estado presentes con algunas variaciones a lo largo de los años.

Es importante señalar que en el proceso autoetnográfico no necesariamente existe un balance equitativo entre la faceta personal y el ámbito cultural, pues puede darse un énfasis en alguno de estos aspectos, sin que esto le reste valor investigativo. Es así como, alternando la descripción densa de Geertz (2003) y la autobiografía, que como lo expresa Bertaux (2011), implica una conciencia reflexiva al momento de su escritura que supera lo anecdótico, este capítulo presenta aspectos sociosimbólicos frente a los valores sociales, representaciones y emociones y socioestructurales, con relación a los modos de vida, relaciones de producción y normas que establecieron en el Melonal una estructura agraria Bimodal. Esta estructura se fundamenta en la propiedad de la tierra como su núcleo, siendo generadora de una estructura social y simbólica que ordenó el territorio por muchos años, pero que con el paso del tiempo, la migración y la influencia de la política agraria reformista de los años 30, llevaron a que allí se diera una dicotomía, como lo llama Machado (2002), entre el latifundio y el minifundio, que facilitó la incursión de la económica empresarial tabacalera a mitad del siglo XX, como se los presento a continuación.

Una Niñez Entre Dos Mundos

Mi historia personal está ligada al sector rural, soy agro-descendiente gracias a mi madre y mi padre, quienes, desde regiones muy diferentes, contrastantes la una con la otra, se juntaron en la capital a finales de los 80. Producto de un matrimonio que iniciaba entre una cundinamarquesa y un boyacense que migraron a la ciudad en búsqueda de algo mejor a lo que tenían, nací en el hospital San José Centro entre el lumpen que concurría el vecindario un día abrioleño del 92.

Mi padre, Rubén, oriundo de Boavita, que “cansado de aguantar hambre” se había ido a la ciudad a los 14 años a emplearse como ayudante de un camión que repartía viruta a galpones de pollos, para el tiempo de mi nacimiento trabajaba como portero en un conjunto residencial de la Colina Campestre. Mientras tanto mi madre, María del Carmen, a quien desde pequeña llamaron Macamen, paisana de Villapinzón, que había llegado a Bogotá por

la misma época de mi papá porque “tocaba buscar la plata”, trabajaba como vendedora de medias de caballero y niño en el antiguo almacén Tía.

Mis padres hacen parte de los cientos de miles de personas que provenientes del sector rural migraron a la ciudad en la segunda mitad del siglo XX. Bien dice Torres Carrillo (2013) que mientras Colombia era a principios del siglo XX un país particularmente rural, a inicios del XXI las ciudades concentraban más del 75% de la población. Esta situación se debía a las migraciones internas generadas por múltiples factores, entre ellos el aumento de la violencia, en especial durante las décadas de los 50 y 60, y el crecimiento del sector industrial en las cabeceras urbanas, que, para muchos, fue una oportunidad para mejorar su calidad de vida. Así me lo contó una tarde de domingo don Antonio Bonilla, su padre don Juan, quien nació en Boavita en la década de los 30 y prestó su servicio militar en el Zulia, al lado de Venezuela, al regresar a su tierra no encontró opciones de trabajo más allá de moler o dar serenatas como tiplero, por ello decidió venirse a Bogotá en la década del 50 cargado de recomendaciones de los políticos y clérigos de la región, pudiéndose emplear en la empresa de energía, en donde se pensionó al cumplir los años de trabajo requeridos.

Macamen, entre orgullo y melancolía, cuenta que al salir del hospital en el centro de la ciudad me llevaron a donde vivían: un inquilinato propiedad de don Cristino en el barrio Prado Veraniego. Allí dormíamos en un cuarto mis papás, mi hermana María Alejandra y yo; en la pieza solo había una cama, una mesa de planchar y cajas de cartón en donde se guardaba la ropa y el mercado; la cocina se compartía con otras dos familias de los cuartos vecinos; mientras que el baño no solo lo compartíamos con ellos, sino con los clientes y borrachos de la cantina que tenía el dueño de casa.

Y es que, para el migrante como mis padres, el dónde vivir se convierte en una preocupación diaria, no en un privilegio, sobre todo en ciudades como Bogotá en donde el déficit de vivienda y la incapacidad del Estado para satisfacer esta necesidad han sido una constante, como lo explica Torres Carrillo (2013). A pesar de que la construcción de vivienda de interés social tuvo un aumento considerable en términos porcentuales durante la segunda mitad de siglo pasado, el déficit de viviendas acrecentó el uso colectivo de las unidades habitacionales y el surgimiento de nuevos barrios populares por medio de invasiones

periféricas, situaciones caracterizadas por la carencia de servicios básicos como el agua potable, alcantarillado y luz eléctrica.



Fotografía 1 Celebración familiar

Álbum familiar (1993) Celebración del cumpleaños número 5 de María Alejandra Solano.

De izquierda a derecha: Custodio Cubillos Chacón, María Alejandra Solano Cubillos, Luis

Carlos Solano Cubillos y Aminta Franco. Tibita, Villapinzón, Cundinamarca

En el año 93, mi mamá volvió a trabajar como tendera en el barrio Galerías, por ello, recién destetado me enviaron junto con mi hermana a vivir con los abuelos maternos: Custodio, un policía retirado que combatió a los bandoleros en el Tolima, y Aminta, una madre comunitaria que migró desde las montañas de

Anzoátegui a la vereda Tibita de Villapinzón al lado de su esposo cuando tenía 15 años.

Es por ello que mis primeros recuerdos están enmarcados en tonalidades de verde, blanco y morado de los cultivos de papa, el frío intenso que enrojece los cachetes, hasta casi cuartearlos por la intensidad de la alta montaña, el agua gélida que a borbotones brotaba del suelo -no por nada la finca de los abuelos se llama *El Pantano*-, la quebrada, el chircal y los pozos en donde nadan las serpientes madres del agua; las habas, el maíz, los nabos, la zanahoria, las criollas, el trigo y la gran variedad de verduras y hortalizas que crecían en el suelo villapinzonense.

De mi mami Aminta recibí una formación disciplinada, estricta y católica. Al ser catequista preparaba a los niños y sus familias para los sacramentos del bautizo y la primera comunión, ritos de paso que para ella y la comunidad tenían gran valía. Así, mi niñez fue, en parte, una catequesis constante. La religión al interior de la familia se constituyó en una norma, de ahí que la búsqueda de la trascendencia y el cumplimiento de la moral cristiana

guiaran el talante de los Cubillos Franco, llevando incluso a varios de nosotros a la búsqueda de la vida sacerdotal sin que ninguno tuviera éxito en dicha empresa.

Este sentido immanente de recogimiento que en casa se transmitía, contrastaba con el liderazgo de mis abuelos ya en la vereda. Mi mami Aminta lideraba el Hogar Infantil Divino Niño Jesús y posteriormente el FAMI, en donde no sólo se acogían a los niños y niñas que recibían alimentación y aprendían las bases de la lectura y la escritura, sino que era también un espacio para las mujeres, en donde aprendían el croché, el hilado de la lana, recetas de cocina, en fin, un espacio de ellas fuera de los oficios de sus casas, aprendiendo oficios para el hogar.

A lo largo del día las mujeres de la vereda, como lo cuenta mi tía Andrea al recordar nuestros momentos en Tibita, cumplían con las labores propias de la casa, que iniciaban desde las 5 de la mañana con el ordeño y el encendido de la estufa de carbón, el preparar el caldo de papas y el chocolate que se acompañaba con el pan de tres puntas que se traía del pueblo en los días de mercado; luego, debían sacar las vacas, ovejas y bestias al potrero, en donde eran amarradas a unas estacas de madera que marcaban el corte del pasto, pues si el animal se deja suelto, lo pisaba y se perdía; a continuación, iniciaban la preparación del almuerzo en donde no podían faltar las papas, mientras tanto le daban el maíz a las gallinas, la lavaza a los perros y se tendían las camas; sobre las doce del mediodía, se debían remudar los animales y darles de beber, para luego servir el almuerzo o llevárselo a los obreros en el surco; en la tarde, realizaban oficios varios: lavar la ropa, barrer y partir la leña y el carbón; para finalizar el día ponían a cocinar la sopa de la comida, que podía ser de nabos, arroz o cuchuco, mientras se aseguraba el ganado, llevándolo al chiquero en donde esperarían el ordeño con el que nuevamente iniciarían la jornada al día siguiente.

Sin embargo, el espacio de Familia, Mujer e Infancia -FAMI- que lideraba mi abuela, se convertía en un lugar de cuidado, en donde los espacios que cotidianamente estaban ligados al servicio o servidumbre se convertían en entornos protectores de fortalecimiento individual por medio del diálogo y la sororidad. Los martes y los jueves en la tarde, se promovía el liderazgo, el autocuidado y el aprendizaje, se construía un capital social que tejía redes de apoyo y manifestaciones de cariño que resignificaban ciertas prácticas como el

cocinar, pues ya no se realizaba como parte de una obligación matutina, sino como una muestra voluntaria de cariño para quienes participaban del espacio.



Fotografía 2 Mujeres de la vereda Tibita, Villapinzón
 Álbum familiar (1996) Mujeres pertenecientes al FAMI durante alguna celebración grupal.
 Tibita, Villapinzón, Cundinamarca.

El FAMI también fue un espacio en el que las mujeres, cuya economía dependía de la figura masculina, desarrollaron experiencias de economía solidaria, pues, cada martes y jueves de la semana, de dos en dos, las madres asistían al hogar con toda clase de preparaciones: arepas de maíz y de trigo; envueltos de mazorca;

jugos de curuba, tomate de árbol o mango; postres de calabaza, auyama o durazno, entre otros tantos platos que en sus casas cocinaban. La comida no era para compartir, sino para vender entre las asistentes, y el dinero recolectado se llevaba a un fondo común o un ahorro, que luego de un tiempo era repartido de manera equitativa entre todas las participantes, que lo usaban para sus gastos personales y del hogar.

Se puede decir que de niño me convertí en el estafeta de don Custodio, mi abuelo, junto a él caminé entre desechos de potrero en potrero, siguiendo el cultivo de la papa que se daba dos veces al año. Junto a él aprendí el proceso de arar, retobatear y surcar la tierra para luego poner la semilla que debía ser fumigada, desyerbada y aporcada para dar la cosecha. Mientras yo buscaba de surco en surco las chizas -larvas de gusano que se dan en la papa- para jugar con los perros, él se encargaba de organizar los obreros y batir el guarapo, una bebida a base de miel de caña, fermentada en el cuncho de las ollas de barro y que se trasvasaba a las múcuras que han pasado de generación en generación.

En el caso de mis abuelos era evidente que mi mami y las mujeres de la vereda asumían roles entorno al cuidado del hogar, la crianza de los hijos, la delicadeza de lo artístico y artesano, la trasmisión de la fe y el mantenimiento de unos valores sociales construidos entorno a la familia. Por otra parte, los hombres tenían un rol ligado a lo organizativo, a la vida política, al uso de la fuerza y la producción económica ligada a la agricultura; con esto último, no quiero negar la participación de la mujer en las actividades productivas o en la toma de decisiones, sin embargo, estas estaban más restringidas al campo de lo familiar y el pancoger.

Así fue como mi abuelo, fue el presidente de la Junta de Acción Comunal por muchos años, desde allí se ganó el respaldo y compadrazgo de los vecinos. Con el apoyo de la comunidad logró gestionar a principios de los 90 el primer acueducto que venía de la sierra y mejorar en algo la escuela de la vereda, en la que como a él, una profesora nos daba clase a todos los niños, independiente de la edad o el curso en el que se suponía que debíamos ir.

En tiempos de elección, la política tomaba importancia en medio de esas montañas gélidas; aparecían los ediles, los candidatos, los copartidarios, que buscaban a mi abuelo para reunir la gente y dar sus discursos. Sin embargo, más allá de lo que dijeran, lo más importante del espacio era la música, la cerveza y la comida, que antecedía la entrega de gorras, camisetas y uno que otro bulto de cemento, que quedaban como *souvenir* de la visita de los *dotores*, que por cuatro años no volverían a aparecer, para nuevamente acceder a las personas de la vereda de una forma utilitarista muy propia de la política regional.

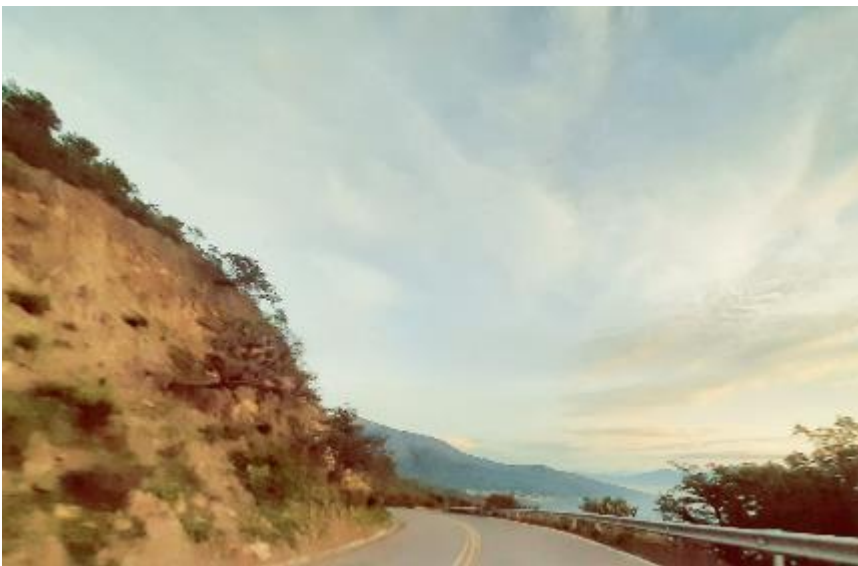
La vida en el campo no solo se reducía al trabajo, al uso de una yunta bueyes para el arado o de la aplicación del Furadán para que el gusano no picara la papa antes de nacer. Involucraba mucho más, algo casi místico en estos tiempos, como el observar la luna en las noches para saber cuándo sembrar o mirar el cielo nocturno para predecir la helada y preparar las hogueras de quicuyo; el valor del Tronche y la palabra en las contratas; el compadrazgo, los lazos de amistad y familiaridad que se dan entre vecinos; el valor simbólico de la tierra, el poder del territorio y el cuidado de lo propio.

Sin embargo, todo ese capital no es sino una parte de lo que fue mi infancia en el campo, pues esta transcurrió en dos mundos; el de Tibita con su abundancia paramera y el Melonal, la tierra de mi padre y de mis ancestros que, a pesar de encontrarse en Boyacá, una

región que comparte en gran medida el capital cultural con el norte de Cundinamarca se distanciaba no sólo por su ubicación, sino por su geografía, sus costumbres y su forma de entender el mundo.

Mientras Villapinzón se ubica en las laderas del páramo de Guacheneque en donde nace y muere el río Bogotá, Boavita se encuentra en la parte central de la Cordillera Oriental, al suroeste de la Sierra Nevada del Cocuy, en donde el río Chicamocha ha bajado desde Tunja por miles de años quebrando la cordillera para desembocar en el Sogamoso y luego en el Magdalena, formando así el nacimiento del cañón del Chicamocha.

Para llegar a Boavita desde Bogotá, en la actualidad se debe tomar la vía que conduce a Tunja, de ahí a Duitama y seguir hasta Belén, en donde por lo general se hace una parada esperando a más conductores que se dirijan al norte, para juntos atravesar el solitario páramo de Güinas que conducen a Cerinza y Susacón; hasta este punto el paisaje está marcado por la cordillera, la neblina, los grandes bosques de frailejón y las cristalinas quebradas que por lado y lado de la carretera serpentean bajando la peña.



Fotografía 3 La cuna del Cañón del Chicamocha

Álbum personal (2022) Amanecer en la vía Susacón - Soatá, al fondo el casco urbano del municipio de Soatá. Se puede observar el inicio del bosque seco tropical que impera en la región. Boyacá.

A partir de Susacón el paisaje cambia, la montaña se abre y el aroma del vaho que nace de la humedad y el calor anuncian el Chicamocha y las tierras norteñas; las montañas se hacen rojas, amarillas y rocosas, las cabras emergen al bordo de la carretera y a lo lejos se puede observar la

cúpula de azul y blanco de la catedral de Soatá, en donde una virgen señala al cielo mientras pareciera que el viento moviera su cabello y vestido.

De Soatá se puede tomar a Santander por la carretera que conduce a Tipacoque y Covarachía, o se puede ir por el camino a Puente Pinzón, por donde se llega hasta la Sierra Nevada del Cocuy. Precisamente por esa carretera se debe tomar para llegar a Boavita; para ello se debe bajar serpenteando las curvas que conducen al fondo del cañón, en donde el río baña los pedregales con sus aguas turbulentas y los tunos extienden sus brazos, como saludando a los viajeros.

Puente Pinzón, bautizado así en honor al General Prospero Pinzón, marca el límite entre municipios; de ahí en adelante y luego de un viaje de ocho horas en promedio desde Bogotá, los andantes se encuentran en Boavita. Para llegar al pueblo desde ese punto se debe subir por la carretera, bordeando el precipicio que permite ver a lo lejos el cerro Portugalete con su majestuosa figura, hasta la falda del monte Tabor en donde la parroquia de Nuestra Señora de la Estrella sombrea las casas en tapia del parque principal.



Fotografía 4 Boavita
 Álbum personal (2021) parroquia de Nuestra Señora de la Estrella, parque principal de Boavita, Boyacá

Boavita hace parte de la provincia del Norte, compuesta por nueve municipios, entre los que también se encuentran Tipacoque, Covarachía y Soatá (su capital), los cuales comparten una historia amplia. Hasta inicios de la colonia estas tierras fueron el territorio de indígenas Tunebos y Laches, comunidades

que habitaron las montañas de lo que hoy conocemos como el Norte y Gutiérrez, hasta los límites de las llanuras del Casanare; los historiadores Jesús María Henao y Gerardo Arrubla en su libro *Historia de Colombia para la enseñanza secundaria* de 1911, llamaron a los Tunebos como “la tribu más estúpida e inmundas de los llanos” y a los Laches como “barbaros y brutales” que creían que las piedras habían sido personas en una vida anterior y que por

ello debían ser objeto de culto, sin embargo, para los oriundos del Norte, los Laches y Tunebos son sinónimo de gente guerrera y sagaz que resistieron la dominación ibérica de Hernán Pérez de Quesada que llegó a la región buscando la Casa del Sol y El Dorado, pero que cedieron ante el adoctrinamiento católico de los frailes Dominicos y Agustinos, como lo narra Villamarín (1976) en el *Lector Boyacense*.

De niños, nuestra proeza familiar de llegar al Melonal no era muy diferente a la de Pérez de Quesada, pues cargados con cajas llenas de mercado, maletas y niños, nuestros padres o tíos, llevaban a todos los primos -más de 8 a la vez- a pasar las temporadas de mitad o fin de año con los abuelos. Para ello acomodados de a dos o tres por puesto, nos embarcaban en la Gacela que salía del terminal desde Bogotá hasta Soatá, en donde a la madrugada y tras 7 horas de un incómodo viaje, debíamos esperar al borde de la única cuadra que atraviesa de lado a lado el pueblo, en el parque Rondón, a que amaneciera y con el sol del nuevo día, viniera por toda la comitiva el expreso que hacia Gume en su Nissan Patrol modelo 80.



Fotografía 5 Transporte rural, las cabras de acero.

Álbum familiar (2010) Nissan Patrol en el que se transportaba la familia desde Soatá para llegar al Melonal, luego de una noche de viaje.

Cargadas las cajas y acomodados los niños, el carro iniciaba su marcha rumbo a un lugar llamado el Vovedero, el fin de la carretera que de Soatá lleva a la vereda Jabonera, en la parte baja del cañón, justo al frente del Melonal. Ahí nos recibía un aroma a tabaco que provenía del Caney de la tía Delfina,

un Tambo enorme en donde colgaban el tabaco para que el aire lo secara y así pudiera ser cajoniado para llevar a vender a la Colombiana; nuestra ida coincidía con los tiempos de cosecha, tanto con la del año como la de la travesía, por lo que nuestras vacaciones más que

de descanso eran de apoyo en la casa y el trabajo, pues los jornaleros eran escasos y costosos frente a los bajos recursos que se tenían para la todo el proceso de cultivo.



Fotografía 6 Animales de carga, monta y compañía
 Álbum familiar (2012) papá Wilson montando a la Gaviota, quien por muchos años le sirvió a la familia como animal de carga y monta. Melonal, Boavita.

En el Vovedero nos esperaba papá Wilson, mi abuelo, con la Gaviota, una yegua buena para la carga y mansa para la monta, pues en ella aprendimos tres generaciones a montar a caballo. Las benditas cajas que, para ese momento ya pesaban una tonelada por el cansancio y que durante

el camino habían servido de taburete y cama para los más pequeños, eran cargadas en la enjalma de la Gaviota y así se iniciaba la última parte de ese trasegar.

Bajando por *el zanjón de la resaca* debíamos caminar entre los pedregales y la cañabrava que a lado y lado servía de paraguas para el sol que a media mañana calienta a más de 25 grados, una topografía compleja en la que las altas temperaturas y la falta de agua hacen que uno quiera aligerar su vestimenta, para mi caso de tierra fría, y adoptar los estilos propios de la región: sombrero de ala ancha, camisa de lino desabrochada en el pecho, pantalón delgado remangado a los tobillos y alpargatas de suela de llanta. Conforme marchábamos y nos acercábamos al río, el zumbido de los carnerales subía de tono y los

cañabravos quedaban atrás, dando paso a una extensa playa de piedras, leña y arenisca grisácea en donde desnudábamos nuestras piernas para pasar el Chicamocha en una especie de cadena de monos; el río es de aguas cafés y turbias, es angosto y en algunos sectores poco profundo, por lo que la navegación



Fotografía 7 La gente y el río

Álbum familiar (1999) Familia descalzando sus pies para cruzar el río Chicamocha luego de una noche de viaje desde Bogotá rumbo al Melonal. Al fondo, Julio Cesar Angarita, mi papá señor (bisabuelo).

no es posible y el nado es complicado debido a lo pedregoso y corrientoso del cauce, de ahí que la vida no sea anfibia, como sí lo es en otras zonas río abajo, cuando las aguas desembocan en el Sogamoso o en el Magdalena.



Fotografía 8 Construcción en tapia

Álbum familiar (2022) Casa construida en tapia pisada y piso de tierra. Por muchos años la casa fue cuidada por mis abuelos bajo convenio de palabra.

Ya en el otro lado y siguiendo el *camino rial*, llegábamos a la casa que por años mis abuelos habían cuidado a raíz de un compadrazgo y un contrato de palabra, que al igual que en Tibita, tenía un valor importante para la gente. La vivienda, como las de la mayoría de la vereda, eran de paredes altas hechas de tapia pisada, piso de tierra y tejas de Eternit. Ésta tenía dos cuartos amplios como enramadas en los que se armaban los catres; la cocina se encontraba

aparte, en donde se tenía el fogón de leña; un horno hecho en adobe de barro, en forma de iglú; y un baño sin agua constante, por lo que en realidad al paso de los días se convertían en una letrina gracias a la

infantil comitiva que residía allí por más de un mes.

Las familias de la vereda eran amplias, la distancia generacional superaba por poco los 20 años, lo que permitió que pudieran compartir algunos años de vida bisabuelos, abuelos, nietos y bisnietos. Esto, a su vez, generaba un



Fotografía 9 Desayuno familiar.

Álbum familiar (1999) En la foto se puede apreciar al fondo el Tambo o Caney, y a la derecha de la imagen la cocina de leña en adobe. La imagen permite observar cuatro generaciones de mi familia reunidas. Melonal. Boavita, Boyacá

sentido de unión grande, una *tribu*, en palabras de los mayores, en donde más que tíos, sobrinos o primos se formaba como hermanos, criados bajo las circunstancias del lugar que



Fotografía 10 Cuenca media del río Chicamocha

Álbum personal (2021) Río Chicamocha a la altura del sector Las Palmas, al fondo se puede observar la vereda de Jabonera, Soatá y el cerro Portugaleta. Melonal. Boavita, Boyacá

obligaba a asumir las labores de la casa y el trabajo de manera mancomunada.

A pesar de tener el Chicamocha al lado, no había acueducto, por lo que el agua la debíamos traer en baldes desde el río. Contaban los abuelos que el Chicamocha había muerto a causa del vertimiento que hacían las siderúrgicas de Paz del Río y las aguas negras

de los municipios de la parte alta, por lo que el líquido se debía purificar utilizando rodajas de cactus o tallos de tunjo que se arrojaban en él y al paso de un par de horas blanqueaban el agua.



Fotografía 11 Corraleja de piedra
 Álbum familiar (2000) Corraleja de piedra utilizada para encerrar las cabras. Melonal.
 Boavita, Boyacá

En la región no se pesca porque no hay peces, por el contrario, se caza, por ello se nos ilustraba en el manejo de las armas desde muy pequeños, una especie de ritual de paso que marcaba la posibilidad de asistir a las jornadas de cacería de los adultos, en donde se buscaban faras, palomas

e iguanas que variaran la dieta a base de arroz y derivados del maíz y la yuca.

De igual forma, a medida que íbamos creciendo se nos incluía en el proceso de sacrificio de los animales de corral (gallinas o piscos), pero sobre todo de las cabras o los camuros, animales muy propios de estas tierras secas, a los que se les valoraba como un bien preciado, por lo que nada de estos podía ser desperdiciado: con la sangre se preparaba la chanfaina, el cuero servía para hacer tapetes, del menudo – ósea los intestinos- se servía la asadura, de la cabeza y las patas se hacía la sopa y, de la carne se preparaban asados o sudados con yuca y papa.

No había gas, por ende, no había cocina de pipeta, en su lugar los fogones eran de piedra y leña; madera que debíamos traer al hombro desde los potreros, para luego ser toleteada o aserrada y posteriormente cortada en trozos más pequeños con el hacha. Todo un proceso en el que papá Wilson nos adiestraba con la misma ternura que lo hizo con nuestros padres, usando palabras secas y expresiones cortantes ante el mínimo error en el uso de las herramientas.



Fotografía 12 Vida y oficios
 Álbum personal (2019) Wilson Solano, mi abuelo,
 cortando leña con el hacha, Melonal, Boavita, Boyacá

Herramientas que dada la topografía y la ausencia de caminos o accesos a los potreros que permitieran el uso del tractor o herramientas tecnificadas, eran de gran importancia y debían ser utilizadas con maestría y precisión. El uso eficaz de la pica, el hacha, el machete, la barra, la sierra y demás, permitían afrontar las necesidades que se presentaban; necesidades que forjaban el carácter según el abuelo, por lo que se debía prestar atención a cada instrucción que él daba so pena de recibir desde un simple *ujum*, señal de estar haciendo algo mal, hasta que se asignaran tareas más duras en el sol de medio día.

En casa, de manera constante y casi jaculatoria, se repetían frases como *Si Dios quiere, Gracias a Dios, Eso no es de Dios, Si Dios lo quiso, es porque así debía ser*, entre otras tantas en las que Dios era el actor central que determinaba las situaciones más cotidianas de la vida en el campo. Esto respondía, como bien lo dice Fals Borda (2017) en su obra *Campesinos de los Andes*, a una actitud de resignación muy propia de los campesinos, en donde las situaciones, independiente de su naturaleza, se ajustan a los propósitos de la divina providencia, situando al campesino en una relación de pasividad frente a los acontecimientos de su vida cotidiana.

En semana santa o navidades, mientras en Tibita doña Aminta se movía como pez en el agua, dirigiendo paso a paso los complejos ritos conforme lo dicta la liturgia católica en viacrucis y vigiliass pascuales, posadas y novenas, que eran capaces de movilizar no solo la fe sino las emociones de las personas, dado que en navidad se sentía un ambiente fiestero y alegre, que contrastaba con el sentimiento de recogimiento, duelo y silencio profundo de la semana santa, en el Melonal las personas no expresaban su fe mediante el desarrollo de estos espacios rituales, sin embargo, se mantenía el respeto por la figura sacerdotal y el espacio

eucarístico, que dada la distancia del pueblo, se daba muy pocas veces durante el año en la escuela de la vereda.



Fotografía 13 Celebraciones religiosas

Álbum familiar (1995) Celebración del viacrucis durante la semana santa en la vereda Tibita, Municipio de Villapinzón – Cundinamarca. Al fondo Custodio Cubillos y Andrea Cubillos, mi abuelo y tía, respectivamente.

Espacios de amplio compartir los que se daban alrededor de este momento eucarístico, en donde las personas con una inmensa amplitud en medio de las necesidades prestaban su mejor mantel, los cubiertos que guardaban en el baúl, la vajilla del matrimonio y daban la gallina más gorda del corral con tal de atender a los

misioneros o al sacerdote del pueblo.

Probar una empanada era un privilegio al que no podíamos acceder los niños de la vereda, por ello, nos debíamos conformar con el olor que emanaba de los sartenes en donde se preparaban por docenas para ser servidas en la mesa de los religiosos, éste era un lugar apartado de la gente, casi inaccesible. El sacerdote y los religiosos eran vistos con mucho respeto y sumisión por parte de la comunidad, a quienes se le tenía un profundo afecto a pesar de su posición restrictiva de la vida privada de las familias. Ese afecto manifestado en situaciones como la de esos enormes banquetes, evidenciaban la transfiguración de actos económicos en actos simbólicos, como lo plantea Bourdieu (1997), en donde la comida se convertía en un símbolo de vínculo social, que evidenciaba una jerarquización establecida y normalizada desde muchos años atrás, tantos que preceden la existencia de los comensales.

Existía una sacra relación simbólica de subalternización, en donde la feligresía veía en el presbítero, por una parte, una figura que representaba unos valores en relación al *deber ser*, el alter Christus, y, por la otra, a una persona que pertenecía a otro nivel social pues

identificaban en él un capital cultural y económico superior al de la comunidad, de ahí que se le permitiera no solo dirigir un proyecto “salvífico” construido desde la moral cristiana, sino involucrarse en la vida social, política y comunitaria de la vereda.

Y es que lo rural no es solo un entramado de sistemas de producción, sino también de construcciones sociales, entre las que se encuentra lo religioso y también el género que, como lo expresa Farah (1996) no solo determina el que es ser hombre o mujer, las características de lo femenino o lo masculino, sino que les endilga roles, privilegios y desventajas a las mujeres frente a los hombres y viceversa, determinando las formas de relacionamiento entre hombres y mujeres.

Los hombres de la vereda, como el abuelo, tenían un talante duro, de palabras precisas y pocas expresiones afectivas; de corpulencia delgada, tal vez a causa del calor, pero de impresionante fuerza que les permitía cargar grandes cantidades, como las maletas de tabaco de más de 50 kilos que debían ser transportadas a la espalda desde el surco hasta los tambos; era prudente, observador y cauteloso, pero de carácter beligerante cuando la situación lo ameritaba, no por nada el puñal hacía parte de su indumentaria diaria. Su nivel de involucramiento con la crianza era bajo y, por el contrario, lideraban la enseñanza para el trabajo, por lo que poco permanecían en las casas y era común encontrarlo durante el día en los cultivos y en las noches en la carretera, tomando cerveza o chirrinche de Banegas, una vereda cercana en donde aún existía el oficio sacatinerero.



Fotografía 14 La mujer y la huerta

Álbum familiar (1996) Madre Ernestina, mi bisabuela materna, contemplando su huerta frutal. Melonal, Boavita, Boyacá

Por el contrario, con vestidos largos de colores cálidos, grandes delantales, y cabello trenzado que bajaba por el hombro, las mujeres eran expresivas y afectuosas, con una capacidad oratoria grande que les permitía compartir historias, anécdotas y mitos, que hacían de ese ambiente rudo una Macondo, que como la de los Buendía

estaba marcada por el matrimonio entre primos, los agüeros y las hazañas impresionantes ante las necesidades del común; un realismo mágico que nos hacía más llevaderas y livianas las labores que poco tenían de vacacionales.

En casa las labores femeninas eran similares a las de las mujeres en Tibita, una dedicación al hogar de tiempo completo pero que, a diferencia de las cundinamarquesas, tenían más reducida su participación en la vida comunitaria. Era común que el cuidado de la huerta y los animales de corral fuera una responsabilidad de las mujeres, pero en tiempo de cosecha los frutos eran vendidos por el hombre; lo mismo sucedía con los animales, como las ovejas, piscos o gallinas, que debían ser alimentadas o pastoreadas hasta su engorde por las mujeres, pero que eran comerciadas sin previo aviso y sin dar pago alguno a la esposa por el trabajo.

La crianza, el cuidado de los niños y los animales, la cocina, el amasijo y la costura, las situaba en una posición de subalternidad ante los hombres, en donde estos, por medio del uso de la fuerza restringían su capacidad de opinión y participación en las decisiones del hogar, el manejo del dinero y la vida pública. Sin embargo, con el paso del tiempo, cuando las fuerzas masculinas se aminoraban por la edad y los hijos estaban en condiciones físicas de replicar, era común ver como las mujeres se resistían a continuar con esa relación de poder que habían sobrellevado por años, pasando los hombres a un segundo lugar y siendo ellas quienes copaban la jefatura del hogar, estableciendo la organización de la economía y las cuestiones del hogar.

El Tabaco, Un Oficio Vacacional Heredado.

Al preguntarle a mi padre por sus recuerdos, por su infancia, por su experiencia, solo encontré silencio, que en principio entendí como vergonzante, pues como lo expresa Matijasevic (2015) ser campesino es visto de diversas maneras: ligadas al oficio, al lugar que se habita, a la forma de comprender el mundo, a un estilo de vida o a un momento de esta, pero independiente de la forma en la que se observe, sobre ella recae un imaginario de anacronismo, atraso o inferioridad incrustado en gran parte de la sociedad. De esto fui testigo en el colegio por parte de mis compañeros y profesores, de quienes recibí burlas, malos tratos y abusos por la forma en la que me expresaba - pues por ejemplo, en lugar de usar la /f/ utilizaba la /j/. La forma en la que vestía en donde no importaba lo estético sino el valor de

uso; o la forma en la que entendía las cosas, en donde veían una especie de ingenuidad que distaba por mucho de como los demás comprendían cosas como la sexualidad, las relaciones interpersonales o el valor de la palabra.



Fotografía 15 El Chicamocha y la juventud
 Álbum familiar (1985) Rubén Solano – mi padre- en su adolescencia en la playa del río Chicamocha. Al fondo el cerro Portugalete. Vereda el Melonal, municipio de Boavita – Boyacá.

Sin embargo, los silencios de mi padre con el paso del tiempo han hablado por medio de la experiencia, de las metáforas, de la risa nerviosa que esconde con picardía un pasado doloroso, traumático, pues como lo expone Pollak (2006), el silencio no lleva al olvido, sino que embarga emociones, sentimientos y

experiencias, en este caso, de una infancia marcada por el trabajo, la precariedad y el maltrato.

Desde los seis años, a inicios de los 70, se vio obligado a asumir labores agrícolas del tabaco, como alcanzar y repartir el colino en el cultivo, o echar abono en las deshieras de los surcos organizados en hileras. Un trabajo que para su edad requería responsabilidad, pues de la siembra eficaz dependía de que dos meses después brotara la planta que luego debía ser recogida y llevada a los tambos preparados para tal fin.

Así a medida que fue creciendo se vio involucrado más y más en la cadena de valor del tabaco, llegando de adolescente al punto de tener que organizar la carga en las bestias y llevar el producto a los centros de acopio, en donde debía negociar con los tramitadores de las compañías que hacían presencia en el norte de Boyacá: la Compañía Colombiana de Tabaco – Coltabaco y Protabaco, la primera comprada en el año 2005 por la Philip Morris y la segunda en 2011 por la British American Tobacco - BAT. Una responsabilidad enorme

para un joven, de quien dependía de que el trabajo de toda una familia fuera bien recompensado, pues la forma de comercio establecida por las compañías tabacaleras hacía que el productor se situara en una posición de desventaja, a merced de la voluntad de quien recibiera la carga para ser comprada.

Y es que la vida reciente en Boavita y el norte de Boyacá ha estado marcada por el tabaco, una planta poco común para la región que llegó a mediados del siglo XX impulsada por la industria aprovechando las condiciones que brinda el bosque seco tropical. Cuestión de la que también fui parte junto con mis primos, como nuestra presencia coincidía con las cosechas del tabaco: la del año que se daba entre abril y junio, y la travesía entre septiembre y diciembre, algunos de nuestros días en la vereda ayudábamos a picar tabaco, un proceso que se da luego de la recogida o maletuada, en donde las hojas son llevadas de la planta al Caney; se le llama picar porque se deben enhebrar las hojas del tabaco en cabuyas, usando unas agujas de metal de más de un metro de largas, para luego ser colgadas en las camaretas hechas de madera que atraviesan de lado a lado el tambo o caney (una construcción abierta hecha en tapia pisada con espacios en sus paredes por donde se atraviesan largos palos de cañabrava o bambú para formar las camaretas); a medida que las hojas van secando, se van subiendo de camareta hasta llegar al techo, de donde se baja para ser apilado y luego cajoniado para llevar a la compañía.

Picar el tabaco era toda una experiencia, no sólo por lo mágico que es para unos niños el empuñar una aguja de su propio tamaño que asemejan ser una espada, sino porque era un trabajo a la sombra en donde recibíamos lo que llamábamos las horas, o comidas del día. A comparación de lo que era una jornada en el potrero, en donde tocaba salir de mañana a buscar las cabras y correr a la pata entre los peñascos acercándolas al corral, estando al sol y sin agua, el caney era un espacio confortable a pesar de lo incomodo, en donde se pasaba el día sentado en el suelo, sobre un costal o cuero de cabra, picando hoja tras hoja mientras se escuchaban las canciones de las Palomas, las Gaviotas, los Salteños, Sonia y Carlos, entre otros representantes de la música regional mexicana y guasca Colombiana, que había llegado por medio de las emisoras La Voz del Oriente, Radio Furatena, Radio Sutatenza pero sobre todo la Emisora Voces Rovirenses y su programa Mañanitas Rovirenses, desplazando la música de cuerda que se escuchaba en la región.



Fotografía 16 Caney o Tambo

Álbum personal (2019) Caney o Tambo de don Juan María hecho en tapia pisada. En la foto pueden observar los espacios en la pared por donde se atravesaban de lado a lado palos de caña brava o madera para formar las camaretas, en donde se colgaban las sarts de tabaco y a medida que iban secando, se subían hasta la parte superior o también llamada *Solera*. Melonal, Boavita, Boyacá

El trabajo en el caney era pesado, no por lo complicado de picar el tabaco, sino por el volumen de hojas que debían ser colgadas con rapidez, pues al estar apiladas se podían dañar con facilidad y así perder la producción; también, porque el tabaco suelta un vaho o un calor, que se empapa

en el ambiente y marea cuando no se está acostumbrado; de igual forma, la hoja es aceitosa, por lo que al finalizar la jornada, las manos, el cuerpo y la ropa se llenaban de grasa y se impregnaba por días el olor a tabaco, llegando al punto de ser hostigante al no poderse quitar bañándose en el río.

Al finalizar el día, con los dedos y rodillas maltratadas por el trabajo de la jornada, la fiesta iniciaba al bordo de la carretera junto al cují, a donde íbamos llegando los jóvenes y niños de la vereda a hacer luminarias y contar historias sobre los entierros, luces y brujas que se aparecían en la región, de ahí que mi primo Camilo le hubiera cogido miedo a chiflar en las noches, entre risas ahora de grandes recordamos que nos enseñaron que si lo hacíamos se nos aparecería una bruja o nos pedirían sal al otro día. Las personas de la región son supersticiosas, una mezcla entre paganismo y el misticismo, en donde lo religioso se incrusta en ritos como la cruz de mayo para proteger los cultivos, la quema del ramo de domingo santo para alejar la borrasca o el ver en los sueños hechos premonitorios del futuro.

Las noches en el cují también era el espacio en el que los pocos jóvenes y niños que vivían de tiempo completo en la vereda podían tener un momento de esparcimiento en el día, pues lo que para nosotros era una experiencia más, para ellos era una obligación y una responsabilidad. Para principios de los 2000 ya eran pocos los jóvenes que quedaban en la

vereda, mi padre cuenta que cuando él era joven y se reunía en ese mismo punto, en las noches llegaban hasta 60 muchachos, mientras que cuando lo hacíamos nosotros a lo sumo llegaban 10, y eso se notaba en que la vereda había pasado de tener tres escuelas activas a solo una en el sector del Espigón, en donde los estudiantes culminaban sus estudios en el pueblo y luego se iban por lo general para Soatá, Duitama, Tunja o Bogotá a donde algún familiar que les apalancara con trabajo. Al preguntarles a los vecinos con los que jugábamos en las noches los motivos por lo que ellos se querían ir de la vereda, en donde nosotros vivíamos aventuras y disfrutábamos del estar allí, nos respondían que al no haber jornaleros a ellos les correspondía asumir el trabajo en el campo desde muy jóvenes; lo que para nosotros era un juego, para ellos era una responsabilidad que no era paga y no respondía a las ambiciones que los jóvenes de la vereda tenían.

Las posibilidades de generar ingresos en la región eran limitados, dado que la producción tabacalera daba un margen de ganancia ínfima en relación con el trabajo que implicaba el proceso, por ello que las familias debían involucrarse ad honorem, como en nuestro caso, para poder reducir costos y obtener un margen mayor de ganancias. Para ese momento, la producción de la vereda no permitía alcanzar un punto de seguridad alimentaria, dado que las mejores tierras eran utilizadas para el tabaco, que desde los años 50 había desplazado cultivos como el trigo, el tomate, la papaya y sobre todo la caña; esto hacía que existiera una dependencia, no solo de las encomiendas y mercados, sino también del apoyo de mano de obra que se enviaba desde las ciudades por los hijos que se habían marchado años atrás en búsqueda de otras oportunidades.

En 1999 el presidente Pastrana inició la zona de distensión del Caguán, un espacio en el que se encontraba concentrada la guerrilla de las FARC a cientos de kilómetros de Villapinzón y de Boavita, en el departamento del Caquetá. Esa concentración aparente terminó por facilitar la expansión de la guerrilla y que llegaron a las veredas unos *muchachos* -como la gente los llamó- que venían por la cordillera desde el Meta y el Arauca.

En Tibita se presentaron como parte del Frente 54 de las FARC y lo primero que hicieron fue establecer horarios: después de las cuatro era mejor no andar por la carretera y tocaba entrar el ganado temprano para evitar problemas; luego, levantaron una lista de los ladrones de ganado de la región y comenzaron a matarlos uno a uno, los buscaban en las

casas o por los potreros y los llevaban al campamento en la *Peña lisa*, en donde los hacían abrir un hueco y ahí los dejaban. La situación fue similar en Boavita en donde el Frente 45 de la guerrilla de las FARC patrullaba el Melonal, acampando en las casas, en donde la gente no solo debía brindarles techo sino colaborar con una que otra gallina para la cena. La situación allí fue difícil, llegando al punto de que una mañana de domingo del mes de marzo de 2002 dinamitaron Puente Pinzón y asesinaron a un par de personas en el lugar; los retenes se hicieron frecuentes en el páramo de Güina, paso obligatorio para llegar a Soatá, por lo que ya no era seguro ir como lo hacíamos años atrás, por el miedo de que nos bajarán del bus y fuéramos reclutados por la fuerza.

Ese año, 2002, coincidió con la entrega de la casa de interés social que mis papás compraron en Bogotá, por lo que la vida nómada entre esos mundos de frailejones y tunos se fue acabando, los viajes a las veredas se fueron haciendo cada vez más lejanos entre sí, además mientras yo crecía las casas se angostaron con el paso del tiempo, porque los lugares a medida que se envejece pareciera que se redujeran. Con mi llegada a la ciudad no sólo cambió mi domicilio, sino también mi acento, mi forma de vestir, lo que consumía, las empanadas dejaron de ser un privilegio y se convirtieron en la dieta diaria en la caseta del colegio público en el que ahora estudiaba. A pesar de todo ello, el sentido de lo aprendido en mi infancia no se perdió, pues ese capital no desaparece al separarse de los lugares, sino que se adhieren a lo más profundo del ser, pues es imposible que de la noche a la mañana se borre todo ese acervo cultural, histórico y social que se ha heredado generación tras generación.



Fotografía 17 *Visitas de amor*

Álbum familiar (1994) Visita de Macamen a sus hijos en Tibita.

De izquierda a derecha: En la parte superior María Del Carmen Cubillos -Macamen-; inferior, Luis Carlos Solano Cubillos y María Alejandra Solano Cubillos. Tibita, Villapinzón, Cundinamarca.

De mi infancia con los abuelos viene el interés con lo rural, que no sólo embarga lo agrícola con las técnicas de cultivo llenas de tradición, esfuerzo y sudor, o de las formas de comercio cada vez más inequitativas en donde la ganancia se la llevan los intermediarios que aprovechando las dificultades para sacar la cosecha a las plazas y

compran en el surco para revender al triple en las ciudades. De igual forma, lo rural no se identifica, para mí, con el anacronismo, pues en ocasiones el campo es utilizado erradamente como antónimo de desarrollo, ni se define al hacer un contraste de lo urbano, como algunos lo hacen, presentando el asfalto como sinónimo de progreso, desconociendo que existen otras formas de habitar el mundo, que lo rural vive el presente desde otra forma de entender la existencia, desde otras ecologías como lo plantea De Sousa Santos (2014); entre ellas la de las *temporalidades*, en donde las prácticas agrícolas tradicionales como el arado, la selección de las semillas al finalizar la cosecha, el manejo de agua en aljibes, etc. son parte del ahora, no del pasado, situando al campesino en una relación horizontal frente al presente industrializado, que ve el avance del tiempo como sinónimo de desarrollo marcado por el uso de químicos, maquinaria pesada y el manejo de semilla transgénica, entre otras características; o la *ecología de los saberes*, en donde no se descalifica el saber que no proviene de la academia o los centros de conocimiento, sino que por el contrario, se le reconoce su valor basado en la construcción social, material y cultural que embarga, por ello, observar la luna para conocer el estado del clima o guiarse por el famoso almanaque Bristol, que anuncia los mejores días para la cosecha a lo largo del año.

Aun así, siguiendo lo planteado por De Sousa Santos (2014), lo rural, por lo menos en lo que tiene que ver con el Melonal, mantiene la *lógica de clasificación social*, en donde aspectos relacionados al capital económico como la posesión de la tierra, de carácter simbólico en relación a la tradición religiosa o el apellido, o de capital social como las amistades, conexiones sociales o los familiares que se posean en la ciudad, influyen en el establecimiento de un orden social, que sitúa a unos en una posición de favorabilidad en relación al que carece de estos capitales.

Es así como lo rural supera lo geográfico y se incorpora en los sujetos que en él hemos habitado, instituyendo formas de ver, comprender y actuar en la vida social, por medio de estructuras tangibles e intangibles, que, a su vez, vamos re-construyendo desde la experiencia. La tierra, más allá de ser una parcela para el uso agrícola, es un espacio de conexión ancestral y familiar que edifica e identifica a quienes hacen o han sido parte del espacio, como yo, que a pesar de no ocupar físicamente un lugar rural mantengo un vínculo inmaterial con el agro.

Ahora bien, la ruralidad en la que se enmarca el proceso de indagación sobre cuáles fueron las transformaciones de la ruralidad y su estructura agraria a partir de la producción agrícola del tabaco, podría analizarse desde este proceso autoetnográfico en dos aspectos, que como lo plantea Bertaux (2011), son dos caras de la misma moneda. El primero en relación con aspectos sociosimbólicos, como lo he presentado hasta el momento, y el segundo, frente a los componentes socioestructurales, la propiedad de la tierra y las relaciones objetivas y económicas que se establecen en la estructura agraria, que en el caso del Melonal se ha construido y transformado a lo largo de siglos, en donde las generaciones se han resistido y/o adaptado al proceso, como lo presento a continuación.

El Melonal, La Hacienda y La Colonia.

La historia del Melonal, junto con la del Norte de Boyacá, está marcada por la herencia que dejó la colonización española en el territorio que en antaño fuera la tierra de los indígenas Laches y Tunebos, quienes por mucho tiempo establecieron sus dominios sobre la cuenca del Chicamocha y la parte alta de la cordillera Oriental, en lo que hoy es la provincia de Gutiérrez. Este legado se puede observar aún en la arquitectura de las grandes casonas que

se sostienen en algunos pueblos y que fueron construidas utilizando técnicas traídas por los ibéricos, dado que en la región se establecieron colonos y mestizos, que, junto a los misioneros de la orden dominica y encomendero de la corona, crearon haciendas y fundos con grandes extensiones de tierra que requirieron de mano de obra, por lo que los caciques debieron destinar parte de sus hombres en capacidad de trabajo para que asistieran en calidad de concertados a las haciendas y trabajaran a cambio de una paga semestral. Con el paso del tiempo, los hacendados generaron nuevas formas de contratación, ofreciendo tierras y jornales, haciendo que los trabajadores indígenas y sus familias no regresaran al resguardo, convirtiéndose en trabajadores residentes.

Esta situación generó, por una parte, el debilitamiento de los resguardos en la región, en donde colonos que no podían adquirir tierra, aprovechando la ausencia de los concertados invadían o arrendaban tierras indígenas, como sucedió en Soatá; y por otra, el fortalecimiento de las instituciones clericales y hacendadas, que no solo poseían grandes extensiones de fundo, sino que contaban ahora con mano de obra indígena propia, a quienes no solo se les exigía el pago de terraje sino obediencia y sumisión.

Hubo situaciones en la que la llegada de colonos (españoles y mestizos) generó conflictos con las comunidades indígenas, como el caso de Boavita, en donde debido a los constantes problemas se tomó la decisión de redistribuir las tierras y ubicar a la población ibérica-mestiza en un lugar y a la indígena en otro. Es así como en 1758 se fundó la Uvita, en donde colonos y religiosos establecieron su hogar libre de indígenas, llegando al punto de que si algún uvitano fuese a Boavita se le cobraría una multa en dinero, o al indígena boavitano que fuera a La Uvita, se le castigaría con latigazos; situación similar a la que vivió la región en la primera mitad del siglo XX, en donde ya no por razones de “raza” sino políticas, los habitantes de Boavita no podían ir a Tipacoque, o los de Tipacoque a Boavita o Soatá, so pena de ser asesinados por el partido político al que se suponía pertenecían los municipios.

Con el paso del tiempo, la población indígena de resguardo disminuyó a tal punto que los oidores decidieron acabarlos, trasladando a los nativos que aún se mantenía a otras comunidades; vender o subastar las tierras; y, cambiar la condición de los poblados de tierras indígenas a parroquias. Como lo presenta Fals Borda (1957), el 21 de junio de 1755 fue

vendido el resguardo de Soatá y en 1777 los resguardos de Chiscas, Boavita y Guacamayas fueron demolidos y sus indígenas desplazados al Cocuy en calidad de agregados.

De esta forma, en el norte de Boyacá se estableció una estructura agraria latifundista, que como lo explica García (1986) se basa en el control de grandes extensiones de tierra y usufructo de los recursos que allí se encuentren, en este caso por parte de una elite señorial y religiosa. Es así como en la región se crearon grandes haciendas, que explotaron las mejores tierras con ganadería y pastoreo, dando a arrendatarios y trabajadores sin paga tierras y semillas para el cultivo de la caña y la producción de alimentos.

Como lo expresa García (1973), la estructura latifundista se caracteriza por un desmedido poder y control sobre las instituciones y capitales agrícolas por parte de un grupo reducido de personas; en donde el campesino o la base social que allí habita se encuentra desconectado del mundo social circundante, lo que genera que su participación o incidencia de la vida política y social sea inocua, quedando a merced de las disposiciones de la hegemonía local.

Esta estructura, al estar fundamentada en el monopolio de la tierra, poseía un sistema de estratificación cerrada definido por la relación con la propiedad de la tierra de ciertos grupos sociales, como explica Machado (2002) la estructura agraria tradicional sitúa a los terratenientes en el lugar hegemónico, seguido en orden descendente por los trabajadores rurales, los campesinos sin tierra, minifundistas, aparceros, arrendatarios y colonos.

Esta estructura agraria se mantuvo sin mayores cambios hasta la desamortización de tierras de manos muertas -propiedades que por pertenecer a órdenes religiosas no podían ser comercializadas ni generaban usufructo para la nación- hecha por el General Tomas Cipriano de Mosquera, pues las disposiciones del gobierno generaron una trasposición de las elites de la región. Las tierras pertenecientes a las comunidades y órdenes religiosas pasaron a ser propiedad de los Estados de Unidos de Colombia, quien las vendió o subastó a las elites aristocráticas, militares y políticas del momento.



Fotografía 18 Tipacoque
 Álbum personal (2022) Arco antigua entrada de a caballo a la casona de la Hacienda de Tipacoque. Tipacoque, Boyacá.

En la región para inicios del siglo XX, posterior a la Guerra de los Mil Días, sobresalieron haciendas como la de Tipacoque en donde el jefe o feje -como se diría en la provincia- fue el General Liberal Lucas Caballero Barrera; la hacienda de las Tapias en Covarachía; o la hacienda de Chulavita

del coronel conservador Figueroa, de donde tiempo después, el 10 de abril de 1948, un grupo de campesinos junto a otros tantos de la región, saldrían en defensa del gobierno conservador de Ospina Pérez; haciendo que el gentilicio Chulavita, utilizado para referirse a las personas provenientes de esta vereda de Boavita, pasara a ser utilizado en la historia como un calificativo sinónimo de violencia partidista, como lo expresa Figueroa Cordero (2022).

Sin embargo, existieron haciendas de menor proporción de tierras pero que mantenían la misma estructura agraria, como el caso de la hacienda que se ubicó en la actual vereda del Melonal, compuesta por los sectores Ospina Pérez, El Papayal, Guayana, Las Majadas, El Espigón, El Hato y Las Palmas, pero, que para finales del siglo XIX fue un solo fundo, propiedad de mis tática tática tática tática abuelos, doña Joaquina Sánchez y Juan María Aponte, según nos lo contaba de niños mi madre Ernestina.

Madre Ernestina, mi bisabuela, en las oscuras noches que se iluminaban con las brasas del fogón de piedra que se avivaban con su palabra llena de amor e historia, narraba como *Doña Juacara* -Joaquina Sánchez- había heredado tierras y señorío hasta donde la vista le alcanzaba, desde la quebrada Cabuyalera al sur, hasta la quebrada Ocalaya por el norte; al oriente desde Sacachova y el Cabuyal hasta el río Chicamocha por el occidente. Cientos de fanegadas de tierra que eran administradas desde *la Casa de Teja*; una casona colonial hecha

en tapia pisada; de paredes gruesas y altas para mantener la frescura en días calurosos; de corredores y despensas amplias; con grandes patios para la peonada y el encierro; horno de barro para el amasijo y, sobre todo, un enorme techo de tejas de barro, símbolo de estatus y nivel económico de los hacendados. En contraste, las casas en las que vivían la servidumbre, peones o aparceros eran construidas en Bareque, una mezcla de barro y caña, con techo de paja de caña, que por lo general solo se componían de una pieza y una cocina hecha en caña brava, en donde se cocinaba sobre piedras.



Fotografía 19 Horno de barro

Álbum personal (2014) Horno de barro, común en las casas del Melonal y que hace parte de la arquitectura de la región. Melonal, Boavita, Boyacá.

Al ser una hacienda con pocas vías de acceso y dificultades de comunicación, debido a las amplias distancias con las cabeceras municipales y otros centros poblados, contaba con un sistema de producción que tenía una herrería en donde se elaboraban las herramientas de trabajo,

se hacían telas y tintas naturales utilizadas para vestir, preparaban aceite a base de semillas con las que encendían las lámparas, hasta se confeccionaban chocatos y sombreros de Fique. Estas eran algunas de las fuentes de producción y de oficio que había, en donde se

aprovechaban los recursos que se tenían a la mano, pues, esta como las demás haciendas de la región carecían de herramientas mecanizadas que pudieran tecnificar la vida agraria.



Fotografía 20 La casa de teja

Álbum personal (2022) Patio principal de la Casa de Teja del Melonal en donde se encerraban los animales que pertenecían a la hacienda. Melonal, Boavita, Boyacá.

Mi madre Ernestina, al pie del fogón de piedra contaba con emoción que cuando misiá Juacara mandaba encerrar, ósea, que se le trajeran todos los animales que tenía, llenaba los patios de la Casa de Teja con recuas de mulas, caballos, toros, vacas y cabras que eran observados por ella

desde el pasillo de la casa, ubicado en un lugar elevado, no solo por cuestiones prácticas sino simbólicas, pues ella se encontraba en un nivel superior al de los demás. Y es que, quienes vivían en su hacienda debían pagar obligación, un servicio no remunerado a cambio de poder vivir y cultivar las tierras. Una práctica común, que no solo garantizaba el funcionamiento de la hacienda, sino que conservaba las prácticas propias del sistema señorial.

Doña Joaquina y don Juan María, su esposo, tuvieron varios hijos, entre los que se encuentran Don Luis Felipe Aponte, quien heredó el Espigón y es recordado por su trabajo como personero del municipio. Según lo narra Molano (2015) desde la voz de Nacienceno Ibarra en su obra *Los años del tropel*, don Luis Felipe era un líder liberal como sus padres que, en el primer gobierno de López Pumarejo en la década del 30, decidió parcelar la tierra debido a la reforma agraria que desde el Gobierno Nacional se adelantaba y heredarla a sus hijos, quienes volvieron a parcelar y vendieron para migrar a Bogotá.

También tuvieron a doña Empiria Aponte, que heredó tierras en Ocachá y los alrededores del pueblo. Misiá Empiria se casó con don Telmo Martínez, y tuvieron tres hijos: Rafael, Mercedes y otra mujer que murió muy joven por alguna de las pestes que hubo en la

región; Rafael nunca se casó ni tuvo hijos, por lo que su herencia la repartió entre su hermana, a quien le dejó tierras y casonas en el pueblo, y el municipio, a quien donó terrenos para la construcción de colegios y puestos de salud.

Madre Mercedes se casó con Félix Figueredo y vendieron gran parte de las tierras que tenían en la parte de arriba del pueblo y compraron al bordo del Chicamocha, en donde llamaban el Chirimoyo, actual sector de las Palmas. Para ese momento los herederos de doña Juaquina ya no eran dueños de grandes extensiones de tierra sino de fincas, debido al avanzado proceso de parcelación y de herencia que se había adelantado en la región, en donde las propiedades fueron divididas en partes cada vez más pequeñas, llegando el minifundio a establecerse como unidad de medida mayoritaria para los habitantes del municipio.

Con el proceso de ventas y herencia de la tierra en el Melonal, la estructura agraria transitó de una Latifundista a una Bimodal, en donde, según Machado (2002) la tenencia de la tierra se da de dos formas, Latifundio – Minifundio, que a diferencia del Latifundio Señorial, este no se desarrolla por un proceso de casta sino que se establece por un proceso de acumulación de tierras por medio de la compra, pero que continua ejerciendo relaciones de poder sobre los campesinos circundantes y dueños del minifundio en una dinámica capitalista, que acapara el acceso y producción de recursos económicos.

Como lo explica Fals Borda (1957) el minifundio tiene una extensión de alrededor de cinco fanegadas o tres hectáreas, y por lo general sus dueños no cuentan con una capacidad económica amplia, de ahí la reducida extensión de la tierra. A pesar de ello, en el Melonal, se conservaban de manera colectiva grandes espacios que antes eran de la hacienda pero que, debido a su geografía boscosa y montañosa, y a los amplios costos que implicaba la sucesión, no fueron divididos. Los potreros, como la gente los llamó, les pertenecía de manera colectiva a las personas denominadas derechoantes; el ser derechoante era un privilegio que se adquiría por herencia y sólo las familias podían hacer uso de esas tierras demostrando la genealogía, por ello que la ascendencia y los apellidos aún son de gran importancia en la región. Con el paso del tiempo, el derecho pasó de ser una adquisición sanguínea a una franquicia adquirida con la compra de tierras circundantes de los potreros, lo que en el presente ha sido aprovechada para el intento de privatización de estos espacios comunales por parte de algunas familias de la vereda.

Debido al poco desarrollo tecnológico y social que planteó la estructura agraria latifundista para los habitantes de la vereda, el minifundio adquirió estas problemáticas y las acrecentó en la estructura bimodal, en la medida que sus dueños al poseer bajos recursos económicos se encontraron con amplias dificultades para el desarrollo de su labor agrícola, pues ya no había patronos que les proveyeran semillas y herramientas para el cultivo.

Es así como los animales continuaron siendo el vehículo de producción agrícola por excelencia, pues los bueyes -toros mansos que son capados antes de su primera monta- fueron la herramienta que permitió que: el arado surcara los bastos pedregales del Melonal para que la caña de azúcar fuera sembrada; mover cíclicamente el trapiche de piedra y luego de *fierro*, para que el trapichero pudiera moler la caña, mientras el chamicero mantenía viva la candela que hervía los fondos en donde el corincherero y panelero guarapiaban sacando la miel cañera. Y claro, las recuas de mulas continuaron siendo el medio de transporte de la carga que se movía por medio de caminos riales que, entre las montañas, podían conducir a Bogotá en un viaje de más de dos días, o a Tame pasando por Chita, o a Chiquinquirá usando el camino de romerías.



Fotografía 21 El Melonal

Álbum personal (2021) vista panorámica de la vereda el Melonal, municipio de Boavita desde la vecina vereda de Jabonera en Soatá. En el centro se puede observar al Chicamocha que separa los dos municipios. Jabonera, Soatá, Boyacá.

No obstante, los habitantes de la actual vereda no solo conservaron y reprodujeron técnicas feudales, sino también *habitus* expresados en las relaciones sociales, en donde por ejemplo, la religiosidad católica, entremezclada con la superstición indígena, continuaron orientando la práctica espiritual de la región; la figura señorial heredó su estampa a gamonales, que influenciaron política y socialmente en los territorios aprovechando su capital económico; la figura masculina continuó ejerciendo las labores que implicaban fuerza, mientras las mujeres continuaron restringidas a las labores de la casa y el cuidado de los menores; el proceso de formación, escritura y lectura, continuó siendo un privilegio adquirido por medios económicos o de familia, ampliando el desbalance en el capital cultural de la región.

Las restringidas condiciones de vida que tenían las personas dificultaron el escalamiento social dado que, como lo expresa Machado (2002) la poca disponibilidad de la tierra en un sistema en donde esta es la base de la estructura dificulta la provisión de recursos que brinden un nivel admisible de calidad de vida. Claro está que, el problema en el Melonal no solo se basaba en la extensión de tierra, sino de acceso a nuevas tecnologías y mercados que permitieran dinamizar la economía de la región que se basaba para la época en el cultivo de caña de azúcar.



Fotografía 22 Trapiche de caña

Álbum personal (2021) Vestigios del trapiche de caña del Melonal. Este espacio era utilizado de manera comunitaria para moler las cosechas de caña. Según cuentan los habitantes, la molienda podía durar 3 meses con sus días y noches. El Melonal, Boavita, Boyacá.

A partir de la siembra, los cultivadores debían esperar entre 14 y 16 meses para que se diera la cosecha, tiempo en el cual debían desyerbar y limpiar los cultivos a la par que se empleaban en otros oficios o migraban transitoriamente para conseguir sustento. Al llegar la cosecha, los hombres retornaban a

cortar, despuntar y cargar las bestias para llevar la caña al trapiche, una construcción comunitaria hecha en tapia al lado de la Casa de Teja, en donde se establecían turnos día y noche para la molienda que podía durar hasta tres meses.

De la caña podían sacar miel o panela que, por lo general, debido a la alta oferta del producto, era comprada a bajo precio, haciendo que el trabajo de más de un año fuera mal pago frente a las carencias, esfuerzo y sacrificio que implicó. Por ello como opción más rentable de aprovechamiento de los derivados de la caña, en la región se estableció la producción y comercialización de chirrinche o tapetusa, un aguardiente derivado del guarapo, cuyo destilado artesanal era condenado por agentes del Estado o el Resguardo de renta, como se les llamaba, a causa de la Ley 88 de 1923. Meza (2014) documentó como el norte de Boyacá se caracterizó por la calidad del tapetusa, en especial por el que se producía en veredas como Chulavita, Sacachova, Sauzal y el Melonal y como este se contrabandeaba en el Norte y Gutiérrez oculto en las recuas de mulas.

Los sacatineros, como se le llamó a los productores del chirrinche, movilizaron la economía local al construir una red de producción entorno a la caña, la molienda y la miel, cuestión que favoreció no solo la posibilidad de acceso a una economía básica para las familias productoras, sino que construyó un habito en torno al consumo del licor, que se incorporó a espacios sociales, festivos, religiosos y cotidianos; no por nada se reconoce a los habitantes del Melonal y de Banegas -vereda vecina al Melonal- como gente “*brava pa’ jartar*”, llegando al punto de unir el chirrinche a la dieta diaria como acompañamiento del café mañanero.

Madre Ernestina recordaba como su papá señor, Félix Figueredo, era cliente frecuente de chicherías en donde se embriagaba con guarapo y tapetusa, que era pagado en ocasiones con la escritura de tierras. Fue así como sus ocho hijos, entre los que se encontraban mis tátara abuelos Evelia y Pompilio, no recibieron mayor herencia de su parte; Evelia se casó con Víctor Angarita y Pompilio con María Escamilla, quienes tuvieron ocho y cinco hijos respectivamente.

Entre los hijos de Evelia y Víctor, nació papá Julio Cesar y, de Pompilio y María, nació madre Ernestina, mis bisabuelos, a quienes no llamé de tal forma dado que en la región, como en otras de Colombia, *madre* se utiliza como sustantivo para referirse a las abuelas y,

papá para referirse a los abuelos, esto se debe tal vez, al fuerte vínculo que se da al interior de las familias que, a pesar de ser numerosas, conservan fuertes lazos que superan lo sanguíneo y se unen en vínculos de trabajo, posesión de la tierra y hasta matrimonio, pues la endogamia es común que se dé como en el caso de ellos.

Así pues, papá Pompilio, fue el último sacatinero por herencia dado que a partir de la década de los 40 el cultivo de la caña comenzó un proceso de sustitución paulatina en la región por el del tabaco, lo que no solo transformó las prácticas agrícolas sino sociales, económicas y ambientales de la ruralidad Boavitana. El proceso de cultivo de tabaco negro en Boavita inició tal vez a finales de la década de los 40 o inicios de los 50, cuando los *promotores* de la Compañía Colombiana de Tabaco llegaron por la vega del Chicamocha, río abajo, desde Enciso pasando por Capitanejo, sin embargo, es hasta pasada la mitad de la década del 50 que se consolidó el tabacal en la región.

El establecimiento de este cultivo en la región respondió a la promoción del tabaco como oportunidad para obtener mayores ingresos económicos a menor tiempo, dado que a diferencia de los cultivos de caña de azúcar cuya cosecha tardaba hasta 16 meses con alto riesgo de pérdida, el tabaco daba dos cosechas al año con la garantía de compra por parte de la Colombiana. Por ello, mis bisabuelos, papá Julio y su generación fueron los primeros en rechazar la tradición cañera y sacatinera, para convertirse en los cosecheros del Melonal, quienes aprovechando la bonanza se incorporaron en la cadena de valor de una industria que poco a poco coparía cada rincón de la vereda.

Las veredas del municipio, en especial las que se encuentran en la vega del río, eran recorridas por los promotores, empleados de la Compañía Colombiana de Tabaco S.A, encargados de convencer a los habitantes de reemplazar sus cultivos por el tabaco negro. La estrategia utilizada por la colombiana se basó en ofrecer semilla, insumos y capacitación para la construcción del cultivo y, adicional a ello, regalar material de construcción como tejas a manera de fidelización de la población.



Fotografía 23 Sartas de tabaco colgadas en camaretas

Origen desconocido. Foto compartida por habitante del Melonal en donde se puede apreciar sartas de tabaco secándose colgadas en camaretas al interior de un tambo o Caney, por la estructura se evidencia que no pertenece a la región de Boyacá, tal vez a Santander, pero se utiliza con fines ilustrativos. Autor, lugar y fecha desconocida.

Poco a poco los cañaduzales fueron cortados y con la asesoría de la compañía se sembró la semilla del tabaco negro, y con ello el desarrollo de nuevas prácticas agrícolas que trascendieron a lo agrario. Las técnicas de cultivo fueron transmitidas por los promotores y adaptadas por los cosecheros -

nombre que adquirieron quienes se vincularon al tabaco- con base en su experiencia; los techos de paja se reemplazaron con Eternit en las casas, y junto a estas, Caneyes o Tambos fueron construidos para el proceso de secado del tabaco; coger, enmaletar, picar, colgar o prensar fueron palabras que se incorporaron a la cotidianidad para dar cuenta de lo que se debía realizar conforme el cultivo iba avanzando y la vida se iba transformando. Los oficios de antaño fueron desapareciendo; los sacatineros, trapicheros corincheros y paneleros abandonaron sus oficios tradicionales y se pusieron al servicio de la Colombiana de Tabaco; junto a sus hijos, las mujeres salieron de sus hogares, para convertirse en alisadoras de una hoja que hasta ese momento les era ajena.

Si bien no es posible conocer cuáles fueron las razones que llevaron a la compañía Colombiana de Tabaco S.A. a establecer el cultivo en el territorio en la década de los 40, dado que no hay testimonios o registros institucionales, académicos o históricos que lo expliquen, su llegada coincide con un momento de transición o de cambio en la estructura en relación a la propiedad de la tierra, pues por una parte la política pública nacional, en este caso, la Reforma Agraria promovida por los gobiernos Liberales en la década de los 30 y por la otra, el avanzado proceso de herencia y venta de la tierra, hicieron que las grandes

extensiones en manos de pocos, pasaron a ser fraccionadas en pequeñas parcelas con múltiples propietarios.

Esto se podría ver como un proceso en el camino de la equidad social en términos de posesión de la tierra, sin embargo, lo que sucedió en ese momento fue proceso paulatino que llevó a las personas a un grado de vulnerabilidad amplio, pues no bastó con tener posesión de la tierra, por poca que fuera, ya que la extinción de la hacienda trajo consigo una orfandad en términos económicos y sociales, pues desde allí se proveía de trabajo, semilla y manutención a los que en antaño dependieron de ella.

Mientras las personas que habitaban el Melonal se veían en un grado de pobreza grande, la industria tabacalera, junto con la cafetera y bananera, eran cobijadas con las políticas proteccionistas de Olaya Herrera después de la crisis del 29 como lo explica Ocampo y Montenegro (2007) al exponer los antecedentes de la creación de la Federación Nacional de Industriales. Pérez (2001) plantea que este proceso proteccionista generó un proceso de desarrollo rural inequitativo a nivel nacional, con un sector industrial robustecido y una población campesina desprotegida, de ahí que la Colombiana tuviera la capacidad de ofrecer tantos beneficios con tal de acaparar la fuerza productiva de los campesinos que como mi papá Julio ante las pocas posibilidades que le daba la caña aceptó vincularse al cultivo sin mucha resistencia a pesar de no conocer nada del proceso agrícola o de las relaciones de poder que se establecerían.

Esta escasa resistencia al cambio no solo se debió al estado de carencia económica en el que se encontraban los campesinos sino también a una disposición generada por lo que Antonio García (1969) llama *esquema latifundista*, en donde la base económica se encuentra sustentada en la dependencia a un producto básico de explotación, en este caso la caña que es sustituida por el tabaco. Y es que los siglos de colonialismo no se borraron del Melonal con la extinción de las haciendas y señoríos, dado que las formas de producción del *esquema latifundista* se entremezclaron con las nuevas prácticas, tecnologías, conocimientos y herramientas que provenían de la industria del tabaco, de igual manera las formas de relacionarse solo cambiaron de manera aparente, pues la aparcería, el patriarcado, la inequidad y la posesión de la tierra como principal capital de las familias se mantuvo en un

nuevo orden que poco a poco se estableció en la región, como lo presento en el siguiente capítulo.

Capítulo 2.

Una historia que contar a cuatro voces

Como lo expresé al inicio de este documento la respuesta a la pregunta por *¿cuáles fueron las transformaciones de la ruralidad y su estructura agraria a partir de la producción agrícola del tabaco en la vereda el Melonal del municipio de Boavita?* se da en tres momentos: antes, durante y después del cultivo de la planta. En este segundo capítulo se presentará el resultado del proceso de campo en la vereda que da cuenta de las transformaciones que se dieron durante el tiempo en el que el Melonal y sus pobladores hicieron parte del proceso de la industria tabacalera establecida por la Compañía Colombiana de Tabaco y la PROTABACO.

Durante el proceso de elaboración de la respuesta a esta pregunta, de manera voluntaria decidí alejarme de las formas tradicionales de presentar los resultados enmarcados en un formato permeado por lo conceptual y la utilización de fragmentos de entrevistas o diálogos encerrados en viñetas, que acomodados debidamente sustentan el argumento que el autor desea presentar teniendo cuidado de garantizar la solidez de este respaldado por la teoría. Como lo diría Molano (2009), una cosa es la investigación y otra la exposición, por ello, seguro del proceso que desarrollé en el análisis de la información y de los datos que se obtuvieron, acogí la exhortación profética de Benjamín de no prestarme como instrumento de dominación que opaca la voz de los vencidos.

Luego de haber llegado al Melonal con la empresa de investigar lo que allí sucedida, viendo al otro como informante y de verme en la necesidad de despojarme del ímpetu investigador por la respuesta que recibí en primer momento de las personas, el proceso que le siguió, en donde participé de manera horizontal de la cotidianidad, me permitió no solo conocer sus historias de vida (story life) sino que generó en mí un proceso de identidad, debido a mi infancia en el campo y la oportunidad de conocer de manera amplia un pasado familiar que hasta ese momento me era borroso.

De ahí que la autoetnografía en esta investigación no solo interprete la realidad social desde mi proceso de vida, sino que lo haga también desde la de ellos, de quienes han habitado el territorio y vivido de primera mano la experiencia que hasta ahora no ha sido relatada más allá de unas cuantas cuartillas en la prensa local. Mercedes Blanco (2012) plantea que para

llevar a cabo un proceso autoetnográfico efectivo no basta con la transcripción de las entrevistas, sino que debe existir un trabajo de construcción textual que involucre diversos estilos literarios que contengan una estructura narrativa.

Del proceso de escucha, transcripción y organización surgieron más de 150 páginas de diálogos, relatos y anécdotas recopiladas en el trabajo de campo en la vereda el Melonal, y en cada una, fragmentos cargados de historia, sentido y significaciones que le fueron dados por las personas en cada palabra expresada alrededor de la vida, el cultivo del tabaco y la cotidianidad.

Pero ¿cómo publicar toda esa riqueza documental? Me parece importante aclarar que durante mi trabajo de campo en sus primeras etapas, no hubo una intención biográfica en mi interacción con las personas, en ningún momento les pedí que me narraran su vida de manera procesual y concatenada, todo lo contrario, lo que ellos expresaron fueron fragmentos, escenas de su vida que se evocaban con el trabajo, los lugares, las fotografías, y cuanto vehículo de la memoria hubo en las jornadas de trabajo.

Lejos de intentar realizar un tratado de etnología a la usanza malinowskiana, decidí buscar una forma en la que pudiera transmitir lo suficientemente legible los resultados del trabajo de campo, fue ahí cuando encontré en la perspectiva biográfica-narrativa una forma de transmitir esa riqueza por medio de relatos de vida, más específicamente, crónicas biográficas.

Fue así como surgieron cuatro historias de vida escritas a manera de crónica que dan cuenta de cada una de las categorías que emergieron del proceso de análisis de la información. Siguiendo el trabajo de Molano (2009), en cada una de las historias se agrupan los relatos, expresiones y experiencias que me fueron narradas por los habitantes de la vereda o de quienes se marcharon años atrás, dando cuenta de una realidad amplia vivida entorno al cultivo del tabaco, sus implicaciones en la vida económica, familiar, social y personal, junto a las transformaciones en la estructura agraria de la región.

Con estas crónicas biográficas no se trata de abrazar la totalidad de la existencia de las personas como lo plantea Bertaux (2011), pues cada relato se convierte en un instrumento para darle un sentido al pasado entorno al cultivo del tabaco y desde ahí, al presente. Tampoco

se trata de perseguir esa ilusión biográfica tan criticada por Bourdieu (1985) en donde existe una línea vocacional en la experiencia de vida que se dirige al cumplimiento de los sueños que se dieron de niño, todo lo contrario, es un intento por evidenciar que ese proceso está reservado para las biografías de los grandes proceres, pues las crónicas que aquí se narran dan cuenta de la vida moldeada conforme a las necesidades y peripecias del momento, en donde el capital, la industria y la injusticia social, fueron determinantes sobre qué camino tomar.

Como ya lo mencioné, estos relatos surgidos se convirtieron en el eje de mi investigación, porque es en las narrativas en las que evidenciamos cómo sentimos, experimentamos y aprendemos del mundo, es por medio de ellos que reivindicamos también el sentido que esos detalles que contamos guardan y explican (y nos explican también, ayudándonos a entender incluso a nosotros mismos) las transiciones y vínculos entre un acontecimiento y otro, en este caso alrededor de las transformaciones de la ruralidad y la estructura agraria en el Melonal durante y después del paso de las tabacaleras en esta región. En ese sentido, estas crónicas no son meras transcripciones sino que han sido reconstruidas desde mi reflexión acompañada por las personas que participaron, echando mano a la estrategia de la investigación biográfico-narrativa que, como bien dicen Ladin y Sánchez (2019), permitiéndome conocer, adentrarme en esos tiempos, en esos espacios, en los motivos que movieron tantas acciones del campesino y las campesinas melonenses, en los contrastes, en las ocurrencias y en las mismas *tochadas*, como las llama mi padre, inevitables y derivadas del mismo contexto.

Nosotros somos contadores de historias y vivimos de esas historias que contamos, entonces fue aquí donde mi investigación se desprendió un poco de mi voz y se arraigó en el abuelo, la abuela, la ama de casa, el jornalero, el que emigró, el que se quedó, el que vivió y el que solo vio, y que en las voces de don Luis, doña Yamile, don José, don Darío se condensó lo que sienten y representan. En esos viajes a nuestro interior que se dieron en el trabajo de campo, desde el recuerdo y la autoobservación, hicimos una doble selección del qué contar, cada uno desde sus perspectivas de mundo; primero ellos, de acuerdo con sus sentires e historicidad, posteriormente yo, desde la reconstrucción de estas historias aspirando a que, de la manera más provechosa posible, se lograra una integridad narrativa que reflejara el

sentido de lo vivido. Fue un reto no caer en la “simplicidad de contar historias”, riesgo del que hablan ya muchos autores que han utilizado la autobiografía o biografía narrativa para investigar, espero que efectivamente mi propósito de no perderme en el sentimiento y haber respetado el sentido de lo narrado, asegure su veracidad y pertinencia.

Hacer esto implica inseguridades, pues me expongo a que el trabajo sea valorado de la misma forma en la que Pécaut juzgó el trabajo de tesis de Molano en su posgrado en París, al decir que no lograba diferenciar lo real y de lo imaginario. Sin embargo, estas crónicas parten de los relatos de vida de las personas el Melonal, cuya importancia no recae únicamente en que sean sus historias, su experiencia, ¡su vida!, pues desde la conjunción de ellas se puede conocer la naturaleza social en donde se dieron, ese universo de relaciones del pasado que tienen un eco en el presente del Norte de Boyacá. Y es ahí precisamente, en donde yo soy solo una especie de costurero que recoge ese gran universo biográfico e hila los relatos alrededor de una trama, una personalidad, un nombre, una historia, en donde acudo a personajes que, aunque ficticios recogen en su personalidad, tono y talante parte de mí, mi historia familiar, pero sobre todo de las personas con quienes alcancé un grado importante de empatía e identidad.

Este proceso de escritura de las crónicas biográficas, a pesar de la ausencia de citas teóricas cargadas de autoridad académica, no es puramente literario, dado que en su creación la teoría se hace presente conduciendo, tras bambalinas, no solo la selección de los episodios y relatos que componen cada historia, sino que orienta el hilo conductor de la narración cual titiritero, permitiendo que paralelo al desarrollo de la historia, se realice un proceso analítico y crítico de la realidad de los campesinos y campesinas del Melonal, en donde yo, como lo diría Molano (2009) asumo el papel de director de orquesta: dejándome ver sin ser oído.

En las crónicas se articulan los componentes básicos de la estructura agraria, que según Rosati y Chazarreta (2020), refiriéndose al trabajo de Margiotta y Benencia (1998), son tres: la estructura de la tenencia de la tierra, que se relaciona con el distribución y propiedad; la estructura económico-productiva que tiene que ver con la producción agrícola, las formas de cultivo y de acumulación del capital; la estructura social, correspondiente a las relaciones y la dinámica social. Por ello, la narración de los personajes hace énfasis por momentos en los procesos de cultivo y la producción manual del tabaco, la disputa y el valor

de la tierra, el papel de la industria en la distribución o la ausencia de la riqueza que en últimas permiten conocer las características de toda la estructura.

De igual forma, en cada uno de los relatos se incorporan aspectos de la vida social y cotidiana de las personas, que, si bien pareciera que no se relacionan directamente con el cultivo del tabaco, son importantes para comprender la configuración de la ruralidad y la influencia de la industria en la vida de los melonenses. El reconocimiento, el poder, el género, las relaciones que se entretienen entre los campesinos, el compadrazgo, los sueños y las decepciones se expresan por medio de estos textos que embargan una riqueza etnográfica y lingüística propia de la región y el habla popular. Pues en la jerga y la forma de expresión cotidiana de las personas del Norte de Boyacá, existe una belleza que enriquece el proceso investigativo y narrativo, dando cuenta de la vida misma en la región.

Es por ello que en la construcción de las cuatro crónicas se mantienen las características lingüísticas de las personas dado que, como lo expresa Flórez (1954), el habla popular da cuenta del acervo cultural y experiencial de las personas, que se manifiesta al momento de ser transmitidas de manera oral, por ello, para lograr evidenciar dichas representaciones singulares, el proceso de escritura se desarrolló de manera juiciosa, buscando ser fiel a la forma y sentido del lenguaje expresado por las personas melonenses. Estas características lingüísticas varían dependiendo de factores sociales, situacionales y/o geográficos como: la edad, el género, la ocupación, la experiencia vital, el capital cultural, social o económico, el estado anímico, el ritmo de la conversación, etc. por ello, Flórez (1954) enfatiza que la grafía con la que se pretenda representar la realidad popular debe tener en cuenta estas características, pues no es de extrañar que en algunos casos en los que se ha pretendido representar la cultura popular o costumbrista, esta termine siendo modificada, al combinarse con expresiones, términos, modismos, y formas de pronunciación que pertenecen a un lenguaje propio de otros contextos.

Dado que es de gran interés para mí, que las personas que accedan a este documento puedan conocer la realidad del Melonal y se interesen en ella, tanto como yo lo hice al escucharla de viva voz de sus habitantes, la grafía o forma en la que se escribieron estas historias de vida, mantienen cuatro propiedades de esta habla popular:

Primero, de tipo fonético que se refiere a las modificaciones de los sonidos de las vocales o las consonantes, un ejemplo de ello puede ser que en lugar de decir *mamá* digan *mama*, o en lugar de decir *fue* su pronunciación sea *jue*. Segundo, de tipo morfológico, referido a los cambios que hacen los hablantes en la composición de la palabra como tal, cuando le suman, eliminan o cambian de lugar algunas sílabas. Por ejemplo, en lugar de decir *por ahí*, dicen *puay*, o en vez de *jefe*, dicen *feje*. Como tercero, se encuentran los cambios sintácticos que se refieren a las alteraciones que se hacen a las estructuras "gramaticalmente aceptadas" de la oración; por ejemplo, cambiar o agregar el *yo* por el *mí* o *me*, dado el caso "A yo me voy". Por último, las particularidades del vocabulario de la región, conformado por las palabras propias de los hablantes y que, en este caso, van entrando en desuso, pero que pueden ser usadas actualmente o encontrarse en su acervo memorístico y cultural, ejemplo: *Chisquilos* que quiere decir ropa, o *Miche* que es el aguardiente artesanal.

Dado que esta última característica puede generar dificultades comprensivas para aquel lector que no ha tenido acceso o interacción con estas palabras, en el proceso de diálogo, análisis de información y escritura de las historias de vida, se creó un glosario que permite conocer el significado que las personas del Melonal les dan a estas palabras, que como lo dije anteriormente, da cuenta del acervo cultural y experiencial de las personas. Vale la pena anotar que, en la región ya existen antecedentes de obras literarias que dan cuenta de la riqueza lingüística y experiencial del Norte de Boyacá por medio de escritos costumbristas o de habla popular, como lo es el caso de *Siervo sin Tierra* o *Tipacoque*, escritos por el maestro Eduardo Caballero Calderón, o en el texto *Nasianceno Ibarra* escrito por Alfredo Molano, en *Los años del tropel, crónicas de la violencia*. Estos autores son referentes en el proceso de construcción escrita de este capítulo.

Habiendo dicho lo anterior, les presento a continuación las historias de vida de cuatro personas, que desde su voz y diferentes lugares de enunciación presentan las transformaciones de la ruralidad y su estructura agraria del Melonal a partir de la producción agrícola del tabaco:

La primera, es la historia de don Luis Enrique, inspirada en los cosecheros que abrazaron el cultivo del tabaco y lo transmitieron de generación en generación, siendo testigos del auge y decadencia de un cultivo que presentándose como redentor, terminó condenando

a la región. Es un relato de las características de la tenencia de la tierra, las formas de producción y las relaciones económicas presentes en la vereda antes, durante y después de la industria del tabaco.

La segunda crónica, inspirada en las mujeres de la vereda, tiene como personaje a una mujer que lleva el nombre de mi abuela, doña María Yamile, pues con ella no solo buscamos hacer un homenaje a la mujer melonense sino expresar lo que por mucho tiempo han callado. Es así como se presenta el capital cultural y social de la región, marcado por el género, la división de roles y oficios, que desencadenaron de manera desproporcionada la violencia física, económica y simbólica en la vida personal, familiar y social de las mujeres y sus hijos.

El tercer personaje, don José Suarez, personifica el carácter aguerrido y resiliente de los habitantes del Norte de Boyacá, quienes han sabido afrontar los embates de la violencia, la desigualdad y la pobreza en circunstancias que por momentos se muestran como bizarras o extraídas del realismo mágico. Este texto presenta un contexto amplio de la región del Norte de Boyacá y Santander del Sur, narrando la reestructuración económica, política y social que se dio en los territorios a raíz del establecimiento del tabaco como base de la economía.

Por último, don Darío, un hombre que representa la historia de quienes partieron del Melonal en busca de otras oportunidades en la ciudad, quien por medio de su voz narra el proceso de agotamiento y resistencia a las formas de trabajo agrícola, las relaciones económicas y familiares, que generaron un proceso de migración del territorio. De igual forma, presenta la añoranza por un futuro en donde se recuperen los beneficios del pasado en combinación con los del presente, que transformen así la realidad actual del sector rural.

Sin más, me permito guardar un respetuoso silencio, esperando que las voces de quienes hablan a continuación por medio de esas letras sean escuchadas con atención y respeto, pues gran parte de ellas les pertenecen a esas personas que, “vivieron con lealtad una vida anónima y descansan en tumbas que nadie visita” como lo diría George Eliot.

Luis Enrique, del tabaco a la albahaca, de la salud a la enfermedad.

Mijo, véame la mano como tiembla, ¿si ve?, me empezó el beriberi. El medicamento se me acabó hace ocho días, lo mandé encargar de Bogotá y todavía no llega; eso me

tiene jodido, eso y que no sé qué hacer con la albahaca que está pa recoger, hay cosecha y no hay quien me ayude a sacarla, ni dando el jornal a 40 con comida hay quien me trabaje.

No hay obreros. Pago obreros a 30.000 pesos sin comida aun cuando, haciendo la cuenta, la cosecha da para pagar a 11.000 pesos; y hora toca con la comida, una sola, por eso le sale a uno por 40.000 pesos el jornal. Pero no hay quien, la gente prefiere ise a trabajar en las minas ahí en Boavita, San Mateo o parte de la Uvita, hay lo menos unas 80 minas de carbón.

Antón toda la gente está trabajando puallá porque dicen que ellos no trabajan, así como decir, al trabajo material del campo, porque pagan poquito. Mientras que en la mina una *cochada*, o sea una tonelada de carbón, la están pagando como que son a 150, y hay gente que pica más de dos toneladas, que pueden picar tonelada y media en un día. Entonces, pues comparando, allá ganan harto. No trabajan en el campo y se van pa las minas sin importar que queden puallá sepultados o que lo que ganen sea plata maldita, porque yo le digo una cosa, la plata del minero es plata maldita, usted la coge y no le dura, como la del tabaco.

Aunque el tabaco tenía que, juera maluco o feo, como sea, ahí lo compraban, a bajo precio, pero se lo compraban, eso era una ventaja. Nadie se lo comía, nadie lo gastaba, nadie se lo robaba. Siembre usted en cambio una albahaca y se la echan a robar en horas, mientras que'l tabaco no. Y vea, usted va a Soatá a vender una canastilla de albahaca, tiene es que rogaes pa que se la compren, porque eso es así, llega di'un lado y di'otro cuando hay mucha producción y como no hay plaza, porque esa plaza no es potente, ¿sí?, ahí se inunda a media nada, la planta buena medio se vende y pues queda el *riche*; vea a ver qué hace con el *riche*, solo haga aguas y *jarte*.

Le cuento, vea, yo nací en el Melonal por allá en el 38 cuando terminaba el gobierno de Alfonso López Pumarejo y su dizque "Revolución en Marcha"; mis papaes tuvieron 11 hijos, yo era el menor, el más zurrón, por eso cuando murió mi mama de dolor de estómago yo quedé puro pendejo. Cuando ella murió, tendría puay 45 años y mi papá unos 50. Ellos tenían bastante: tenían plata, reces, burras, cabras, camuros, gallinas, pero en cantidad, y con todo eso terminó mi papá. Se enfiestó porque él

quedó joven, no se volvió a casar y las cosas se fueron perdiendo, por eso yo me aburrí y me largué como cuando tenía 7 años.

Me fui para la Costa -del río-, y ahí tuve problemas con el patrón que no me quería pagar dizque porque me daba comida y dormida en estera, por eso me fui para Soatá y me llevó un bus hasta Cúcuta; estando allá se me apareció una señora, yo estaba sentado en un escaño cuando me dijo “¿*Qué está haciendo ahí este niño?*”. “*Aquí mirando*”, le respondí, “¿*Por qué no mejor se para y me va a acompañar a la casa? Yo vivo sola, va y me acompaña*”.

Pues yo me juí con ella, y *tuve* un tiempo; fue muy buena, me compró chisquillos, zapatos, mejor dicho, me tenía como hijo. Me formé ahí, me fui formando y decidí embocar por el Caribe, puallá, por Barranquilla y entré a trabajar de camarero; de allá fui a dar a Girardot por el Magdalena, endespués a Ibagué y trabajé en una hacienda y allá me reclutaron para el cuartel y del cuartel volví aquí.

Me vine como en el 58 por El Alto y ya no encontré a nadie, ya no vivía nadie en ninguna casa porque no existía, el río se la había llevado. ¡Ah malaya mi casita! eso era mucho grande, de paredes en tapia y techo de paja, con un patio lo más de bonito y la cequia que pasaba por el bordo; al frente había una mata de Kárate grande, por eso llamaban la finca El Karate, y de pa'llá, al borde de la toma, había una de totumo; hacia la hondonada era huerta, había platanera, café, cacao, frutales y todo el resto en caña hasta la orilla del río.

Todo había cambiado, hasta el olor, cuando me juí la tierra olía a dulce por la caña, caña de azúcar que sembrábamos por todas estas tierras desde el tiempo de mis mayores, pero, cuando me regresé el olor era otro, a tabaco. Esta región, todo lo que es la provincia del Norte de Boyacá o García Rovira, como se le conoce por aquí, fue tierra de cañaduzal desde los Laches. Por aquí había mucha hacienda, pero de las de verdad, como la de las Tapias de Covarachía que eso era, pero inmensa o la de los Calderones de Tipacoque, que daba desde ese *picacho* de puallá hasta abajo, hasta el río; y en todo lado se sembraba la caña, por eso es que había trapiches por todo esto.

Mire en antes taba el trapiche de don Ricardo; el de los esos, allá arriba, que llamaban los Manceras; el de allá de la Loma, de donde Marina; el trapiche de Samuel; había el de un tal *Jelix*; había un trapiche de la laja, que era del papá de doña Graciela, que ya es muerta; había el de allá de Zuapagá, que eso es más arriba; el trapiche de la Llanada; taba el de aquí, el de la Casa de teja.

Ese trapiche debe ser el más viejo que tiene Boavita, el más viejo, es como la Casa de Teja; según la leyenda creo que unos 200 años, lo que era la hacienda de doña Joaquina, o sea del esposo y de ella. Ese trapiche era de piedra, no de fierro, de piedra y era con dos yuntas de bueyes pues eran seis piedras, gruesas, *boludas*, de las del lado de allá ¿usted no las ha visto? Y eso había gente trabajando, labrando la piedra, haciendo las masas, los huecos para lo que llamaban *armillas*; habían otros obreros, solo haciendo armillas en Cují pa hacele el *dental* a las piedras. Entonces ponían las dos hiladas de piedra, tres piedras aquí y tres más allá que son seis y llegaba uno empujando la caña por un lado, y de ahí otro llegaba y la pasaba más delante para remolerla.

Por eso hubo gente que quedó manca porque se quedaban dormidos, metían el brazo y las piedras se los molían como al bagazo; entonces ya decidieron hacer los trapiches de fierro, los primeros jueron el *Chattanooga* y el *Monitor* de fierro. Esos ya eran de dos masitas, la mayalera y los planchones, y era con una yunta bueyes, ya no era con dos.

Las hornillas de los trapiches tenían que llevar un descenso para que cogieran calor los tres fondos de cobre -que pesaban más de 50 arrobas-, porque había los fondos y una paila, en donde los paneleros corrincheaban; había los prenseros que metían la caña al trapiche, el que llamaban el corrinche, los chamiseros y los cortadores.

Tras de quera un movimiento harto el de la caña, porque se da cada 14, cada 16 meses, o sea más de un año, en que la gente tenía que esperar la cosecha sin poder sembrar otra cosa que puay dos matas de plátano, porque todas las tierras tában ocupadas con caña; después de que molían y sacaban el dulce, como había mucha panela, mucha, mucha, mucha oferta de panela y miel, pues eso era barato o pior, no se lo pagaban.

En el proceso de la caña había gente que trabajaba y no se sabía de qué primer tela era el pantalón o la camisa de lo remendadas, porque en veces el dulce no les dejaba nada. Llegaban y llevaban la miel pa la chicha, pa toda esa vaina, que para Santa Rosa que había las guarapearías o para La Uvita que también habían; vendían la miel o la panela, y les decían, “a la vuelta le pago, a la vuelta le pago”, y espere y espere y a varios no les compraban la caña y espere ahí para pagar obreros, para todo; entonces la gente vivía pobre, pobre, pero eso sí, los *fejes* de las haciendas o los arrendadores tranquilos, porque como a ellos se les pagaba con miel o con trabajo la aparcería o sea, el derecho a usar puay el pedazo de tierra que le daban a uno pa' cultivar.

Por eso jue que la gente echó a trajicar con miche que hacían escondidos a la orilla del río entre la caña, allá en lo que llaman arepero, el llano, el larguero, en todas esas huertas que el Chicamocha se llevó. Los Sacatines, sacaban trago del alambique y lo vendían a las chicherías de los pueblos, incluso llevaron chirrinche pa' Bogotá; todo era contrabando porque ese aguardiente le quitaba ventas al estanco del Gobierno, o sea a la licorera.

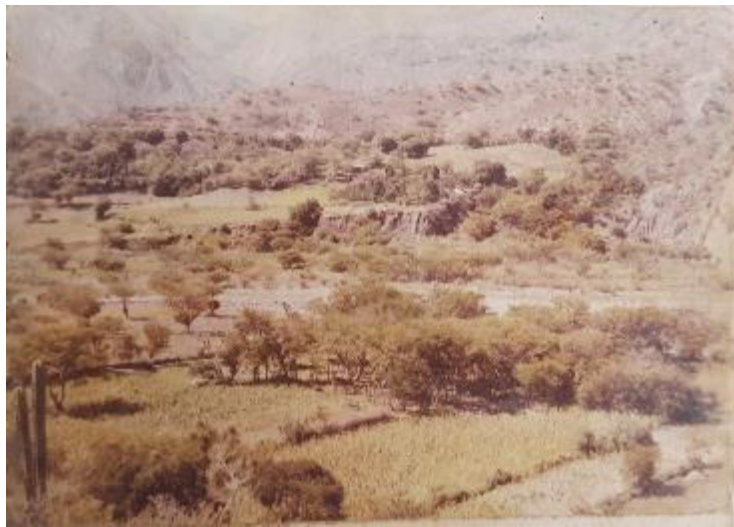
Por eso era que, enenantes, la policía de estanco, la rural, llegaba a armar camorra y rompía todo; tras de que a cómo se briega pu'aca pa' comprar un par de alpargates, hombre, eso venían y los mollones que eran ollas grandes de barro compradas en Chiquinquirá, imagínese, casi que a lomo de mula las *tráian*, y esos camaliones las rompían; y las majuanas, que eran unas cosas así, grandísimas de vidrio, también. Era una jijueputa plaga, pero no pudieron, aquí no mandaban.

Los que mandaban eran los fejes, los dueños de las haciendas, de la tierra, de la peonada, de los arrendatarios y de los medianeros, la mayoría muy aferrados a la política. Esta región jue conservadora, pero acérrimos, sobre todo porque aquí vivieron muchos generales que ganaron la guerra. Sin embargo, esta vereda era liberal, decían los papaes que ahí en la Casa de teja acamparon los liberales en la de los 1000 días; contaban que madre Empiria cuando veía la milicia de los conservadores mandaba a esconder las gallinas, claro, como llegaba esa gente y se comía lo que había, pero cuando era tropa liberal mandaba a traer novillos u ovejas y encerraban en ese patio para que cogieran las que quisieran y ellos mismos hicieran

de comer. En las casas se acostaban y no dormían, ponían el centinel, uno arriba y otro abajo, y cada 5 minutos iban pasando lista, uno, dos, tres... y así.

Sin embargo, en los años 30, cuando el gobierno de Olaya y endespues con el de López Pumarejo, comenzaron a llegar las carreteras por estas peñas; antes tocaba todo andando a Chocato, en bestias o mulas, pero comenzaron a llegar los buses, el correo que llamaban, el que iba para Güicán; entonces mucha gente inició a ise, a buscar otras oportunidades en Bogotá o en Cúcuta, hasta Venezuela fueron a dar.

Enton, los fejes vieron que la gente se echó a arralar y comenzaron a parcelar las haciendas por el miedo a que, con la reforma agraria que supuestamente iba a hacer López, les fueran a pedir impuestos o les quitaran la tierra. Ahí fue que muchos arrendatarios y medianeros compraron puahí una qui otra esquinita a los patrones; pa' eso tuvieron que endeudarse con más días de servicio, o pidiendo plata prestada a la Caja Agraria.



Fotografía 24 El auge del tabaco
 Álbum Familiar (1970 aprox.) En fotografía se puede observar cultivos de tabaco a la orilla del río Chicamocha. Melonal, Boavita, Boyacá.

Allá en el Espigón al que quedó con toda esa tierra, el que sacó la toma y fue bastante concejal de Boavita, Don Luis Felipe Aponte, hijo de la tal Joaquina Sánchez, el marido es el que era Aponte, vendió todo eso, que iba de quebrada a quebrada y

eran más de 100 días de arado, ¿y por qué?, porque desde Bogotá los del directorio Liberal, qu'el era liberal, le dijeron que mejor vendiera y con eso salvaba el capital.

Eso sí que cambió las cosas puahí, porque los patrones daban en aparcería la tierra y pues la semilla, el arado y los días de trapiche, pero cuando ya vendieron, pues

también se desentendieron de la semilla, el arado y el trapiche; entonces, la gente tenía su pedazo de tierra, pero no había qué sembrar, ni cómo arar ni dónde moler.

Pero claro, como en todo, no falta *la chora* que saca provecho. Y hubo quienes compraron harta tierra a los patrones y se volvieron los nuevos fejes de la vereda. La mayoría dejó de ser peones de la hacienda y pasaron a ser los aparceros de los nuevos dueños, que no tenían mucho pero eran dueños de más tierra que los otros y se *créian* los nuevos amos.

¿Antón qué hizo la gente?, pues armar convites comunales, porque era tanta la abundancia que se prestaban la mano diobra allá donde sembraban *máiz*, en todo lo quera El Cabuyal; eso se juntaban pionadas, prestándose ayuda o por ahí pa'que les dieran maíz, porque era harta la abundancia que había, pero de necesidad, claro está.

El convite no solo era pa' trabajar porque eso después de que terminaba el día se reunían a tomar guarapo, o sea, todos, con las mujeres también, a jartar; y el que más tenía plata, tenía un tiple y se ponían a tocar y a apostar, a echarse coplas, y el uno le iba dedicando una copla y si era mujer, escogía un hombre y le dedicaba una y el hombre buscaba una mujer y le hacía una copla, y así.

En esas contaba mi papá que había una señora que andaba enamorada diun cucho por ahí y entonces taba don Julio, alma bendita, el abuelo de mi compadre, y que empezaron a echarse coplas todos, y la señora enamorada del señor y el señor se había quedado dormido y ella cantó:

“canto por mi compañero
que se le olvidó la copla,
que se queda dormidito,
con un clavel en la boca.”

Y entonces ahí mismo el finado Julio le respondió:

“canto por mi compañero
que se le olvidó la copla,
que se queda dormidito,
con un bollo e'mierda en la boca”

Es que esa gente era bandida. Era alegre en medio de todo, y se podía tener la juntansa para compartir y apoyasen en vainas, porque asina es, la vida por estos lados siempre ha sido dura, sin importar quienes fueran los fejes, si los hacendados, los arrendadores o la compañía de tabaco.

Ahí jue también que se formaron los potreros, que son pedazos grandes de tierra seca, quebrada, peñascos en donde no se daba sino tunos, a los que la gente que jue comprando se hizo de derechos para usarlo y soltar cabras. Entonces la gente comenzó a pastorar sus propios animales, por allá arriba en todo el borde de la Jeromica, en el Revolcadero, en todo eso, y nadie peleaba, porque eso era de todos y era de nadie; los derechantes heredaban sus derechos y nadie peleaba, no como ahora que un par de camaliones quieren apoderarse del potrero, que dizque porque son los dueños de eso y quieren hacer cabañas para el turismo.

Bueno, y así fue. Entonces me jui de pequeño a hacerme la vida; cansado de la pobreza anduve por varios lados, presté mi servicio y cuando volví, la gente ya taba un poco más organizada e iniciaban con el cultivo del tabaco y se hacían llamar *cosecheros* porque así jue que los llamó la CIA Colombiana de Tabacos SA, o la Colombiana, como le decíamos.

El tabaco por esta región llegó como a finales de los 30 o inicios de los 40, no recuerdo bien, empezó en Tipacoque y Capitanejo, pero por aquí no le pusieron mucho cuidado, porque la gente era más bien desconfiada con ese lado. Es que, todo andaba tranquilo, pero con lo que pasó en Capitanejo con la matanza del 29, eso se jodió todo; en esa vez, recién iniciado el gobierno de Olaya, mataron a varios conservadores que taban haciendo fila para escribir la cédula y poder votar, y Boavita, como la mayoría era conservadora, se puso nerviosa y enemistó con los Tipacoques que eran Liberales, nadie pasaba para allá y nadie podía pasar puaquí, o si no pues lo mataban.

Pero a inicios de los 50, los promotores de la Colombiana llegaron por la orilla del rio y jueron convenciendo a algunos pa que sembraran tabaco; eso llegó la compañía impulsando el tabaco como decir ahorita la Federación Cafetera, y le dijeron a la gente que, ay, que la compañía le daba los obreros, ayudas para hacer los *colinos*, para

ayudar a sembrar el tabaco, para la técnica del tabaco, mejor dicho de todo a todo, con tal de que se sembrara.

Arrancaron las partes donde había la caña, lo que era la vega del río que eran las mejores tierras, y empezaron a sembrar el tabaco. La compañía mandaba los obreros a que ayudaran a hacer las mogas para los colinos, que esos se hacían las parcelas de 8 o 10 metros de este ancho así -40 o 50 cm- y se picaba bien la tierra, que los pedregales quedaran como harina, y se ponían los colinos.

Y uno iba ya por la tarde-noche y echaba agua sobre la acera, que en esa iba con abono, pero orgánico, se extendía todo el abono que se le echaba y después se le echaba la semilla en la regadera y lo iba uno regando sobre la moga. Después de eso, las tapaba con hoja de plátano y duraba 8 días en tar la semilla y enseguida destapaban y a lo que taba el tabaco así, de unos 10 centímetros la mata, se sacaba y se sembraba al surco.

La compañía eso daba herramienta, picas, azadones, la tira, la cabuya, todo regalaba, hasta las regaderas; mandaban obreros para que ayudaran a trasplantar los colinos y les pagaban ellos; ayudaron a hacer los caneyes, que eso no había aquí.

Y vea, mientras con la caña se tenían que esperar 14 meses pa la cosecha, con el tabaco se daban las dos cosechas del año, entonces con más veras la gente poco a poco se fue aventurando a sembrar. Los trapiches comenzaron a quedar en desuso, aun la gente dejaba un monomito pa' sembrar caña, pero ya pa sacar el dulce del gasto pal tabaco, porque salía más barato.

Y bueno, llegaba el licitador de la compañía al surco y le hacía el cálculo de cuántas matas había sembrado y cuántos kilos iban a sacar, y de una vez se contrataba, se aseguraba la compra sin necesidad de rogativas. Di'ahí, se recogía la hoja verde, se enmaletaba con tira y se llevaba al tambo para picarlas con agujas; se pasaba la cabuya y se colgaba en sartas, encamaretaba con palos y se colgaba; ya después uno lo arralaba, bien arralado que diera espacio para que el viento pasara y secara la hoja. Después de que estuviera seco, si el tiempo taba maluco, tocaba echarle con la fumigadora agua para que ablandara. A lo que taba blandito, a bajarlo y empujarlo a

alisarlo, y ahí fue que nacieron las famosas alisadoras, qu'eran mujeres que tenían que alisar cada hoja en las rodillas para hacer los libros y apilar; ya apilado y con calor, iniciaba a soltar el aroma, ¡como a la mariguana!, a esa mierda le echan guarapo, la pone a calentar y güele a cuadras, el mismo método.

A lo que ya taba en un tenor de 8 o 15 días fermentando, dando el aroma, llegaba el licitador y decía, “está bueno para que cajonien”, entonces tocaba empaquetar en un cajón, prensar y hacer los bultos de 100 kilos más o menos. Y atuche en mulas de aquí pa'bajo, primero tocaba a Capitanejo, luego jue que abrieron la Colombiana de Puente Pinzón.

Anton llegaba uno allá y lo hacían pasar con el comprador, que puay medio le miraba la temperatura y ni se fijaba si iba verde, seco o húmedo, todo lo recibían, compraban era agua por tabaco. Después pasaba uno por la ventanilla y le pagaban su plata ahí mismo, sin esperas, ni cuentos ni nada, en efectivo y chao. Entonces eso era pero bueno, porque el agua le daba peso y las sartas rendían, se sacaban unas buenas cajoniadas y hacía era pero plata la gente.

Ahí jue cuando me metí de aparcerero de mi compadre en la finca del Guanábano, en donde le pedí que juéramos en junta con la cultivada del tabaco y asina es como me metí en de cosechero. En ese entonces, en un convenio de aparcería, las dos partes se comprometían cada una a lo suyo: el feje o dueño de la tierra, pues primeramente ponía la tierra, la arada, el caney y los días de agua, mientras que el aparcerero se comprometía a cultivar, desde la hechura de los semilleros hasta la cajoniada; cuando se vendía el tabaco, la ganancia se partía por mitades, o sea, se sacaba el gasto que hubiera tenido el patrón y el resto 50 – 50.

Ahí era bueno, porque la Compañía daba insumos, daba la cabuya, la tira, herramientas, semilla, de todo a todo, entonces quedaba buena plata, así se repartiera entre los dos. Por eso jue que muchos se volvieron aparceros, arrancaron la caña que tenían y se juntaron para sembrar; ya por todo esto el tabaco se impuso y comenzaron a construir caneyes o tambos: taba el de Juan María, el del Carlos, el de los Pobladores, mejor dicho, todo el mundo aprovechó los auxilios y construyó los

caneyes, y de paso, le cambió el techo a las casas, que eran de paja de caña y quedaron de Eternit.

Eso fue una bonanza mucho lo buena, había por jin plata, ya se podía comprar uno que otro chisquilo, cotizas, un buen sombrero de jipa y tomarse unas buenas cervezas. Las mujeres también, pa' que comprase sus chisquillos, para los guarnetos también, comprarse su loza; mejor dicho, pa' todos había.

Ahí fue cuando yo me hice mi capital y me pude comprar mi finca, que va desde arriba, de lo que llaman la huerta, que da contra la Cabuyalera, hasta abajo al río, en la Gacha. De poco en poco me la fui comprando, primero el pedazo del Guamo, luego los naranjos, después la playa, la huerta y así, hasta que me hice la finca, que son como 10 días de arado.

Lo que fueron los años 60, eso fue mucho lo bueno pa' sembrar, porque lo pagaban a buen precio, decían que, porque no había tabaco del cubano, entonces era apetecido el nacional para hacer puros, tabacos y picadura. Ahí no se hablaba de variedades de tabaco, ni tocaba seleccionarlo por clases, eso fue después, en los 70, cuando la Colombiana nos fue cambiando poco a poco las reglas, porque de lo bueno no dan tanto, mi Señor es misericordioso, pero no se deja tantiar las güevas.

Como la Colombiana daba tantas ayudas, todo el mundo se le mandó a cultivar tabaco en esta región: Covarachía, San Mateo, Soatá, Tipacoque, La Uvita, Boavita; todos estos pueblos del norte comenzaron a depender del cultivo y la única empresa que había era la Compañía, entonces eso les sirvió para que cambiaran las cosas como les vino en gana.

La Compañía comenzó a joder con el cuento de la tomada de temperatura al momento de venderles, y si pasaba de 18 grados de húmedo, lo golvía a uno a que volviera a estender. Eso tenían un termómetro y el comprador ya sabía desde que abría el bulto cómo iba el tabaco, le decía a uno “viene húmedo, extiende y échele una pasadita”; una pasadita, era medio día o un día allá tirando piso, extendiendo eso pa' que seicara un poco.

¿Se acuerda que le dije que compraban agua por tabaco? Pues dende ahí no, ya el tabaco no rendía lo mismo, tocaba métele más sartas a la cajoniada para que dieran el peso, entonces ya se bajó por mucho la productividad. Y ¿que tocó hacer?, pues meterle químicos al cultivo, tocó metéle abonos, *fungicidas*, para que la mata creciera más y diera más hoja los lotes.

Quitaron las ayudas, dejaron de dar herramientas, de subsidiar los obreros, mejor dicho, acabaron con lo que le ayudaba a uno pa' que le quedara puahí uno que otro peso. Lo que hicieron fue comenzar a dar a crédito todo: la semilla, la herramienta, el abono, hasta pa' los caneyes prestaba la Compañía. Uno iba y hacía un contrato, por ejemplo decía uno: voy sembrar una hectárea de tabaco, y ahí mismo ellos le hacían el cálculo: para una hectárea se le van tantos bultos de abono, tantos kilos de cabuya, tantas regaderas, tantos azadones, pase y recójalos; y además le decían a uno, de esa hectárea tiene que sacar tantas cargas de tabaco y por cada carga le daban en efectivo, decir 300 pesos por carga; al final le hacían la cuentica: tanto de insumos, tanto en efectivo, nos debe esto y el interés es de tanto.

La compañía le pedía a uno todos los datos, el nombre del cosechero, donde vivía, donde quedaba la finca, mejor dicho, todo, porque ellos mandaban gente a ver que uno sí hubiera sembrado y que lo que les dijo era cierto. Y si no juera poco, uno en el contrato se comprometía a que solo les iba a vender a ellos, ósea, si yo presté en Puente Pinzón tenía que vender ahí y no me podía ir, por decir, a Peña Colorada o Capitanejo, así allá tuvieran pagando mejor la carga. Y tras el hecho, los sopones dejaron de comprar todos los días y pagaban a lo que les diera la gana, mejor dicho, hacían fiesta los jijueputas.

Ahí tocó fomentar a la aparcería, no es que se hubiera dejado, sino que a todos nos tocó, ya no como al principio, ahora tocaba pedirle más al aparcero para que dejara algo de plata el tabaco. Mi finquita la di en arriendo en varios lotes, entonces yo ponía la tierra, los caneyes y un par de bueyes que tenía; iba y hacía la contrata en la Compañía y le daba a mis compadres pa' que cultivaran y ellos tenían que responder por las cargas de tabaco, el abono, los obreros y la mitad de lo que se diera.

Aun así, el tabaco daba algo más que la caña; era muy mal pago porque eso lo pagaban a ni mierda, pero en comparación con lo que daba la miel, si dejaba mucho más, solo que tocaba esforzarse más pa conseguir las cosas. Por eso jue que tocó echar mano de lo que había y si en antes la familia le ayudaba, desde ahí hasta los niños tenían que trabajar, porque ahí se ahorra sus buenos jornales; además se prestaba la mano de obra, con el jornal vuelto, o sea se le trabajaba al vecino y después él venía a trabajar en lo de uno, eso sí tocaba darle *las horas* (desayuno, almuerzo y comida); los convites se hacían para picar el tabaco, en las noches se iba a los caneyes a ayudar a picar y colgar en las camaretas; tocaba ingeniárselas para que le quedara algo de plata.



Fotografía 25 Cosecheros del tabaco
 Álbum familiar (fecha desconocida)
 Identidad desconocida. en la fotografía
 se puede observar la vestimenta
 masculina propia de la región en un día
 de mercado en Boavita. Boavita,
 Boyacá.

Aquí el sueño de la gente jue tener tierra y eso no cambió aun cuando las cosas se pusieron pesadas con la Compañía; la gente ahorra por años pa comprarse un día de buey, ósea medía hectárea de pedregal. Por eso los aparceros pedían todo prestado: pa' la comida, pa' los obreros, pa' la miel, para todo, porque lo que daba la Compañía no alcanza ni siquiera para el gasto del tabaco, menos quedaba pa' mercado o ropa; andaba era empeñado por todo lado, pero al menos la gente se hacía ahí un pedazo donde sembrar un par de yucas, unas mazorcas y unos palos de mandarina que le ayudaran pa' tener qué comer.

Eso sí, cuando yo daba en arriendo, lo primordial era que sembraran el tabaco porque pa eso se había

hecho la contrata con la Compañía, pero muchas veces los compadres no tenían pa qué comer, entonces me pedían que les dejara sembrar una que otra yuca, maíz o frijol, y yo los dejaba siempre y cuando me dieran la mitad y no me sembraran árboles.

Ya después, como en el 74, llegó la Protabaco a Soatá y trajo el tabaco rubio, que es otra variedad, de más calidad, más aroma y rendía más que'l tabaco negro; con ese hacían el cigarrillo Nevado, el President, el Mustang y el Continentall. La Protabaco pagaba mejor y sobre todo lo trataban a uno como persona, porque los de la Colombiana era unos camaliones lo mucho aprovechados y groseros, que lo trataban a uno como en las épocas de las haciendas, a las patadas le volvían la carga cuando no le aceptaban el tabaco o le robaban a uno unos kilos de mata, que dizque por descontar el peso de la cabuya.

Pero esa variedad, la del rubio, tenía más pereque, por eso cuando llegaron mandaron los agronomistas a enseñar a sembrarlo, porque era más delicado; nos reunían a todos los cosecheros y nos explicaban que tocaba echale insecticida porque había un bicho que se lo tragaba, cómo sembrar el colino y que la hoja tocaba horniarla para que le diera el aroma y llegara seca; mejor dicho, pagaba un poco mejor, pero tenía más gasto, porque súmele a lo que tocaba antes con el negro, ahora tocaba los insecticidas, la horneada y la llevada a la Compañía que quedaba arriba, al lado de Soatá, en La Punta del Palo.

A medida que fue pasando el tiempo, las compañías se pusieron más pesadas y exigían más calidad, la hoja tocaba seleccionarla, metéle más químico a la tierra y jódese uno pa que dejara algo la cosecha. Según ellos, era que uno no quería dejar de cultivar como lo hacían los taitas, pero qué va, lo que pasa es que por estas peñas no había jorma de metéle tecnología, a duras penas habían abierto caminos para que bajaran *los 600*, ya iba a ver forma de metéle tractor o regadío de las como ellos proponían.

Anton la gente se echó a ir, poco a poco se fue arralando, y tocó apoyase de jornaleros del lado de arriba, de tierra fría, que no eran buenos, porque sabían más bien poco de tabaco porque como por esos lados lo que se da es papa y además cobraban más, a comparación de los de aquí que tenían un precio más bajito. Entonces eso no rendía la cosecha y tocaba echále más químico pa que creciera, hasta que la tierra se cansó y se fue secando, todo ese pedregal que ve ahí abajo no era así, eso era verde y lo que le tirara se daba, pero el tabaco volvió todo así, por eso es que el río se lleva eso cada buchada que echa, porque ya no hay de qué se agarre la tierra.

Yo también me jui; mis hijos arrancaron a mediados de los 80 pa donde unos amigos que se habían ido pa Bogotá antes, y yo me les junté a inicios de los 90, puallá en el Roma. Estuve trabajando como ayudante como por cinco años, pero no me gustó. Todos me *vacean* por haberme venido de Bogotá, pero sí yo me hubiera quedado estaría muerto, alcoholizado.

Eso era mucha jartadera porque tenía un compañero de allí de La Uvita, y ese los domingos de mañana a las 5, me llamaba y preguntaba “¿*Qué va a hacer hoy?*”, “*No, aquí estoy durmiendo*” le respondía, “*Entonces voy para allá*”.

Y llegaba a joder, no le digo una vez jartos, a las seis de la tarde un domingo arrancamos para Villeta sin importar que al otro día teníamos que trabajar, solo para ir a seguir jartando. Ajuro que yo intenté buscar otro trabajo, pero como no tenía experiencia y ya taba sobre los 60 años en ningún lado me daban qué hacer.

En esas fue que me empezó esta tembladera, dicen que por andar tanto tiempo metido en el caney chupando el vapor que suelta el tabaco. La última vez que tuve en Bogotá onde el médico, el neurólogo me dijo:

- Tomaba aguardiente y fumaba mucho, ¿verdad?
- Sí, tal cual trago, doctor. Era que yo trabajaba en el tabaco, poco más bien fumé.
- El aguardiente, el tinto y el cigarrillo lo tienen envenenado a usted.
- No doctor, no le creo que sea eso.
- ¿Por qué?
- Porque no fue mucho lo que tomé.
- Entonces vuelva a tomar -me respondió- porque esto no se le va a quitar.

Eso me terminó de aburrir, eso y que allá uno era un don nadie, lo hacían sentir a uno viejo pa' todo y tras del hecho, menos, por lo que me empezó el malestar. En cambio, aquí, aquí yo sí soy alguien, tengo mi tierra, cultivos, mis animales y el respeto de la gente, por eso me volví con la mujer pa la vereda.

Bueno, ansina es, ya pa finales de los 90 eso del tabaco no daba nada, todo el mundo andaba endeudado con las compañías y los jóvenes ya se habían ido para la capital, pero no quedaba di otra que seguir sembrando, porque era lo único que se daba por

esta región y todos dependían de eso, desde el cosechero hasta el transportador, desde el de la tienda hasta el cura, o ¿de dónde cree que salía la limosna de los domingos?

Por aquí vino la gente del sindicato de tabacaleros, y nos convencieron de armar un sindicato, que con eso podíamos pedirle a las compañías que nos pagaran más y que nos volvieran a subsidiar, o que por lo menos hicieran una que otra escuela por ahí, porque solo sacaban plata a costillas de nosotros, pero puay no aportaban nada. Y así fue que conjormamos uno y quedo de líder el Ignacio, que porque era de los más avispados; por ahí se hizo que peliaba con la compañía, pero por debajo le untaron la geta con melaza y le pasaron como que jue 40 millones y se largó para Bucaramanga, quedamos todos mamando y nos tocó seguir cosechando con las reglas que nos ponían.

Ya jue a inicios del 2000 que las compañías empezaron con el rumor de que se iban a ir porque el negocio taba malo, imagínese, si taba malo pa' ellos que se quedaban con todo, imagínese cómo taba pa' nosotros. Tras de que en esas llegó la guerrilla, echaron a cerrar las compañías de este lado, la primera fue Protabaco que cerró la de la Punta del Palo, luego, la Colombiana de Puente Pinzón. Entonces tocaba ir a pedir fiado y llevar el tabaco a la compañía de Capitanejo, pero pagaban poco, por lo que la gente tuvo que llevalo hasta San Gil pa que dieran alguito o más bien pa sobrevivir.

No juña, en menos de nada se largaron sin más las compañías, las vendieron a los gringos y nos dejaron sin más a todos los cosecheros. Los alcaldes no supieron qué hacer, imagínese todo el plaguerio de gente que dependía de eso, así que nos propusieron sembrar tomate, dieron la semilla y todo, pero la tierra no dio, además que eso se daña rápido, antón llevalo a una plaza de abasto grande es fregado, porque llega picho de lo lejos que tamos de Bogotá o Bucaramanga, por ahí a Tunja, pero esa plaza no era muy buena pa la venta. Además, todos cosechando tomate pasaba igual que con la caña, había mucha pero eso no había quien comprara porque era mucha la gente que quedó sin nada, por eso me aventuré con la albahaca, que más bien pocos cosechan por aquí.

Cómo le decía, asina es que, a mis casi 90 años, del tabaco me quedó la finca, se llevó mi salud y ni sospecha de la pensión. Ahora ando dependiendo de la albahaca, de lo

que mandan los hijos de la capital y del que se compadezca puay a ayudame a jornaliar.

María Yamile, “...antes por todo lo trataban a uno como menos, primero por ser niña, luego por pobre y pues imagínese uno mujer”.

Mijo, los dos con Julio Alberto, siempre andamos juntos de niños, yo soy mayor de los dos 18 meses, porque como siempre a mis papás se les murieron varios niños endespues de nosotros, entón nos tocaba los dos pa'todo. Endespues de Julio Alberto nació una niña que jue Elia María, endespues de Elia María, Luz Mery y endespues de Luz Mery, Teresita y el niño mayor de mí, qu'era Gustavo, no ve qui'un niño también se murió. Ellos alcanzaban a caminar y se morían de jiebre o dormidos, por eso solamente íbamos quedando dos.

Yo mi'alcanzo a acordar qu'en la casa mi madre tenía una güerta lo más de bonita, con cacao, naranjo, madroño, achote, hasta tenía una mata de guadua muy hermosa y una palmita de dátíl, que yo decía qu'era el adorno más maravilloso que tenía el Melonal. En esa palmita jugábamos de niños con Julio Alberto, ahí asistíamos todos los días tirándole piedritas a ver si nos caía un dátíl de la punta desa palma que yo creo que al menos, qué, unos 15 metros tenía, altísima, qué tristeza que siacabaron las palmas, las acabó el cucarrón.

Eso era pero bonito puaquí, mucho verde, mucha güerta en las casas y mucha caña. Cuando las moliendas, qu'eran como tres meses en los que día y noche el trapiche taba dando vuelta, los niños nos íbamos pallá a comer mela'o y puahí nos ponían a acercar uno qui'otro chamizo para la hornilla, ¡una hornilla grande, grande! qu'estaba por el lado di abajo del trapiche.

Yo creo que tendría unos 3 añitos cuando empezaron a arrancar la caña y sembrar tabaco, la gente decía qu'ellos podían conseguir más con eso que con el dulce. Eso hace unos 73 años, porque yo voy a cumplir 76, como pasa de rápido el tiempo, ¿o no? mijo.

L'estaba diciendo yo, bueno, a partir de ahí nos tocó trabajar, así puros niños con Julio Alberto. Mi papá hacía los semilleros y cuando ya taban, nos decía, bueno hoy

le toca a Yamile ir a ayudar a regar los semilleros, mañana y tarde; eso nos turnaban, un día él otro día yo. Di ahí sempezaba a regar todos los días por 20 días, qu' empezaba a acuartillar, como a cubrir la tierra, ahí era cuando teníamos que repelar.

Anton se trasplataba, abominaba y en después llegaban las recogidas. A lo qu' empezaba a rangiar el tabaco, tocaba que... ya teníamos que madrugar a ayudar a amontonar para picar. Ahí descansábamos un poco, mientras la vena de la hoja se secaba en el Caney y estaba pa alisar.

Yo no alisé, no alisé tanto, porque no me rendía, las alisadoras que llamaban, cogían hoja por hoja, en esta rodilla colocaban la más pequeña y, en esta otra colocaban la de primera que llamaban, ¿sí? Primera -derecha- y segunda -izquierda-. Así, primera y segunda le pasaban la mano suavecitico y las alisaban, que no quedaran con arrugas. Luego las ponían una sobre otra y esos libritos que iban armando los acondicionaban todos así en orden, los apilaban.



Fotografía 26 Mujer melonense
 Álbum familiar (fecha desconocida) Evelia Figueredo. En la foto se puede observar cómo su mirada suscita muchas emociones e interrogantes.

Cuando se calentaba la pila, tocaba empezar a traspilar y era cuando nos tocaba a nosotros más duro, era trasnochar pa coger pila por pila, libro por libro, claro, nos poníamos a despegar hoja por hoja y nos quedábamos dormidos por lo calentico y yo creo qu' el olor también nos hacía dar sueño. Pero mi madre nos hacía comida, nos hacía caldo de papa con carne o lo que juera nos traía como para que no nos diera tanto sueño. Imagínese, unos puros niños metidos en el calor del fermento, en ese olor a tabaco, ahí pasábamos casi todas las noches hasta que prensaban.

Imagínese cuántas hojas nos tocaba apilar, si cada bulto era de 100 kilos y ¿cuánto puede pesar una hoja?, eran miles de miles que nos tocaba traspilar una a una. Me decía el Eliecer, un impulsador de La Colombiana, ya cuando s' empezó a acabar el tabaco:

- Me extraña, oiga, qui'horitica no siembran, no cosechan el tabaco como lo cosechaba su papá. Ellos iban y hacían el contrato y, el contrato era de 30, 35, 40 cargas que le entregan a la Compañía y horitica no.

Una carga eran 200 kg, y ellos cosecharon mucho el tabaco, mi papá cosechó mucho el tabaco y di ahí salió pa comprar la misma jinca, aunque a nosotros no nos pagó, solo uno trabaje porque qué más se hacía. Mire que mi papá trabajó mucho y Julio Alberto jue la compañía d'él ende que taba muy pequeñito. Cuando el verano se ponía tremendo, ¿sumercé no ha visto ese aljibe que hay allá en el Potrero? en lo que llamamos Potrero, ahí hay un aljibe, y ellos el trístico di agua lo aljibaban ahí para regar, o siá para asentar colino y para sembrar. Les tocaba sembrar de noche, porque no alcanzaba el agua para regar en el día.

Julio Alberto se iba a ayudar a sembrar y ya a la una o dos de la mañana, mi madre me decía:

- Párese mija, les hace tinto, se va y les lleva.

Yo me acuerdo que una noche me jui y yo no me daba miedo, eso taba la luna como a la mitad de la Jeromica y me jui a llevales tinto; llegué al caño fisto y dije, eso ahí los encuentro, pero nadie asistía puay. ¡Y yo los grité! me respondió Julio Alberto arriba en el aljibe, me silbó. Arriba estaban esperando a que se llenara el aljibe para soltar y asentar. Me jui y cogí por el potrero arriba y una mano de curucúes o de búhos, pero se carcajaban como una persona porque me veían subir; era como un montón de muchachos que se rieran porque yo iba ahí, pero a mí no me dio miedo y hay personas muy miedosas, pero a mí no me dio miedo y eso que tenía por ahí unos 7 añitos.

Con el cultivo del tabaco ya cambió la gente y se cambió un poco la vida, en el sentido económico. Ya la persona, al menos tenía por ahí como comprar cotizas, como comprar ropita o algo, pero ¡sí! económicamente sí tenían. Ahí jue que mi papá compró su jinca y nosotros, o él, ¿cómo decirlo? subió de respeto, porque ya no era colono o jornalero que llaman, él, tenía sus lotes para sembrar, tenía más plata y entre

más plata más lotes, y entre más tenía más respeto se ganaba, por eso siempre ha sido el afán de la gente por tener algo de tierra.

Ahí mi papá nos mandó a estudiar al Espigón y le he dado gracias a Dios por eso, así nos tocara caminar más di una hora de ida y otro tanto de venida. Y vea, mis compañeras me querían porque no discriminaba a nadie así mi papá tuviera tierra, en cambio mis compañeras que los papás o los papás señores también tenían, si lo hacían.

Había una niña del punto llamado Rodeo, que se llamaba o llama Tránsito, es qu'endespues que dejé por ahí d'estudiar ya no la golví a ver, ella se jue pa Bogotá. La niña Tránsito, pues yo digo qui'aparentaba ser pobre, porque yo digo qu'ella no era pobre, aparentaba ser pobre, y en ese entonces nosotros habíamos jundado una cooperativa en la escuela, todos los niños, según el curso en que tuviéramos, teníamos que llevar todos los días que vender, para la cooperativa. La niña Tránsito trajo un día bocadillo y cuajada para vender, y me ofreció un pedazo y yo se lo recibí, ahí mismo mis compañeras otras me jormaron chirinola que porque yo ya había



*Fotografía 27 Traje de primera comunión
Álbum familiar (años 50 aprox.) María
Yamile, posa sonriente con su vestido de
primera comunión.*

recibido el pedacito de cuajada y bocadillo y que para qué me ponía a recibile a esa boba, a esa... por qué, si ella es una niña igual que yo, no, por qué, y mire qui a mí todas mis compañeras, compañeros, me querían por eso.

Por eso Monseñor me daba una beca para que juera a estudiar a Sutatenza, en ese entonces no tenían que costiar, sino por ahí, la ropita y puay los zapaticos, de resto no más, la beca era completa. Esa beca qu'entonces era como para líderes, sí, iban y se jorbaban, golvían a trabajar, qu'en eso ganaba uno bueno y todo. ¡Pero no! no me dejaron ir.

Yo alcancé a estudiar hasta que nacieron los gemelos, endespués de que nacieron los gemelos "no señora, ya tiene qui'ayudar a ver de los niños". Ahí jue que nació el Manuel y la Carmen y, como a los 6 años de los gemelos, apareció Pacho o bueno, se coló. Cuando nacieron yo tenía 10 años y llegué a quinto primaria. En esos añitos qu'estudié, avancé mucho, uno conoce mucho. Al tiempo yo escuchaba por ahí un día por el radio, las clases de primer bachillerato y segundo bachillerato y les dije, todo eso aprendimos en segundo primaria.

Endespués, ya se jue a estudiar Julio Alberto. Julio Alberto estudió en la Vocacional y Carmen en la Normal, pero a mí no me dejaron, por ser la mayor me tocó ayudar en la casa cuidando a mis hermanos, haciendo de comer pa los obreros, ayudando con el tabaco y atendiendo a mi papá. Yo miacuerdo que cuando mataban gallina, no solo aquí sino en todas las casas, la rabadilla tocaba dásela a él, con harta papa, harta yuca, hartó arroz, más que a los demás, y servile primero, por ser el hombre de la casa; endespués se le servía a los invitados, luego a los hombres, luego a los niños y por último a las mujeres, si quedaba gallinita comíamos, si no, no.

Una desigualdad social, ahora no sé cómo es, pero antes por todo lo trataban a uno como menos, primero por ser niña, luego por pobre y pues imagínese uno mujer. Eso jue así toda la vida, yo miacuerdo cuando los viejos se iban madrugados al mercado, ellas vestidas de faldón con su pañolón y su canasto, y los señores con su sombrero, su ruana y sus cotizas blancas, y uno veía bajar por la tarde a los hombres en sus caballos, elegantes, y atrás a las mujeres, con la ruana del señor doblada en un brazo y en el otro el canasto cargado de mercado. Y así era, sin importar siquiera si estaban puahí embarazadas. Cuando doña Serafina Pérez, que le faltaba como menos de un mes pa alumbrar, que en esa vez iba por el camino pa las Majadas llevando el canasto y el hijo chiquito de la mano, se le vino el bebé, y ahí mismito si'acurrucó y como pudo lo recibió, le tocó alzar su canasto en una mano y en la otra el bebé, llegar a la casa y ahí si mirar como hacía la curación.

Cuando una mujer tenía un bebé la encerraban los 40 días en el cuarto sin que le diera el sol, eso le mataban gallinas, hacían caldos, le cocinaban güevos, en todo ese tiempo

no podía salir del cuarto ni bañase, por eso cuando por jin salían, esa pieza *jiedia jeo*, a mapurito.

Puaquí no habían médicos, solo taba mi madre María y mi papá Pompilio que tenía una mano, pero especial. A mi papá señor no se le infectaron heridas, nada. Una vez un señor se totió el labio di abajo, y ahí mismo se vino y él le arregló el labio, lo cosió. Otra vez, la cirugía que hizo en el seno jue a doña Chinca, una señora de Boavita. Y la cirugía a Juan de Jesús, jue en la espalda, di un tumor. Así, por ese estilo, él era el que los cosía puay. Juy, pero también gente demasiado valiente pa qu'en carne viva coserlos y dejasen coser. Eso qui anestesia ni nada, di alcohol les colocaba limón en ese tiempo y por ahí, con aguja de remendar los cosía, porque qué.

Y mi madre María, qu'ella era partera, a ella li aprendí a cómo recibir un bebé, a ella y que yo había estudiado el libro del nacimiento de un niño. Sí, porque hay libros para eso, o siá ya poco más o menos sabía yo cómo, qué hacer y con el libro terminé di aprender. Porqu'eso tampoco, un niño conforme rompe, que nacen, no va una a ligar, no, tiene que dejar qu'escurra el agüita esa, que corra la sangre endespués, porqu'eso les hace falta a ellos, ¿sí? Y en esa vez sí que habían partos por este lado, muchos niños naciendo, yo no sé si es que con la llegada del tabaco se calentó la gente o qué, pero era mucha la mujer que tocaba asistir, como unos 20 recibí yo, y ninguno se me murió.

En después jue que hice el curso de primeros auxilios, pero entonces ya cuando hice el curso, ahí solamente, di ahí en adelante tenía uno la autorización di asistir si era emergencia. Así, conjorme, en emergencias. Del resto, eso así que dijeran que no, que ahí está fulana, que va a parir, no, la mandaba uno pa Soatá.

Bueno y entonces, me juí jormando, ya de señorita me comenzaron a pretender pero mi papá no convidaba con eso, porqu'eran jornaleros o trabajadores que comenzaron a llegar de otros lados porque la Colombiana les daba trabajo jornaliando en los cultivos. Puaquí la tradición era jormar hogar con los primos, desde mis papás señores hasta mis mismos papás, pero a mí no me gustaba eso, y a mi papá lemberracaba que uno hablara con los trabajadores, porque yo era su hija y él, el dueño de la jinca.

Él los veía mal y los insultaba, que porque llegaba un trabajador a saludame lo trataban como menos. Yo, yo le he dado gracias a Dios porque yo creo que desde antes de nacer yo soy así y no desprecio a nadie, por eso a mí me daba como mal genio, que hiciera eso.

En esas llegó Wilson a trabajar con el papá, ellos venían convidados por la compañía a trabajar en la vereda. Ellos se quedaban al lado de abajo, en una enramada y trabajaban construyendo y levantando techos, entonces yo iba y les llevaba la comida, el tinto y la güapanela.

Él a mí no me gustaba, porqu'era más bien jeo y yo lo había visto culequiándole a mi tía Inés, la hermana de mi mamá, pero él comenzó a asistir en las noches a la casa a preguntame y mi papá salía a insultarlo. Ahí jue que yo comencé a prestale atención, no porque me gustara en principio sino que no me gustaba que mi papá lo gritara. Por pesar en parte comenzamos a conversar y entre más mi papá me prohibía más me iba encariñando con él.



*Fotografía 28 Mujer melonense
Álbum familiar (1965 aprox.) María Yamile, con
peinado de la época posa en su juventud a la
edad de 20 años.*

Yo tenía 19 y él 22 años, cuando me casé en el 66 a escondidas por el que'diran, yo taba embarazada y también había dejado cargada a mi tía. Nos juntamos un tiempo en la casa de mis papás y di ahí, cuando nació el mayor, nos juimos a cuidar la casa de don Belisario, un compadre que se jue a vivir a Bogotá. Ahí ya vivíamos Wilson, el niño, Darío, mi suegro y mi persona, endespués llegó la niña, María, endespués de María tuve a Eudocio y endespués tuve un aborto, qu'en esas, escapitas y me muero, no había nadie puay y se me vino una hemorragia que por más compresas que me hice no paraba, solo atisbé

a acostame y mandé al Darío a que buscara a mi madre María. Me comenzó a dar

sueño, yo creo que de tanta sangre que perdí, por ahí el Eudocio puro chiquito me sobaba la cabeza acostado al lado mío.

En esas Rodulfa pasó por el bordo de la casa y escuchó al niño llorando, entoes siasomó a la puerta y me vio, como ella había tenido como 20 hijos sabía del asunto y me hizo unas infusiones de yerbas y me puso unos taponos. Si no es porqu'ella pasa, yo me muero, porque ahí yo taba sola con los niños puro chiquitos.

Ya eran principios de los 70 y el Wilson y mi suegro se la pasaban andando, se iban por meses dizque a trabajar en las jincas y a levantar paredes, pero cuando golvían no tráían ni una panela, todo se lo jartaban o lo apostaban en las galleras, porqu'eso sí les gustaba, con decir que comían mejor los gallos que lo que tragamos nosotros. Jay pero juera uno a decile algo, cuando llegaba y si uno no lo atendía a él o a mi suegro, ahí mismo le daban a uno planazos, con la funda y todo, así no tuviera ofendido el Wilson, si el papá lo mandaba a dame, me daba con lo que tuviera a la mano.

¿Si ve esta cicatriz que tengo aquí en la jrente? Jue de un planazo que me dio y en esas la junda de la peinilla taba rota por un lado, ahí mismo me sajó la cara, eso el pedazo se m'escurrió sobrel ojo y me tocó coseme a mí misma, por eso es qu'este ojo lo tengo más apagado quel otro.

Y ni decir cómo era con los muchachos, con el jrio que hace puaquí de noche, los niños se levantaban engarrotados a las cinco y se iban a parar al lado del jogón pa calentasen un poquito, la demora era que los viera puay y ahí mismo los mandaba a traer agua del rio o cortar leña. Una vez, ya tenía el Eudocio unos 7 añitos, le tocaba ir a traer el agua y puay no había almuerzo, pus el niño con hambre prefirió ise pa la escuela, de pronto puallá conseguía algo. Entonces la María se jue pa la playa onde taba el papá trabajando, amansando un macho, y le dio quejas. Y se jue Wilson y me sacó al niño de la jila con el barzón, el barzón es un lazo de cuero torcido con el que siarrian las bestias y que se le pone al perrero pa espantar los perros, será tan juerte un cuerazo que con el primer simble que le pegue al perro, el perro se mea. Y lo cogió desde la fila de la escuela y lo trajo a punta de barzón hasta la casa y ese jue el almuerzo de mi muchacho, y yo, sin poder decir nada. Jue tan brava la juetera, que mi mamá que nunca chistaba nada como yo, vino pero brava con el profesor Emilio

y doña Elba, a hacele reclamo por esa pelera tan berraca que le había dado al niño y él se largó y nos dejó solos como cinco meses.

Pero él no era el único, aquí los señores nos daban a todas por igual, a la Luidina el Augusto le partió el tabique en medio de una jartera y le dejó la cara toda plana, achatada; mi papá señor, Pompilio, le decía a mi madre, María arrodílese que le voy a pegar y ahí mismo ella siarrodillaba y le daba con lo que tuviera a la mano. No sé qué créian, que por aportar un par de yucas a la casa podían disponer de nosotras a como les diera la gana, se acostumbraron a tratar así a los jornaleros y venían a hacer lo mismo en la casa, y claro, siaprovechaban que nosotras no podíamos conseguir plata, ya el oficio de alisadoras no existía porque la compañía ya no pedía la hoja alisada, solo daban puay trabajo de cocinera, pero ¿con qué tiempo?, si tocaba cocinar a los obreros propios o a los de los papaes, y más encima, cuidar los niños, qui'ahí ya tenía cinco, porque había tenido a la Marta y al Wilsiton.

A las mujeres nos tocaba a la par quia los señores, cuando taban los jornaleros, tocaba madrugadas a prender la estufa y ir puel agua hasta el río, en esas no iba por este lado, porque tuavía no se llevaba las fincas de la playa, anton tocaba caminar unos 20 minutos di ida y otros de venía, y uno con esos cantinados a las costillas. Cuando no había güen tiempo, puay abajo de la toma se ponía puro chirle y uno caía puay entre el pedregal porque las cotizas se ponían como jabón. Di ahí, tocaba poner a hacer el caldo, mientras taba la sopa se pelaba la yuca y se lavaba la carne pal almuerzo, cuando taba la olla tocaba llevar la comida hasta el potrero a la hora del desayuno, uno cargaba el caldo y el canasto con los cutes pa servir.

Tocaba cortar la leña pa que no se apagara el fogón y poner a cocinar puay la carne con la yuca, hacer el sudadito del almuerzo, mientras tanto bata el aguamiel y güelva a llevales. Ya con el almuerzo, lo mismito, cargue las ollas, cargue el canasto a las costillas y emboque puallá pal colino con los niños a la pata.

Cuando tocaba coger, si hacía la comida y pal surco a ayudar, terminaba con un dolor de espalda de estase agachando todo el día, cogiendo hoja por hoja pa maletiar. Ya cuando tocaba picar, no tocaba trastear tanto pero el trabajo era día y noche, porque

tocaba tener el tinto y el caldo, pa la comida, hacer las arepas pa por la noche, que hubiera algo que comer a la madrugada y encima ayudar a hacer las sartas.

Sí mijo, el trabajo era duro, pero eso no lo valoraban los señores. Ja, pero cuando se morían las señoras ahí sí era que lloraban, me recuerdo cuando murió mi madre María, ese día llegó tarde a servirle almuerzo a los obreros del tío Pedro qu'estaban picando en el caney, jum, ese señor a como insultó a la mamá por llegar tarde. Bueno, y antón ella se golvió pa la casa y siacostó porque le dolía mucho el estógamo, jum, hasta por la tarde la echó menos mi papá Pompilio y cuando jue a ver ya taba muerta, ahí mismo arrancó a correr como alma que lleva el diablo por la carretera gritando ¡se murió María, se murió María!, el cargo de conciencia d'ese señor y del hijo los acompañó di ahí en delante.



Fotografía 29 Máquina de coser antigua
 Álbum personal (2021) La máquina de coser se convirtió en una herramienta de emprendimiento para las mujeres del Melonal, quienes encontraron en ella una opción para generar ingresos ante la ausencia de sus esposos.

Puay mediados de los 80 y pues uno cansada de depender de lo que medio traía Wilson cada vez que venía y también de que no hubiera pa conseguir plata, porque trabajo sí había, pero no nos pagaban, me conseguí una máquina de coser, una *PAF 31* lo más de

bonita, con su pedal y todo, y me puse a hacer ropa y vender, también li hacía ropa a mis niños, porque a lo último ya no tenían, entonces les hacía pantaloneticas y saquitos lo más de bonitos. Me empezó a ir bien y ya iba a los pueblos a vender, a Boavita, a Soatá, me hacía ahí ajuera de la Colombiana en Puente Pinzón y también vendía, mejor dicho por fin hubo con que yo, mi persona, hacer un mercado en la casa.

Ahí fue cuando llegó la desgracia, por allá en Boavita un día de mercado mi suegro se puso a pelear con otro señor por defender a un compadre y lo terminó matando, el señor le sacó primero el cuchillo y mi suegro solo atisbó a lanzar la ruana cada vez que le mandaba la cortada mientras echaba de atrás, en esas mi suegro que sabía onde taba el andén, pegó el brinco y cuando el jinado trastabilló, lo recibió de una puñalada en el corazón. Ahí mismo se echaron a perder con el Wilson puallá en los llanos, por Tame.

Yo no pude volver a subir al pueblo ni dejar que mis hijos asistieran por ahí solos, por el miedo a que nos mataran, porque así se solucionaban las cosas puaquí, sangre por sangre. Entonces a los muchachos les tocó empezar a trabajar, ya empezaba a escasiar el trabajo en el tabaco porqu' empezaron a pagarlo mal, cada vez la Compañía ponía más pesos pa comprar la hoja y la gente no tenía con qué contratar el jornal, pero bueno, los muchachos comenzaron a trabajar, por ahí le vendían la mano diobra a los vecinos o se iban pa otras veredas a coger tabaco, a maletiar o a picar. Ellos fueron los que comenzaron a hacer los mercados, a responder por la casa, aunque les tocó dejar d'estudiar a los varones.

Ya cuando quise que volvieran a estudiar y fui a hablar con el padre para que me ayudara, a ellos no les ilusionaba porque había quien les dijera "eso lo mejor es que ustedes trabajen y se hagan sus pesitos". Las únicas que terminaron el estudio fue la María y la Marta, que lo hicieron en la Normal de Boavita con ayuda del párroco, porque daban una que otra ayuda, pero aquí la mayoría no quiso volver a estudiar por andar jornalando en el tabaco, eso era como un vicio, porque les daba algo de plata, se la enjietaban, se compraban su buena ropa, su transistor y puai un poco de mercado, y al rato ya no tenían nada, ni pilas con qué prender el aparato, y volvían otra vez a metésele al tabaco a jornaliar.

Al tiempo volvió el Wilson, mi suegro sientregó en la cárcel de Santa Rosa y puallá pagó como seis meses, la gente testificó qué no fue quien empezó la pelea, por eso no tuvo mucho tiempo. En eso los muchachos ya estaban formados y con el trajín del jornal ya eran camajanes, por eso cuando el Wilson intentó pegame ahí mismito le brincaron y ya no pudo.

Yo seguí con mi costura, el Wilson con sus gallos y a la pata del papá, mis muchachos puahi trabajando, pero siaburrieron de que no hubiera casi trabajo, eso les tocaba duro y los trataban mal, por eso se comenzaron a ir. El primero ju'el Dario que se jue pa onde Carmen que ya era profesora puallá en Bogotá, tenía como 16 años, después la María y la Marta, y por último juel Wilson a principios de los 90, puro chinito mi Wilsiton.

Me quedé sola con el Eudocio, con mi negro, que le sacó el mismo genio al Wilson y se dedicó a tabaquiar como aparcerero de mi papá, ahí estuvo bregando con eso, hasta que se acabó la Compañía. Cuando ya no hubo cosecha, intentó con el tomate y luego con los jrutales, pero en ultimas le tocó dedicase a la construcción, pus liaprendió el oficio al papá, pero casi no sale trabajo, por eso está ahora con una guadañadora de jinca en jinca cortando maleza. Él es, con la Cristina, o siá la esposa y mis nietas, los que puay nos acompañan porque los muchachos ya hicieron su vida en Bogotá y solo vienen a lo mucho puay una vez al año, cuando los dejan salir del trabajo. Ellos por ahí nos mandan pal mercado y ahora los nietos también aportan con una quiotra cosita pa la casa.

Los nietos cambiaron al Wilson, como ellos ya son de la capital, tienen otra jorma de entender las vainas, anton ya no le tienen miedo y lo tratan con cariño, eso sirvió pa que dejara de ser tan bestia, pero en últimas hasta yo lo entiendo, como se le pide a un papayo que dé naranjas cuando no las conoce, él asistió siempre a la pata del papá y no supo lo quera el cariño, por eso nos trató mal a los muchachos y a mi persona.

Así estamos los pocos que quedamos puaquí, dependemos de los auxilios de la alcaldía y lo que nos mandan de Bogotá, porque ya tamos jechos y no tenemos juerzas con qué trabajar. A mí me apareció una hernia en la columna, dicen que de hacer una mala juerza o puay dialgún golpe que me dieron.

De todos los qui'ayudé a nacer o asistí con madre María, ya quedan por ahí unos dos, de resto todos se jueron y solo quedamos los viejos, esperando a que se nos acabe el tiempo, como le tocó a mis papaes y a los ranchos que quedaron abandonados en la vereda. Es quel tabaco se nos llevó la salud y la familia. Toda la gente terminó

largándose, dejando todo atrás, incluso a los taitas, pero qué más se hacía, si puaquí no quedaba más que emigrar como el judío errante.

Ansina es, después de que ya mi papá tuvo sus años, que ya asistía enfermo, le dije: vea papá sí sumercé mi hubiera dejado ir a estudiar allá, yo tendría mi buena casa, mi buena plata y estaría mejor porque le podría ayudar, cuidar mejor y todo, pero sumercé no me dejó.

Él solo atisbó a decir: si mijá, es verdad, ya uno cae en cuenta cuando ya no hay qui´hacer.

José Suarez, Un Liberal Entre Chulavitas.

Yo nací en 1944 en Málaga, Santander, pero me críe como el errante ¿mijo ha escuchado ese disco de Sonia y Carlos?, ese es mi disco, esa jué mi vida, condenado a navegar. Dende puro guajaro me tocó andar, porque en esas mi papá trabajaba en varias partes, por la política le tocaba movese y a me tocaba ime a la pata pa recoger lo del mercado y llevar pa la casa, porque mi mamá no dejaba a mi aguela sola y él no vivía con mamá sino puay de vez en cuando, pus no se soportaba con mis tíos.

Era que puramente, alma bendita mi papá era mucho echase ají con mi tío Eudocio, vivían trompiados y así cogieron la tragedia. Se la pasaban enemistados por política, mi taita liberal y mi tío conserva, y por cerveza, eran mucho jartos. Yo tenía puay 5 años cuando vivía con mi mamá, mi abuela y mis tíos en Capitanejo, en un punto que llaman La Palmera y mi papá tenía una pieza de un tal Marcos Rosas, por sobrenombre lo llamaban Marcos Perra, le tenía en arriendo pa él solo a donde se llamaba el Hotel de La Palmera, así un cuartico hacia la parte de la carretera, porque la carretera pasaba así, casi por la esquina de la casa.

Una noche de jiestas en el pueblo, mi papá taba acostado, y mi mamá llegó y lo llamó. Entoes mi papá se paró en ropa interior, él usaba la janelilla pa la calor y interiores de, de que llamaban primavera, que esos eran hasta un poquito más arribita de la rodilla, y en esas venía Eudocio prendido a la parte de atrás del carro que tráia la parranda y con la luz vio a mi papá y a mi mamá. Mi papá taba así de espalda, pero mi mamá si taba de jrente y vio cuando sacó el cuchillo y arrancó a matar a mi papá,

él que le va a mandar el cuchillo y ella le pega el empujón, claro, se dio cuenta mi papá y dijo “¡ah! entoes busted me va a matar así”, de una pegó carrera pa dentro a sacar la peinilla o el cuchillo, quensiqué sería.

Y mi mamá que taba al tanto, se prendió l’armella del cuarto y téngalo, me dijo téngale l’argolla acá, que no se salga su papá porque se matan con Eudocio, y yo téngalo ahí y claro, me largué a llorar y mi papá pus se calmó. Asina jue, eso jué viernes por la noche y, el domingo mi papá se emborrachó en Capitanejo, como a las siete de la noche se encontró con mi tío Otoniel, que hasta eran compadres. Entonces, dijo mi tío Otoniel: "Compadre, ¿qué pasa con Eudocio?", "Que me quiere matar miserablemente" mi papá le dijo.

Cuando en esas Eudocio, qu’ese permanecía jarto, oyó que taban hablando con mi papá en la parte de la carretera, y se vino a la espalda de mi tío. Cuando mi papá lo vio le dijo "Creerá ques como antianoche que me iba a matar pendejamente sin yo dame cuenta".

Jum, mi papá arrancó el cuchillo y que se lo manda, mi tío Otoniel lo prende y lo cortó puaquí, los dedos, escapitas y se los baja. Ahí mismito mi tío puonde el médico y mi mamá le cogió bronca a mi papá, por eso cogió pa Tipacoque que era el resguardo de los Liberales.

Él empezó acerrando Cedro en la hacienda de los Caballero Calderón, porque Tipacoque era un corregimiento de Soatá, no era municipio. Hace cincuenta y dos años ¿qué? como cincuenta y cinco años ¿cuánto hace que jué Carlos Lleras Restrepo presidente?, bueno, Carlos Lleras Restrepo con los hijos de don Lucas, conjormaron municipio a Tipacoque y ya jué cuando que se independizó de Soatá. En esas la hacienda tenía varias, como decir hoy veredas, que no eran potreros tan potentes, mucho lo secas, la principal era La Carrera ques lo más productivo que tenía, puay principió el tabaco por esta región del norte. Arrancaron las cañas y sembraron puahí tomate y tabaco, aprovechando qu’ese potrero sí tenía regadío. En cambio, Bavatá es un desierto, el alto el Nogal y Galván, El Palmar, Ovachia eran puro seco. También taba el Pozo, que eso queda a la orilla del Chicamocha, donde vivía el Siervo Sin Tierra, quera que anhelaba tener el tortero de Peña, comprále a los Calderones.

Puallá yo si conocí la esclavitud, la presencié con mis ojos, porque todo el que jué obrero, osiá arrendatario de los Calderones, tenía que pagar suicidiario, llamaban suicidiario al trabajo en la hacienda. En esa vez había un tal Roso, que era el caporal general, que tenía unos bigotes que le daban hasta el hombro y en veces los torcía, él mandaba a lo que es hoy por hoy cada vereda de cuando le tocaba ir a pagar la obligación cada ocho días. La obligación que llamaban era como pagar uno el arriendo: cada 8 días, las mujeres de cada vereda si iban a la hacienda a tostar maíz y a moler sal para el ganado, moler sal y pintar maíz en tiesto, eso cuando no las hacía servirle en el cuarto ¿si me entiende?; y los hombres, llegaba el tal que era el caporal general y se decía desayunar qu'eso era sopita purita y los demás póngale cuidado porque cuando cogía la mochila de fique que cargaba con el calabazo di aguamiel y arepas bien de maíz o de trigo, que llamaban viuda, arrancaba, y ese no les decía nos toca coger pa tal parte, se iba pal Vergel, pal potrero Colorado, potreros del Cañón que llamaban y los ponía a cercar, a lo que juera, pa un lado pal otro llevaba de cabresto a la gente, a donde cogiera el viejo todo el reguero le tocaba ese día trabajar y si no bastara, de lo que ellos cultivaban tenían que darle a la hacienda, osiá, los calderones les daban pa que sembraran y tenían que volverle la mitad de la cosecha.

A mi papá lo envidiaban puallá, era como un rey porque como él era el que aserraba toda esa montaña, puallá iban a traer la madera hasta cerca a Onzaga, a donde juera, y le mandaban los arrieros que mañaniaban pa cargar las cargas y bajalas a la hacienda. Era un tal Alcides y un tal Belisario, los arrieros, con recuas de 10 mulas todos los días trabajando, ahí las iban relevando porque ya tenían más de 50 mulas, pero los arrieros si eran los mismos: Belisario y el tal Alcidíades.

Yo iba y me quedaba en ratos con él, porque allá era bueno, comida, dormida, todo. Hasta quiuna noche mi papá me tenía en el canto, debajo de la ruana, cuando yo escuché que un tal Aljredo que le dijo “Benito, arremuesco jijueputa, hoy se muere” y ahí mismo mi papá sin chistale nada, lo dejó acercar y le picó el costillar por sobre mí. Así era la vida en esa época, mucho cruel, mucha ignorancia, mucha esclavitud en toda parte porque eran pocos los dueños, ya después parcelaron. Eduardo Calderón taba de embajador en Estados Unidos, vino, en esa vez estaba de encargado un tal

Cortés, que era Chiquinquirá, qu'era el administrador, y le dijo: "yo he pensado parcelar Tipacoque y yo tengo que parcelar, si Dios me da licencia. El que tenga el arriendo que tenga, que compre onde vive por lo que puede quedar y por medio de la Caja que le hagan préstamos pa que ellos paguen".

Ya era un tal Luis José el administrador cuando terminaron de parcelar toda la hacienda, aunque en los 30 ya don Lucas había parcelado una parte por el tema de la reforma agraria que se hizo en esa vez. Vea como es la vida, el que es feje le gusta ser feje, así diga que no, porque endespués de que don Calderón le vendió a la gente, si hizo alcalde y siguió mandando.

De ahí le tocó ise a mi papá, por lo que pasó con el tal Alfredo, a un punto que se llama Báltico a aserrar caracolí. Él taba en esas cuando una noche mi tío Eudocio le pegó a mi mamá porque le cobró una cerveza que le había cogido. Antón yo me madrugué a ir sin permiso y le juí a avisar a mi papá. Ese señor se endiabló y jue a matar a Eudocio, en esas salió mi mama a dejender al hermano y de la putería, mi papá le jregó la cara. Como mi mama taba embarazada del Hernando, lo demandó y quedó detenido en Capitanejo.

Mi mamá arrancó, se jue con todos; yo me echaron en la Copetran de ahí de la Palmera a Capitanejo. Ya me llevaba mi mamá, pero como yo quería mucho a mi taita, los quería ambos, pero yo me dije, yo no dejo mi papá solo y me bajé de la Copetran y me le perdí a mi mamá, y como llevaba todo ese cuterío, a Elizabeth, Jairo, Edilia, Yebrazil, no me pudo buscar.

Esa vez me quedé onde mi tía Azucena, taba recién casada y acababa de llegar a Capitanejo a trabajar en La Colombiana, que no llevaba mucho de abierta, puay unos 20 años. Ellos tenían en arriendo una pieza puay arriba, donde llamaban Los Tanques, antón yo me bajé del bus y me quedé allá, con mi tía Azucena y Carlos que trabajaba también en la Colombiana, ambos. Yo, por la dormida, me tocaba ir a donde la señora del Arsenio Florez que les vendía la comida, y corra todos los días a traeles en una cuta el almuerzo porque ellos madrugaban a ise y a las 12:30 almorzaban, eso era lijero, pus tenían que volver a entrar a la una de la tarde a La Colombiana.

Ya sacaron a mi papá y a en esas un tal Enrique, que era dueño de allá de donde llaman la Cañada de La Uvita y tenía su güena jinca y era muy amigo de mi papá, le dijo: "Ala Benito ¿por qué no me deja al chino?, que me ayude, puahi a arrimarle de comer el pasto para los marranos y todo eso". Llegó mi papá y me llevó donde el tal Enrique, Enrique Sánchez y ahí empecé a trabajar de la edad de 10 años, jornaliaba todo el día, a la par de los viejos, tumbando monte o lo que fuera. Mi papá se fue pa san Mateo, a aserrar cují pa hacer caneyes, que fue lo que se empezó a construir por estas peñas, como a todo el mundo le entró el aján por sembrar el tabaco.

Allá conoció a un tal Ricardo, quera de Sacachova puel lado de la Chorrera, y le comentó que había madera pura buena pa cortar en Chulavita y que no había quen lo hiciera, como puallá llegaban los pícaros de en otros municipios a acampar, por eso decían que Chulavita era la *cueva de los asilados*, porque ahí llegaban y los otros les daban hospedaje. Como a mi papá no le temblaba sino pa orinar, dijo "pues me da l'alimentación y aserramos de por ambos, mitad y mitad" y el tal Ricardo le asintió. Bajó ese domingo a la jinca del Enrique por la tarde y me dijo "mijo toca irnos pa Chulavita a aserrar cedro, porque es qu'ese sí vale", y nos vinimos un lunes y bueno, entonces llegamos a Chulavita y yo puro pendejo, y como decían que Chulavita era intocable por el tema de la política, me dijo mi papá "no vaya a hablar nada busted, lo que le pregunten, nada".

Llegamos a la casa de Mariano Jiménez, el feje de Chulavita, el que lideró el rescate de Ospina Pérez en el 48. En esa vez el cura Goyo mandó llamar a los fejes de la vereda y a la peonada, quisque taban quemando Bogotá y que por el amor a Dios y a Nuestra Señora de la Estrella tocaba ir "a resguardar el gobierno", claro, como venían calientes de tanto desajiarce con los tipacoques en la orilla del río, se dejaron creer y se montaron en los camiones, sin saber que los iban a ser aguantar hambre y tratalos como bestias puallá en Tunja y Bogotá.

Los chulavitas tenían jama porque taban a lo que dijera el feje y todos unidos, allá no era el que se desbarajustara ninguno; decía el feje toca ir a tal cosa o esto, y toda la gente taba unida, no era que fueran salvajes como decían. Que sí hubo unos, más bien

pocos, a lo mucho unos seis que sí fueron locos por la política y hicieron daños por los Llanos o el Tolima.

Por eso naiden supo que éramos liberales, ni cuando vivimos allá ni nunca, porque en esa época peleaban mucho por la política, juy, porque la gente puestas tierras era muy ignorante, no como ahora que a un muchacho le ponen estudio, el chino sabe cómo es las cosas o lo que sea dende niño, en esa época la gente era ignorante, no sabía ni escribir ni nada, como mi papá.

Bueno, entoes esa vez llegamos y don Mariano le preguntó a mi papá, ¿onde trae el ayudante?, mi papá me señaló, yo puro niño, Mariano soltó a reír. Entoes mi papá se quedaba en la cocina y unas chinas, un poquito más mayores que yo, más mayores, unas surronas, que cuando me acostaba, las hijueputas como los otros quedaban ahí charlando, los papaes, ahí mismo se iban y me cogían a preguntar: ay ¿cómo se llama busted?" y yo me hacia el dormio. A la tercer noche, joda y joda, me dijo: "¿Cómo se llama busted?" y dije, "José, José Suarez" y "¿Cómo se llama su papae?" "Benito".

Eso al otro día, puta, regaron todo el cuento, que esos aserradores que sabían sacar madera bonita, ¿Qué cómo se llamaba el niño, el muchacho? -yo taba puro pendejo-, qu'ese se llama José y el viejo se llama Benito. Ja, ahí ya comenzamos y endespués, que uno que aquí tengo un palo, el otro que puaquí tengo otro, seis años duramos aserrando en Chulavita. Donde ustedes oigan que me dicen "quiubo José", es de Chulavita. ¡Hasta el alcalde!, aunque ya le presenté la cédula y sabe cómo me llamo de verdad, me dice José, porqu'ese es sobrino de doña Blanquita, la esposa de Mariano Jiménez, ese me quiere mucho porque yo le conocí toda la familia, toda la familia.

Ya principiando los 60, nos fuimos pa San Mateo onde Carlos Jiménez, di allá pa Monte la Viga a aserrar a donde Luis Abril y di onde Luis nos fuimos pa Guacamayas, endespués, pa Panqueva a tumar Sausos, duramos trabajando como unos ocho meses, y nos juimos para El Baño, que eso es de Güicán, luego salimos al Cocuy y trabajamos en Llano Grande, en El Mortiño, en La Cueva y parte de San Rafael, al pie de la torre Mahoma.

Tando allá, la Compañía taba empleando a todo el personal de estas tierras; como compraban tabaco en Enciso, en la quinta al pie de Enciso, en Peña Colorada, en Capitanejo, aquí en Puente Pinzón -como desde el 49 principiaron a comprar en Puente Pinzón-. La Compañía comenzó a necesitar gente pa que alisaran, clasijicaran, jornalieran, capacitaran, hasta pa que les cocinaran. Como no había donde se quedara toda la plaga que echó a traer de toda parte, nos volvimos a construir casas ahí del puente pa'rriba, onde la Compañía hizo un barrio, el barrio de las Obreras, con bastantes casas pa arrendale a la gente.

Ahí tuvimos un tiempo bueno, se veía la plata y la gente andaba contenta, cada uno en lo suyo, ya menos enemistados, como eso llegó gente de todo lado eso que peliar por política, puay se iba era a trabajar, ansina juera godo o cachiporro, eso poco importaba, a la Compañía eso no li importaba.



Fotografía 30 Camino de herradura

Álbum personal (2015) En la fotografía se observa un camino de herradura propio de la región por donde transitan las personas, la carga y las cabras, quienes son las que han abierto estos pasos al borde de los peñascos. El Melonal, Boavita, Boyacá.

Como la gente echó a conocer a mi papá y lo güeno qu'eros pa trabajar, eso nos salían contratas pa hacer Tambos o cambiale el techo a las casas, que en esas eran de paja y nosotros les poníamos teja. Así juimos subiendo por la vega y llegamos al Melonal, qui hasta hora le estaban

acercando carretera los de l'alcaldía, porque eso pa llegar era puro camino rial, por eso era complicado entrar o salir de la vereda, con decile que ni los muertos se salvaban del trajin.

Cuando el marido de la Carlina, el Valentín: tábamos levantando un Tambo en lo del jinado Juan cuando pasó la mujer toda ajanada, el marido se había muerto dende el

miércoles por la noche y ella durmiendo al pie, solo hasta ese jueves por la tarde nos vino a avisar y preguntar que si lo podíamos a llevar al puente o que pa hacer un hoyo y enterrarlo ahí en el Madro.

Entonces nosotros le dijimos ¿Cómo así? ¿Por qué no avisaba antes pa´ llevarlo?, y nos juimos viernes madrugados, armamos una tira tejida en dos palos y lo cargamos desde el Madro hasta allá debajo de un gallinero donde Ejraín. Y nos pusimos a esperar la Volqueta porque Carlos se había ido por el puente a decile al alcalde que dejara bajar el carro pa llevarlo. Nosotros espere allá en el totumo tomando cerveza, pues claro a lo que le dio el sol, ya por la tarde no éramos capaces de levantalo, ya jedía jeo.

La Carlina lo quería enterrar en el Madro, porque en anteriores tiempos era donde ellos pudieran sepultarlos, porque no había jorma de sacar los dijuntos, el que quería cabar su tumba lo hacía, perun lugar preciso no había; en Boavita había cementerio, pero no habían vías de penetración, carreteras, solo jue hasta que por el tabaco el municipio principió a abrir caminos pa sacar las cosechas. Esas son cosas de no admirar, porque eso puede suceder, poaqui busted abre un hueco y le puede salir un hueso, una cabeza, como la que encontré en el patio ahí de la casa. Lo que pasa es que día a día se ha acabado la esclavitud, antiguamente como había mucho esclavo, los terratenientes hacían lo que querían por no gastar de llevarlos, dales una agua'panela a los que lo llevaban, por eso hacían esas cosas, los enterraban a donde morían y la gente se acostumbró a eso.

Bueno, enton, ya tarde como no llegó carro, lo llevamos en guando hasta el puente entre varios, era que él tenía quensiqué enjermedad, pero era sol'aguasangre lo que botaba. No íbamos sino el Aristóbulo, José Avellaneda, Julio y mi persona, nos tocó con Julio casi hasta el puente desde allí, desde la callejuela. Los cuatro cargamos y naiden más le metió el hombro porque apenas se ladiaba caía pura agua sangre. El Evangelista no quiso cargar que, porque él era el que nos daba el aguardiente, nos tocaba era botanos el trago puencima, sobre la ruana, no tománolo porque el olor no se lo aguantaba uno. Terrible, yo no había ayudado a cargar un jinado así de esa forma, se sufrió mucho pa' llevarlo, ya cuando llegamos al puente tocó echalo en el correo de

don Óscar y no quiso llevarlo dentro, tocó subirlo a la canasta. Claro, cuando lo juimos a subir nos lavamos todo, mejor dicho, la ruana se perdió porque me tocó bótala allá en la playa, eso no se podía volver a utilizar por la sangre que la dejo toda rosada. Asina jue, ayudamos a subir a la camioneta a Valentin y don Oscar a lo que vio que se le enmugrentaba dijo: “maldita la hora en que yo llevo esto”. Cuando llegó a la iglesia, no lo dejaron entrar, es que no se podía porque eso eran solo chorros de aguasangre y un olor jetido, de una vez tocó échalo allá al hueco. Menos mal y había una sepultura hecha. Sin más que nos pusimos las ruanas en la porra, eso no sirvió, los cuatro nos enjermamos, sobre todo el Julio que no llevaba nada. Nos dio jrio de muerto, principiamos a asistir enjermos, débiles, secos; nos tocó bañanos con yerbas, alcanfor, comer naranja pa’ que se nos saliera ese mal que nos enfermó como un perro.

Ya puay cuando el mandato de López Michelsen, como en el 74 o 76, el trabajo se echó a menos, ahí yo ya tenía familia y en veces no había que comer, ya naide hacia Caneyes, porque la Colombiana había quitado las ayudas y eso salía mucho caro, por esas jué que la gente comenzó a colgar tabaco en las casas, ahí en los alares de las piezas, imagínese viviendo y durmiendo entre el tabaco, entre ese olor, los niños se enjermaban, les salía pus en los ojos, casi ni podían abrilos, tocaba échales limón como a los perros. Ahí yo me juí de aparcerero di un potrero que llaman Los Naranjos, tocaba que la mujer y los hijos mi ayudaran puay a regar y a recoger, mi suegro prestaba el Tambo pa colgar y nos ingeniamos una prensa pa hacer los bultos. Yo tenía un solo macho, anton tocaba madruaos bajar di a carga al puente y que se quedara el mayor cuidando, me echaba cinco viajes pa completar la carga y llevar la cosecha pa la compra a la Colombiana qu’eso era grandísimo, unos pabellones grandísimos, eran arrumes de tabaco los que cabían. Dígame, pa sostener la cosecha, pa guardar la cosecha, mientras vultiaban ahí, en otro lado taban envolviéndola en tira, o sea, como costales, volviendo el tabaco, volteándolo, que eran los bultos como de 80 kilos, pa exportarlo puallá pa Medellín, pa Cali, pa Estados Unidos.

Anton, eso había un movimiento bastante, los restaurantes eso era que pujaban todos los días. Primero dijeron que compraban el tabaco todos los días, después dijeron que

ya el solo martes y jueves, entonces, eso era así de gente. Había gente que, venía de Enciso, puallá de eso de Carcasí, que no les compraban allá en la Peña o Capitanejo entonces venían al Puente, que habían dos compradores diarios. Y eran esos arrumes, gente que traía de puallá del Espino, de Macaravita, del pie de las tapias, de eso de Covarachía, parte aquí de Tipacoque.

Había gente que duraba 3 días pa vender, es que era mucha la jila de personas y de animales, unos traían en recuas y los que tenían alquilaban el camión. Como había solo dos compradores, eso se burlaban de la gente, le volvían la carga y como venían de lejos, les tocaba estender ahí en la carretera pa que se secura el tabaco.

Una vez taba pa vender y el mayor ya se impacientó de que no nos atendieran, no había puay ni desayuna'o, cuando por jin apareció el comprador y empezó a hacele la mala cara al tabaquito. Detrás de nosotros taban los Tipacoques, que nos miraban y mi hijo más nervioso se puso, como en antes echaban enemistad con los de Boavita, en esas el comprador nos jue a devolver los bultos y mi muchacho sacó la navaja y se la clavó en el tabaco, escapitas y le jode la mano. El comprador jué a revirar y ya taban los Tipacoques encima de nosotros, a lo que vio eso, el de Colombiana se jué pa entro y nos dejó ahí, jum ahí sí que el muchacho tiritaba de pensar que nos iba hacer esa gente, como por culpa d'él se había ido el que despachaba.

Al rato golvió, mansitico y comenzó a recibir rápido, a lo que juera, sin abrir siquiera el bulto, pesaba y hacia la cuenta. Eso ahí si todos contentos nos juimos a desayunar, cuando comenzaron a silvar y a llamanos, eran los Tipacoques pa invitanos una cerveza, eso a como me jelicitaban por mi muchacho, decían, eso sí es un hombre, que no se deje tantiar las güevas. Ya la gente taba cansada del trato de la Colombiana, ya todos por igual.

A yo no me gustó eso, por eso no duré mucho di aparcerero, mucha esclavitud, a mí me gustaba andar, por eso eché unas cabras al potrero y me puse a pastoriar. Yo soltaba mis cabras y mi iba a la pata a cógelas puallá casi hasta la laguna, al otro lado del rio, me llevaba mi escopeta de jisto y le hacia los tiros a cual paloma que viera. Llegué a tener 300 cabras, cabras mucho lecheras, que eso eran como la lumbre, como las vacas, se sacaban tres litros de leche o de carne, de tres arrobas, pura gordana. Con

eso mi hacia uno quietro peso vendiéndole a los restaurantes qu' eso hacían plata verracamente, lo que era allá en la Palmera, al pie de la Colombiana qu'es a la orilla de la carretera y ponían tendidos de venta de ropa, de cotizas, de peinillas, espejos, de todo eso porque todavía pagaban en efectivo ahí en la Colombia y salía la gente y eso llevaban hasta pa las mujeres, les compraban ropa y todo eso, ah y jarten cerveza.



Fotografía 31 Cabras en el potrero
 Álbum familiar (1996) Manada de cabras sueltas en el potrero. Los rebaños en promedio tenían 200 animales. Melonal, Boavita, Boyacá.

Después echaron a pagar en cheque, que ellos mismos cambiaban y cobraban comisión por hacelo, siempre aventajados los alacranes, y se comenzaron a demorar quince días, después el mes, hasta dos meses en pagar. Anton ya la

gente no compraba casi en el Puente, por lo que dejaron de comprame la carne y se enpicaron a robame las cabras, a lo mejor la gente di hambre, aunque puallá les hice sus tiros, pendejo que juera.

Los muchachos le trabajaron al tabaco, perueso ya les pagaban di a peso y les tocaba mucho berraco, me dejaron de estudiar en la escuela y a jornaliar se dedicaron, les gustó la plata, y cuando no la hubo se largaron pa Bogotá a jinales de los 80. Como me quedé solo, me puse a sembrar maíz. En antes, los abuelos, no necesitaba químico, eso crecía lo más de bonito, con esas cañas que se torcían de lo grande que'ra la mazorca, pero pa esa época usted lo sembraba y por ahí a los 20 días, 15 días, 20 días, que ya taba así de grande -5 cm- y había que echale un trístico de abono químico y a lo que el maíz principiaba a torcer, que se llama espigar, tocaba la otra abonada porque si no, no daba nada. Tocaba echarle unas tres fumigadas y sino los gusanos se lo trozaban. Es que la tierra se jregó con tanto químico que chupó del tabaco, eso se abrieron esos pedregales, que ya tocaba era rasguñar la tierra pa sembrar una mata.

Puay con eso me repuse alguito y con la señora nos pusimos a vender arepas, a hacer mute, masato, lo que se pudiera pa vender, di ahí también sacábamos pa comer, enton eso nos sirvió mucho, porque cuando las compañías echaron a ise, que eso ya jue ahorita como el 2005, la gente aguantó mucha hambre, como todo dependía del tabaco, puay no había qué tragar.

Ya jue que mi'ice viejo, y la rodilla me echó a jallar, por eso me tocó vender mis cabritas, ya no podía ir a echalas pal corral, enton las regalé prácticamente, porque eso se las taban robando, tragando los perros, engusanadas, y yo sin poder ir a velas.

No pude comprame un pedazo e tierra, no tuve con qué, ya jue que la alcaldía hace unos años me dio el material pa hacer el racho ahí en un lote que le dejaron a la mujer. Los hijos nos hicieron la cocina y puay los nietos pagan la televisión, con eso me entretengo ahora, viendo las noticias y sembrando tal cual palo e yuca.

Hora último echaron a promocionar la caña nuevamente, ya es todo moderno, antiguamente pa arreglar la panela le echaban la cal pa'que cuajara la panela, y horita le echan las yerbas, le echan el este, ese que llaman...lo tengo en la punta de la lengua el nombre... ¡Balso!

Entonces, machucan el balso, la cáscara de balso y le echan en lugar de cal, cuando se hacía con cal la panela era más productiva pa las vitaminas de la gente; ahorita, es más enfermosa la panela, porque han resultado con más ciencias y todo eso, ya todo es más diferente. Y los jondos horita no son los jondos de cobre, ahorita son di'aluminio galvanizado, que dizque no suelta rumbo, pero eso siempre el aluminio suelta rumbo, diferente al jondo puro de cobre que no soltaba, y ese rumbo es el enfermoso pal cáncer.



Fotografía 32 El hombre melonense
 Álbum familiar (años 60 aprox.) Pompilio Figueredo.
 Referente en la región por su Chirrinche -aguardiente-
 y servicios médicos. Melonal, Boavita, Boyacá.

Si nosotros, en nuestra generación duramos 80 años, nuestros papas duraron casi 100 años, la generación después de nosotros va a durar puay máximo de 60 años, porque los químicos son diferentes y todo lo que uno consume lleva químicos y más ahoritica que tan contaminando la atmósfera con el chichal de venenos, del que le echan pa la coca, entoes todo eso nos va a matar más rápido, acabar con la generación. Ya cuando estos niños que se están jormando tengan diez años o usted qu'es estudiao, ya saben todo, todo lo qu'es la vida del ser humano porque la

ciencia ta desarrollada, pero no duran mucho tiempo, duran puay unos 40 años, ya son viejos a los 40 años; porque diario los accidenta, los destruye la misma ciencia, pero ya saben todo.

Pero como la gente ta buscando día por día, es la ciencia no la salud. El hombre está buscando es matase lo más rápido que puede, no vivir bien.

Darío, “Aprendemos a nadar cuando el río se secó”.

Me llamo Darío, como el poeta, y cuando nací a mediados de los 60, ya tengo 56 años, esa tierra aún era fértil. Yo me acuerdo cuando había cosecha y en el trapiche estaba don Gume, con la peinilla pelaba un pedazo de caña y lo metía entre la miel que estaba caliente y se lo daba a uno, eso era un manjar, yo creo que del hambre hasta el bagazo nos comíamos.

A principio de los 70 todavía había algo de caña en esas fincas, qu'era una bendición, porque obviamente la hoja de caña generaba bastante humus, rastrojo, todo, y la tierra era más fértil, pero se dejaron creer de la Colombiana y comenzaron a lavar las tierras, ¿por qué?, porque a diferencia del cultivo de la caña que cuando se le tiraba agua para

regar, como era cepa, el agua no lambía la tierra sino que al contrario iban alimentándola y la mantenía, en cambio, cuando arrancaron la separación de la caña y a cultivar tabaco, el regadío empezó a lavar la tierra, digamos, a llevarse toda esa capa que la caña había dejado y las fincas comenzaron a dejar de ser tan productivas.

Era cosecha tras cosecha de tabaco, pero cada vez menos productivo que al principio, por allá en los 50 cuando mi abuelo empezó y, cuando la tierra comenzó a malograrse, la misma Colombiana empezó a promocionar el abono, ¿el herbicida? el abono es un herbicida ¿cierto?, el fungicida es el veneno y el herbicida es el abono. Jum, la Colombiana empezó a llevales dizque una muestrica, les decía vea mire, pruebe esto que con eso les mejora la hoja. Claro, todavía la tierra tenía bastante nitrógeno acumulado, pues de la caña, y aún eran buenos cultivos, no como antes pero sí. Después empezaron a aparecer las plagas en el tabaco: el gusano, los trozadores, y la Colombiana nuevamente empezó a ir, les comenzó a llevar las fumigadoras.

La Colombiana era experta en satisfacer necesidades. Cuando llegaron aparentaron como si también fueran nuevos en el mercado, digamos, que ellos también eran nuevos en el conocimiento, y entoes la gente aprovechándose de eso vendía tabaco pero era entrapadísimo de agua, y por eso se convirtió en el cultivo número uno por excelencia porque dejaba mucha ganancia. Como mejora de vida para los cosecheros, los labriegos cosecheros, la Compañía no solo les compraba con tan mala calidad, sino que les empezó a ayudar con la tela para los techos de los caneyes y de las casas, yo alcancé a ver un pedazo en la casa de teja, de tela, eso era... o sea, ellos le decían tela pero era una especie de cartón grueso y era bastante tieso, no sé cómo se llamaba eso, después vino la teja Eternit. Empezó a subsidiarles materiales, por ejemplo, ellos les llevaban las tejas, el alambre, las regaderas, o sea materiales que ellos necesitaban y esos materiales eran gratis.



Fotografía 33 Cultivo de tabaco
 Álbum familiar (1975 aprox.) En la fotografía se puede observar un cultivo de tabaco en el Melonal en donde cosecheros posan sonrientes. A su alrededor se puede observar las matas de tabaco negro, y en el centro algunos niños que participan del oficio. Melonal, Boavita, Boyacá.

Y la gente, que nunca había tenido plata, la vio algo fácil... y se metieron volando sin medir consecuencias en ese negocio, pero uno tiene que ser como las perdices, que primero corren y luego vuelan; como en últimas terminó haciéndolo la Compañía que, despacito por más de 20 años, fue avanzando y avanzando en

el cultivo y cuando se vio con todas las fincas de la región, no solo fue del Melonal, sino de García Rovira, de todo el Norte de Boyacá y Santander del Sur, poco a poco le fue retirando las ayudas y los atajos a la gente. Hasta que quemaron las tierras con ese cultivo, ahí comenzó la misma historia, pero al revés, la Compañía se aprovechó de los campesinos, ya no daba subsidios, no regalaban herramienta, cuando aparecían plagas que jamás se habían visto por esas tierras, ellos ya le tenían el veneno para matarla, si no tenía plata para cultivar, ellos le prestaban a la gente, mejor dicho la compañía pudo hacer lo que quisiera ¿y por qué? porque el cultivo del tabaco se convirtió en el vicio de las personas, es como si usted le diera un dulce a un niño todo el tiempo y de un momento se lo quita, ahí lo va a tener detrás suyo, pidiéndole que le dé sin importar que eso le haga daño.

Una vez quemaron la tierra, algunos labriegos se dieron cuenta que no convenía seguir cosechando tabaco porque prácticamente todos trabajaban para la Colombiana y no para ellos mismos; la gente se convirtió en esclavo de la Colombiana y de la Protabaco. Ya se trabajaba era para ellos, uno iba y hacía un contrato, y por decir algo sacaba ciertas cargas de abono, fungicida, cabuya para colgar el tabaco... ¿qué más era lo que sacaba uno? bueno, los venenos, y firmaba el contrato. ¿Cuál era el contrato? El contrato era que iba la a empresa, la Colombiana de tabaco y a usted le

decían: "¿cuántas matas de tabaco tienen sembradas?" y usted decía "no, para, para 20.000 matas nada más"; Ah bueno, ellos allá tenían todo el cálculo, se le van tantas cargas de abono, en fungicidas tanto y listo.

Entonces usted quedaba endeudado y cuando llevaba la cosecha, ¿qué pasaba? por el *Banco de compras* entraba su tabaco y, por decir una cifra: digamos en su contrato, usted había quedado debiéndole a la Colombiana 30, su tabaco valía 35 y le daban 5. La gente empezó a cansarse y quiso volver a retomar los cultivos aborígenes, porque es que el tabaco no es aborigen, pero las tierras, por lo quemadas, si se lograba dar algo, daba poquito.

Eso hizo que la gente comenzara a migrar del campo, ¿sí?, por decir algo: de los seis meses trabajando, muchas veces no quedaba plata ni para comprarse una muda de ropa. ¿Por qué le digo que no quedaba plata ni para una muda de ropa? porque el labriego, campesino, -aun creo que todavía es así- tenía su cultivo y por un lado tenía su contrato de insumos y por el otro lado tenía que ir onde, onde Néstor Borrascas, a onde Puyó, a los depósitos grandes a fiar la comida durante el semestre. Entonces le llegaba la plata y de lo que le quedaba después de pagarle a la Compañía tenía que pagar la comida que había sacado fiada y, ¡ah bueno! estaba el crédito que tocaba sacar a la Caja Agraria para pagar jornales y gastos del tabaco, también tocaba que pagar el crédito. Y eso era si usted tenía la tierra, porque si era aparcerero, de lo poquito que le quedaba después de pagar todo eso, tenía que partir mitades con el dueño de la finca. Entonces digamos que era un círculo, ¿cómo lo digo? un círculo vicioso, sacudir el polvo en un recinto cerrado, era terrible.

Y el cultivo del tabaco es un cultivo muy esclavizante, y digo es, porque no cambia; los agrónomos han querido mejorarlo pero no, lo mismo. Yo me acuerdo que cuando llegó la Protabaco, que la Protabaco fue la que le hizo contrapeso a la Colombiana, impulsó los hornos para hornillar el tabaco, digamos que antes de eso, todo el tabaco se secaba en caney y cuando llegó, lo innovador que llevaba era los hornos para secar tabaco y que se cultivara solo tabaco Rubio, solo tabaco Rubio, nada de Negro. Eso le dio como otro... "uy la berraquera", ¿sí? aquí es a donde nos vamos a... ¿sí? vamos es a vivir puro de eso y hubo personas como Efraín Medina menor, que se endeudó y

dijo "ah bueno, entonces yo voy a hacer un horno para secar tabaco", de hecho creo que lo tiene todavía ahí, que era con gas y eso cargaban todo el horno y arrancaban en 24 horas a secar el tabaco, ahí huele delicioso cuando lo están secando, eso es riquísimo y llega lejos, es como dulcecito el aroma del tabaco. Y Efraín sí alcanzó a hacer dinero alquilando el horno, porque después hubo otros que quisieran hacer lo mismo, pero nada, ya se le había caído el maquillaje a la niña y otra vez había quedado fea, otra vez, y fea está.

Así fue siempre, a los primeros les iba bien como para que los otros se antojaran y después vea, pailas. Los primeros en sembrar, o sea mis abuelos, bisabuelos, mis papás señores, alcanzaron a hacer más dinero que los otros, porqué ellos se llevaron el auge; ya los otros, mi papá, por ejemplo, cuando se dieron cuenta y empezaron, pues ya no era tanto y el cultivo vino avanzando cuando llegó la cajoneada, todo cambió, hasta en la siembra. Porque antes se sembraba a pica el colino, después ya se sembraba era con el dedo el tabaco, el semillero, y ahí creo que tenía como unos 8 años cuando ya me ponía a ayudar a sembrar a don Luis, a don Carlos Angarita, a don Juan, a mi papá Julio, a sembrar.

Como le decía, el cultivo del tabaco es muy fregado, porque desde preparar la tierra es terrible, porque tocaba picar muy bien el terreno, tocaba que quedara la tierra, mejor dicho, suavésitica para hacer las mogas del colino. Se buscaba el abono de cabra, a nosotros nos tocaba ir hasta los potreros a que nos vendieran majada de cabra, ¡la mierda de las cabras! y la bajaba al hombro hasta el río y la revolvíamos con abono orgánico que se hacía en las casas, ahorita ya no existe eso, pero antes sí, había el pozo de abono, donde mi madre había, en todas partes y, por lo general, lo hacían debajo del gallinero de las gallinas. Allá las mujeres toda vez que sacaban las cenizas del jogón iban y la botaban allá, la basura, todos los desperdicios los botaban allá, y eso a los seis meses se alcanzaba a podrir. Ahí en La Playa habían varias partes donde debajo de los gallineros se preparaba, para eso se mezclaba lo que se recogía de cada casa, más la majada y le aplicaba rastrojo, ceniza, cal y ahí sacaba el abono. Ya después tocaba echarle el veneno que daba la Compañía, la uría y esos químicos.

Lo primero que tenía que hacer era eso y se tenía puntos especiales para hacer el colino, porque tocaba que hacerlos donde pasara agua, para poder abrir otros pozos. Primero los abrían sobre la toma, pero después, por orden de la alcaldía y esto de sanidad no dejaban, tenía que hacerlos a un lado, al lado de abajo, no hacia el lado de arriba donde escurriera a la toma sino al lado de abajo porque si no contaminaba al agua, le caía cloruro, el veneno para el colino, la uría y, como la gente tomaba de esa misma agua.

Sí, entonces uno alistaba la tierra, cortaba guinea o cañabrava, hacia el abono y se lo regaba a las parcelas. Después alistaba la semilla, si no tenía iba a la Compañía y allá le fiaban. A veces uno tenía que mirar que no fuera a haber hormiga, porque las hormigas se tragaban la semilla, si habían, tocaba fumigar antes de regar la semilla y ahí sí uno pasaba las primeras regaderadas para mojar la tierra y ya cuando iba a echarle la semilla, entonces usted le mandaba una con veneno. Por una regaderada de agua nosotros le poníamos 3 tapitas de cerveza de semilla de tabaco, tres tapitas. Se las poníamos, revolvíamos bien y empezaba uno parejito.

A la pata que uno iba regando la esta, la moga, venía otro tapando con la guinea o la cañabrava, de una vez tocada, y eso lo hacía uno por la tardecita, por ahí, sobre las 4:30 de la tarde, porque como allá siempre hace viento en el día, a esa hora ya no soplaba tanto y el sol ya está allá, sobre el cerro. Por eso tocaba ir tapando los colinos, por el viento y el sol.

Después de que uno terminaba ya de hacer el semillero, son 45 días el colino germinando antes de sembrarlo, más o menos, de mes y medio por ahí hasta los dos meses todavía se puede sacar colino, ya ahí para arriba, no, porque eso ya no sirve. Eso tiene su punto. Y entonces uno, los primeros ocho días tenía que pegale tres riegos al corte, por eso tenía que haber agua para regar el colino, ¿para qué? tocaba mantener bien húmedo el piso para que germinara la semilla, que el viento no se la llevara. Se regaba en la mañana, al mediodía, por la tarde porque el viento reseca mucho.

A los 8 días el Colinito ya nacía, ya había germinado, entonces uno miraba, nacía bien bonito y ya se dejaba otros dos días destapado; ahí los otros 8 días siguientes, 3 riesgos y suave, con una poma, una punta de regadera, diferente porque tocaba tener

cuidado, para eso uno le aplicaba el oxiclورو, ¿sí?, para la natilla, o sea porque a eso le caía gota y se ennatillaba el colino: ennatillaba era que se empezaba a... hacer manchones, a picar. Usted lo veía así bien y después le aparecía esos manchones y el color de las matas, y no pues, se dañab... se morían.

Cuando el colinito ya estaba así, como de una palma, entonces nosotros le aplicamos Uría, y los 3 primeros días le bota harta agua, después tiene que empezar a medirle el agua y cuando ya estaba más grandecito, toca aplicar una vaina que, Manzate es que se llama eso, Manzate, tenía varias referencias, usábamos *el 200* qu'era un polvo como verdoso. Y aplicarle para que no se vaya a gotear el colino porque donde se llegue a gotear ya no sirve para trasplantarlo, porque se ve verde la mata, pero cuando lo saca y los lleva a tierra, el colino prende y uno lo ve bonito, pero cuando le aplica la primera abonada, juepucha, ya se muere.

Después venía la deshierba, el aporque, las dos abonadas que tocaba pegarle, los dos paleos con l'azadón y ahí sí, después de todo eso, venía la cogida del tabaco. Por lo general, los Caneyes los dejaban al pie de la casa, por lo menos onde mi papá Julio, onde Luis Antonio, ahí donde vivían mis papás, o sea, los caneyes eran cerca de la casa; ¿por qué? no sé, será que se perdía el tabaco.

En la recogida, uno llegaba, extendida la tira qu'era larga y empezaba a coger el tabaco de la mata debajo del brazo y lo ponía en unas tiras como de aquí hasta allá, hasta la pared, unos seis metros tendrá. La maleta es hecha de tiras de fique, pero uno decía las tiras de coger tabaco, tiras de tabaquiar. En la Colombiana le daban a uno tiras cuando iba a cajonear, uno iba allá, "y no, que vengo a que me den tiras", y tá, tome sus tiras que venían de Hilanderías de Bucaramanga, que creo que ya no existe, porque el cultivo del tabaco también le dio vida a los cultivos de fique que ya es en clima más templao, más... como más tirando a frío que a caliente.

No era como un costal grande, uno armaba las tiras para tabaquiar: primero que todo, uno conseguía los garabatos que'ran una horqueta doblada en ángulo, de, de palo, uno



Fotografía 34 La familia y el maíz
 Álbum familiar (1970 aprox.) en la fotografía una familia posa en medio de la cosecha de maíz que se sembraba como pancoger. El Melonal, Boavita, Boyacá.

cortaba los gajos de guayacán o de naranjo, más que todo esos, a veces por allá nos conseguían garabatos de hayuelo, otros hacían del castañeto, pero es que ese del castañeto se rompe fácil o de moral, tocaba buscar un palo fuerte. Entonces se hacían los garabatos y se ponían en la punta del lienzo; para amarrar los garabatos y la tira, en la

misma Colombiana le daban a uno cabuyón, que no era torcido como el lazo sino más o menos liso, pero que aguantaba como el lazo. Y uno arrancaba, de una punta amarraba el garabato, lo aseguraba a la tira y empezaba uno a cruzar el lazo de lado a lado a lo largo, por un lado y por el otro el otro; atrás le dejaba la tapa de la tira que era otro pedazo de tira y en el centro le ponía otro par de garabatos.

Cuando iba a amarrar la maleta de tabaco, unos se hacían en el centro a tenerla para que no se desarrumara el tabaco que se puso sobre la tira; otro la cogía de una punta y la levantaba; otro mandaba los lazos para que del centro lo agarraran y, mandaba este para acá, este para acá, del garabato del centro, tan, del garabato de la punta, amarraba, tén y ya, quedaba hecha la maleta. ¿me entendió?, ¿no?, mejor dicho, quedaba un cuadrado por ahí por 1.20 de la largo y adentro el tabaco que se había puesto al principio en el centro de la tira. Las maletas eran grandes para un muchacho o un niño; para uno la maleta le quedaba grande, sí, lo que pasa es que en esa vez como no había quien le tomara fotos, pero era una maleta enorme y grandísima.

Todo eso no nos lo enseñó a hacer la misma Colombiana, las maletas, el oficio, era la gente la que se ingeniaba esas cosas. La compañía dio ideas porque tenía sus

agrónomos, sus impulsores y, más que todo, ayudaban era para el tema del cultivo, por ejemplo, ahora último ya no hacían semilleros como los hacíamos nosotros, sino que ya era en cubetas de huevo, que iban y cogían, trataban de coger por ahí unas dos o tres semillitas, más tedioso, y en una coquita la repartían y nacía el colinito; entonces de ahí llevaban el plantulo de tabaco a la tierra y con la cepita lo iban poniendo allá. Antes se mandaba era la matica sola, pues con las raicitas de una vez ¿ve por qué el tabaco es muy esclavizante?

Ahora sí venía lo bueno, a uno le tocaba cargarse el tabaquito de los cortes pal caney; digamos que uno hacía maleticas que la que menos pesaba, pesaba por ahí unas cuatro arrobas de tabaco pa llevar a picar, ¿en Kilos cuánto es cuatro arrobas? Pues como 35 li... no, una arroba son 25 libras, ósea como 50 kilos en total, pero habían maletas que perfectamente podían pesar hasta 150 kilos, como las que cargaba mi hermano, ese era bueno pa eso.

Yo alcance a maletiar, ¡pero era terrible! Cuando a uno se la alzaban en el corte, allá en el cultivo, uno se acunclillaba al pie de la maleta, se ponía el pretal en la frente y uno o dos le empujaban la maleta y uno quedaba de una vez de rodillas con la maleta encima; entonces uno se agachaba y de atrás y de adelante le ayudaban a hacer fuerza para pararse, después uno cruzaba las manos sobre la nuca y arrancaba. Sería tan terrible que uno daba los primeros pasos cuando uno se paraba y los pies le tiritan, le temblaban los pies a uno del peso.

Por eso uno tenía los descansaderos, qu'eran lugares a donde uno podía parar a respirar, por ejemplo, para salir ahí por donde doña Jesús, ahí todavía ahí está la piedra donde descansaba uno y siga caminando, y el paso tenía que afirmarlo bien, uno parecía una bestia, o sea, a uno le tocaba como un buey, por donde iba pasando quedaba el surco de agua, pero era de sudor, ¡de sudor! y de ahí hasta el Caney. Esas subiditas de tabaco era un premio de montaña. Cuando llegaba y soltaba esa maleta en el caney, uno sentía que volvía a respirar, ¡uno sentía que volvía a respirar!, porque era tal el cansancio, que uno debajo de la maleta como que los pulmones se le pegaban a la misma maleta, y uno, a veces incluso descansaba caminando, con la maleta encima, pero descansaba; uno sabía que no podía dejar que la maleta se le cayera,

¡por qué no! las mujeres eran las que ayudaban a recoger, pero no las ponían a maletiar, ellas no llevaban, ellas no cargaban. Cogían tabaco y eran buenas para coger y para picar tabaco, pero ellas no maletaban, le tocaba a los hombres y por ahí no habían casi, así que si se le caía no había forma de que le ayudaran a levantarla. Ojalá que le tocara por ahí solito llevar el tabaco al caney, a veces, mientras iba uno, llevaba el viaje y venía, ya estaba la otra y, vuelva y cargue, vaya y cuando vuelva ya está la otra. Eso era, o sea... ¡Dios mío!, lo que pasa es que uno se acostumbra y se vuelve una bes... en definitiva, uno es un animal de costumbres.



Fotografía 35 La playa del Chicamocha
 Álbum personal (2021) Playa del río Chicamocha en donde se puede observar las lagunetas formadas a medida que el cause disminuye.
 Al fondo, el bosque seco tropical. El Melonal, Boavita, Boyacá.

Pero llega el punto en el que usted, de lo mismo que vive y de las necesidades que pasa, termina inventando unas tochadas con las esperanzas de tener algo diferente, Dios mío que uno dice, estoy bien es de puro milagro la verdad, pero de milagro. Por ejemplo, la cicatriz

que tengo yo en este pie fue cuando nos fuimos a cazar sardinas con machete. Era tanta el hambre que eso lo vuelve a uno como mula, mula, éramos re mula. Estaba con mi hermano, creo que él estaba por ahí, un trisito más grande que mi nieto de 7 años porque yo estaba todavía puro muchacho, puro chino. No habíamos desayunado ni comido la noche anterior, y llevábamos un pedazo de machete con el que nos mandaron a trozar gallinero para el rebaño de cabras que teníamos allá en la playa, y claro, yo no he vuelto a ir, pero si uno va a la playa del río, hacia los costados ahí se ven charcos de agua, o sea, lagunetas.

En esas lagunetas hay hartos pescaditos, chiquiticos o habían hartísimos, pero eran montones, cardúmenes, filas y, me creí Simón el Bobito o no sé, pero le dije a mi hermano menor, camine a la Gacha y pescamos con el machete. Pues yo no sabía que cuando uno manda el machete en el agua, se pandea de una vez. Entonces yo llegué y le mandé el machetazo a las sardinas y sentí que totió la pierna, así con fuerza, claro, cuando dio contra el hueso. Yo apenas me quedé mirando a mi hermano y él se quedó mirando fue para abajo; él no me miró a la cara, miró el agua, y se cogió la cara y vi que se puso a llorar. Y yo llegué y le dije ¿qué? ¿Qué pasó?, dijo: ¡usted se quitó un pie!, ¡Claro!, cuando yo llegué y salía así una vaina... pero impresionante, eso era una chamba y antes todo brotado, así todo blanco, no juepucha... Yo dije “ay Dios” jum y salí pa la casa, y después yo ya no podía caminar.

¡¿Y ahora?! a ratos él me cargaba a tucha y eso de ahí quedaba lejos hasta la casa. Me llevaba y ese berrié y yo le decía no llore; por fin llegamos al trapiche, yo ya estaba preocupado porque me veía y eso se me empezó a inflamar, el pie lo veía cada vez más grande y preciso ese día mi mamá estaba en la casa, por eso le pregunté a él ¿cómo hacemos pa llegar? porque imagínese, llegábamos así y de una vez nos iban a dar era una tanda de leño pero la berraca. Yo llegué y me quedé por detrás de la casa y le dije que me consiguiera algo, pues para ponerme un pantalón largo, puallá bajó uno del ropero y me lo puse. ¡Ay, Dios mío!, ese dolor tan berraco y mi hermano apenas me miraba, me miraba y me miraba y, yo procuré entrar así al corredor, caminando sin cogiar ni nada.

Y, entonces mi mamá empezó a preguntar ¿qué pasó? porque a él, pues sí, yo creo que se le veía la preocupación, y ella ¿qué pasó?, cuando al fin se puso a llorar, entoes llegó y dijo “se pegó un machetazo y se trozó la pierna”, y yo no sabía que hacer, ni modo de salir corriendo. Entonces, claro, ahí si fue mi mamá y me miró, era harto, porque mi mamá se preocupó, para que la mamá de uno se preocupara era porque era grave, no porque sí; y entonces cogió y fue sacó para hacer el vendaje, el tarro del café y de una vez ahí, sin anestesia ni nada, el café tranca la sangre y marchita de una vez la herida.

Al otro día, sin tener plata para la comida, nos llevaron a todos a Sativa Sur, a pagar una promesa de mi mamá, como ellos ofrecían promesas a los patronos de los pueblos, eso era algo importante. Fue un solo día, pero yo me acuerdo que ese día, desde que llegamos mi papá ya estaba tomando cerveza y se la pasó todo el día en esas y yo, por ahí en esa plaza, de pie y al sol, porque no había con qué entrar a una tienda, cuando yo me fui a mirar el pie, eso estaba, pero súper inflamado y me dolía.

A la semana ya estaba trabajando en la tabaquiansa, mi abuelo me había dejado por ahí una suertecita para que cogiera el copé, que son las hojas más altas de la mata de tabaco y eso alcanzaba a dar buena cosecha; yo llegaba, cogía el copero y lo vendía, esa era en parte la paga que le daban a uno por el trabajo de cosechero.

Cuando había paga, ahí sí vea, llegaba mi papá y pedía la plata, pero puay qué mercado o comida pa' la casa, se perdía y volvía a los días, siempre fue así, una vez, yo tendría por ahí cinco años y mi papá me llevó a que lo acompañara a la Jabonera. Él llegó y me dejó, ahí antes de entrar a la casa de don Ricardo Rivas y me dijo, “espéreme aquí, no se vaya a ir” y yo espere... pasó mucho tiempo y ese señor no, no llegaba. Yo me fui para la casa, debió ser como en diciembre porque el río debía ir chiquito, porque yo mismo lo pasé solo y me fui. Cuando llegó por no haberlo esperado y que, porque me había pasado al río, de una vez eso me pegó una juetera terrible, él utilizaba una correa bonita que tenía gruesa de puro cuero, cuero bonito.

Definitivamente, la vida es un cuento y con un buen cuentero la vida se hace bonita o se hace terrible. La vida con él era dura, para mí, para mis hermanos, para mi mamá, pero ella y mi madre hacían que uno viera las cosas de otra forma, hasta bonita. Ellas hacían comida para los obreros, cocían, hacían arepas, tenían animales y vendían gallina, mejor dicho, se la rebuscaban para que tuviéramos así fuera agua con sal para comer, pero llegó el punto que ni eso había, porque nadie tenía plata, se vivía de lo poco que había en las huertas, pero las huertas se fueron acabando también, porque ya las mujeres no las cuidaban, porque no tenían tiempo para eso, todo era para el tabaco, el tiempo, la vida, la familia.

Le digo que ya nadie tenía plata porque la Colombiana al principio pagaba de una vez en efectivo, después le daban el cheque y uno iba a la ventanilla, ahí todavía debe

estar en la Colombiana por el lado de la carretera donde uno llegaba, pasaba el cheque y le pasaban la plata. Después, comenzaron a cobrar una comisión por cambiar el cheque que ellos mismo daban, luego empezaron a demorar que tres días el pago, después que ocho, que quince y ya para lo último estaban demorando un mes y medio hasta dos meses el pago. Le daban los recibos del tabaco y uno iba por ahí al mes o a los 60 días, y que no, no hay cheque todavía para el señor. Y como siempre ha existido el que vive de la necesidad del vaciado, porque ahí entonces Miguel y Óscar... empezaron que a discambiar allá en Soatá, montaron unas casas de cambio de cheques en donde, por decir algo, usted llevaba un cheque de 10.000 pesos y le cobraban 500, 300, decían listo el cheque viene por 10000, 9500, por derecha déjenos 500 o 300.

Eso hace que la vida no se sostenga, que llegue el momento en el que uno tome decisiones y ahí fue como a los 16 años me vine para Bogotá. Mucha gente de allá se vino en los 50 para Bogotá, y les fue bien, ellos venían con recomendaciones de todo el mundo, hasta del párroco, así que cuando llegaron consiguieron buenos trabajos, en la empresa de teléfonos o en la de energía. Ahí esa gente se pensionó y les dio estudio a sus hijos, muchos de ellos estudiaron en buenas universidades y se hicieron una buena vida.

Ellos iban de vacaciones al Melonal, por ejemplo, el dueño de la casa que cuidaban mis papás, don Belis, trabajaba en Bogotá en una fábrica de jabón y a final de año se iba con toda la familia y se quedaban con nosotros en la casa, mientras ellos llevaban su buena ropa, nosotros andábamos con los remiendos; mientras en la casa a nosotros nos servían de últimos porque al señor se le daba primero, a ellos les servían del más pequeño al más grande y a todos por igual, parece bobada pero para nosotros era una cosa que no se entendía, pero ahí uno se daba cuenta que se podía vivir de otra manera.

Si usted analiza, hace la cuenta y han sido etapas, los que realmente nunca abandonaron el campo, fueron de los papás de mis abuelos hacia atrás, ellos siempre vivieron del campo y nunca lo abandonaron. Pero ya incluso de la generación de mis abuelos, algunos se vinieron, como Belis, don Moisés. No hubo esa desbandada de gente como los hijos, o sea como en mi generación, sí, porque nuestra generación de la noche a la mañana todo el mundo arrancó y quedó sola la vereda, y ya hoy día, los

pocos hijos, los jóvenes que quedan, ellos también van a desertar del campo porque no hay futuro.



Fotografía 36 Familia emigrante

Álbum familiar (1970 aprox.) La familia Bonilla junto algunos habitantes del Melonal, retratan una jornada de caza durante su visita a la vereda, luego de haber emigrado a Bogotá.

Uno se venía con la ilusión de tener la misma suerte que ellos, pero cuando llegué en el 83, no había trabajo, era mucha la gente que estaba llegando a Bogotá, por eso uno se empleaba en lo que fuera y se arribaba a dormir con familiares o hacía convite para

vivir con hartos para que se pudiera pagar. Yo inicié a trabajar parqueando camiones sin saber manejar y limpiando bolsas, las lonas en las que empaacan la arena, yo las lavaba allá en el Centro donde un primo de mi mamá que se había venido como 10 años antes que yo. Ahí duré un tiempo y en esas, después entré a trabajar en seguridad, cuidaba apartamentos, casas y así, me gustó.

Mucha otra gente de allá se vino a trabajar en la leche, la mayoría de los lecheros que reparten así en los barrios en camionetas son de por allá, de Soatá, Boavita, La Uvita. Los primeros fueron de Soatá y empezaron de ayudantes, ahorraron y compraron una ruta y emplearon a otro de ayudante, y ese se hizo de una ruta y empleó a otro, hasta que prácticamente todo ese gremio de lecheros de la Brama, San Mateo y esas marcas, es gente que creció entre el tabaco.

A mí no me gustó ese trabajo, yo seguí en seguridad y di con una buena empresa, en donde se hace toda la botella de gaseosa pet. Fue estando en la empresa que me animé a terminar de estudiar.

Aquí los ingenieros lo motivaban a avanzar, no como la profesora de la escuela de la vereda, que en esa vez los profesores sí le cascaban a los alumnos y esa profesora Socorro era terrible, alma bendita, porque ella ya se murió. Ahí estudiaban los hijos de ella, estaba estudiando el Manuel, que era de una edad, era más o menos contemporáneo de nosotros. Y yo me acuerdo que los tableros eran de madera grande y el Manuel no quería hacer, no sé, un ejercicio, no quería pasar al frente. Pues se fue doña Socorro, lo cogió así de la orejita y desde la puerta, ¡desde la entrada lo cogió impulsado así de la oreja y pa!, de una vez, lo estrelló y quedó dividido el tablero; cayó la mitad y la otra mitad quedó colgando. Imagínese, pues todos los chinos que estábamos en clase, pálidos, creo que, pues yo casi me orino del susto, o sea así como Matilda, la de la película, asustados, a uno le provocaba meterse entre la banca y quedarse quieto para que no lo viera; eso le tiritaba a uno todo.

Si no es por los ingenieros yo no hubiera estudiado, tocaba trabajar, cumplir con el horario normal de 12 horas e ir a clase, los tutores iban a la empresa y a estudiar, llegar a la casa y haga tareas, porque no era validación, era estudio normal, los seis años de bachillerato con servicio social y todo. Me gradué a los 45 años, pude comprar mi casa, la palomera que llamo porque es pequeñita, como una caja de fósforos; les di estudio a mis hijos, todos son profesionales, mejor dicho, ¡la vida es perra!, pero se puede.

A mi señora le gustaría que nos fuéramos algún día a vivir al Melonal porque ella también es del campo, y por más que uno viva aquí, eso no se le quita, pero allá nada ha cambiado, ahora hay agua, hay luz, hasta televisión, pero el problema es el mismo, no hay con qué trabajar ni quién trabaje.

Las tabacaleras explotaron la gente, acabaron la tierra y todo se lo permitieron porque no hubo quien, a las alcaldías les convenía porque les llegaba plata así fuera a costillas del sufrimiento de la gente. Por eso lo que tiene que hacer el Gobierno o los Gobiernos es impulsar políticas de cambio, llevarle al campo los medios y recursos para que se vuelva autosostenible y la gente deje de desertar a la ciudad porque si no, van a seguir desertando. Y una de las políticas que deben impulsar es la formación académica, promover la agronomía, Colombia tiene que llenarse... no sólo Colombia,

Latinoamérica, tiene que llenarse de agrónomos, de personas ambientalistas, pero manes centrados en hacer producir el campo, en hacer que la tierra se vuelva auto sostenible, no llegar a joder y a montar políticas de restricciones, ¡no! el agrónomo y el ambientalista tienen que ir de la mano escalonando cultivos, mirando los climas, aplicando variedad de cultivos para que la tierra se vaya volviendo a regenerar, hasta que se cure, porque ahorita la tierra depende mucho de los herbicidas y los fungicidas.

También debería enseñarse economía, porque al campesino hay que darle clases en manejo de recursos. Así como en una empresa trabaja de la mano calidad, producción y auditoría, en el campo debería ser agronomía, ambiental y economía. Pero no, pensamos que es en las empresas, en las ciudades, en las grandes metrópolis que se produce dinero a montones porque allí es donde están las industrias, pero nos olvidamos de la materia prima, nos olvidamos que es del campo de dónde llegan los recursos para que esas empresas produzcan.

Nosotros nos fuimos acomodando como una vil plaga al facilismo, a lo que nos produce más dividendos, que produce con más agilidad y no nos dimos cuenta que por un lado estamos produciendo y por el otro, estamos destruyendo, por ejemplo, hablemos de los plásticos; antes, el fuerte en los empaques era el vidrio y la madera; después, entonces el fuerte en los empaques fue el cartón y ahora los plásticos: polietileno, polipropileno, poliestireno, el policarbonato. Los plásticos en la bolsa de plástico, en las botellas de pet, en las cajas plásticas, en todos los empaques plásticos que no son biodegradables, entonces lo que hicimos fue contaminar las fuentes hídricas y los mismos campos; por un lado, lo que hicimos fue coger y equivocadamente creer que era la solución a nuestra necesidad y abrimos un hueco grandísimo que hoy día está terrible porque para llenarlo, toca volver a empezar de cero.

¿Cómo tiene que empezar? como le digo, al que tiene su parcelita: ¡listo! ¿qué necesita? ¿estudiar?, le voy a abrir una Universidad a distancia y voy a subsidiar un equipo para que usted tome sus clases a distancia; le voy a estar mandando tutores allá, al municipio; lo voy a estar asesorando con agronomía, con los ingenieros

ambientales; le van a dar charlitas de economía... Aprovechar al máximo todo, que no se le pierda ni siquiera el popo de las reses, porque el campo es muy rico.

Desgraciadamente aprendemos a nadar, cuando el río se secó.

Capítulo 3.

Entre la resiliencia y la resistencia

En varias ocasiones mi madre Ernestina les reprochó a mis tíos por no dejarnos jugar a escalar entre las camaretas del caney, ella les decía “llegará el momento en el que ni la risa de los niños ni el canto de las aves se escucharán”, y tal vez, como un azar del destino o el cumplimiento de las profecías de mi abuela, los niños cada vez se escuchan menos en el Melonal. La vida, al igual que el espacio se ha envejecido poco a poco con el paso del tiempo, y los relevos generacionales de quienes han vivido por años en el territorio se hacen cada vez más extensos. Sin embargo, el ánimo resiliente que ha caracterizado a los pobladores de la región se hace presente, abriendo nuevos caminos, ampliando el panorama que antes olía a tabaco.

Es así como llegamos al tercer momento de la respuesta sobre cuáles fueron las transformaciones de la ruralidad y su estructura agraria a partir de la producción agrícola del tabaco en la vereda el Melonal. Aquí hablaremos de lo que sucedió y sucede luego de la salida de la industria tabacalera de la región, evidenciando las transformaciones de la ruralidad, la estructura agraria y su impacto en el Melonal.

El fin de una era.

Como se presentó, el norte de Boyacá se consolidó en el siglo XIX como una región basada en la propiedad de la gran hacienda señorial, allí los pobladores dependieron por mucho tiempo de lo que en las casonas se disponía en términos de uso y aprovechamiento de la tierra, en donde se veían involucrados en procesos propios de la colonia, como lo fue el préstamo de servicio con días de trabajo sin salario y la entrega de la cosecha como pago por el permiso del uso de parcelas, algo que Eduardo Caballero Calderón en *Siervo Sin Tierra* supo plantear, tal vez como una acción de redención generacional de sus ancestros que dictaron por mucho tiempo el rumbo de Tipacoque y todo lo que en él habitaba, o como el mismo autor lo definió en su obra, “el tiempo de las haciendas que excluían a los campesinos de toda propiedad personal, pues los amos ejercían un poder absoluto sobre arrendatarios y medianeros a quienes intimidaban con el cepo y el muñequero” (Pág. 165)

Durante el periodo previo al tabaco, la estructura latifundista, que determinó la dinámica agraria del Melonal por muchos años basada en la herencia y las castas señoriales, con el proceso de herencia y venta de la tierra transitó a una de tipo Bimodal, que según Machado (s.f.) genera procesos de polarización de la tierra al establecer dos formas dominantes de posesión, el Latifundio con grandes extensiones de tierra a manos de pocas personas y el Minifundio, en donde los pequeños y medianos agricultores poseen pocas extensiones de parcela y carecen de posibilidades para el ascenso económico y social, dada la poca capacidad de generación de recursos. Es por ello, que según Machado (s.f.) esta estructura genera una baja eficiencia de los recursos, profundizando los niveles de pobreza al no brindar a los pequeños propietarios seguridad alimentaria, acceso a la formación y desarrollo del capital social, de igual forma, des-estructura el tejido social al afectar las relaciones sociales del territorio.

Adicional a ello, Machado (2002) puntualiza que mientras en la estructura agraria Latifundista, los dueños de la tierra establecían procesos de orden social que asumía las veces del Estado instituyendo fronteras de orden físico, económico y político, en la estructura agraria Bimodal se involucran procesos de orden capitalista, en donde se amplía la vinculación a mercados locales y regionales, propiciando que los dueños de grandes proporciones posean el acceso y control de los recursos determinando la dinámica económica y agrícola de la región en donde se encuentran. Generando así un aumento constante en los índices de la pobreza en la mayoría de la población en contraposición a la acumulación de capital de un grupo reducido de personas.

En consecuencia, para el caso del Melonal que basó su economía en la caña, se pueden evidenciar tres problemas importantes durante este periodo con relación a la estructura agraria Bimodal:

El primero, que el monocultivo de la caña como base de la economía del territorio, ocupaba a la mayoría de las personas en capacidad de producción, pero, debido a las características del producto y del mercado en el que se encontraba, no generaba buenos ingresos para el pequeño o mediano productor frente al esfuerzo y personal que requería. Dos o tres meses de molienda después de 14 de espera a que se cosechara la caña exigía que la mayoría de los hombres y mujeres estuvieran noche y día en el trapiche sacando panela o

miel, que no era comprada con facilidad ni a buen precio debido a la alta oferta que había en ese periodo, como lo plantea García (1985) independiente de la cantidad de tierra o capacidad productiva de las haciendas y minifundios que conforman una estructura agraria bimodal, su economía y tecnología dependen de la demanda de los mercados locales.

No obstante que las personas dueñas de los minifundios estaban en la libertad de sembrar otros productos agrícolas, la influencia de los dueños de grandes proporciones de tierra sobre la economía local y las personas, generaba que adaptaran su vocación productiva a las necesidades del fundo, vinculándose a lo que García (1985) llamó la constelación social de la hacienda, priorizando la caña sobre otros productos a pesar del bajo margen de ganancia, el poco desarrollo tecnológico y bajas posibilidades de acumulación de capital. La constelación social de la hacienda para García es la fuente de peones para los latifundios, que provienen de los territorios que circundan las grandes haciendas.

El segundo, como resultado del primero, era la poca capacidad adquisitiva de las personas como lo recuerdan algunos habitantes del Melonal que rememoran como los agricultores dedicados a la caña vivían en condiciones de pobreza amplias, en casas de bareque y paja, con los *chisquillos* -ropa vieja- remendados y los niños desnutridos, dado que el cultivo ocupaba los terrenos y eran pocos los espacios destinados para la huerta y el pancoger; de ahí que tuvieran bajas posibilidades de mejorar sus condiciones de vida, experimentando situaciones de pobreza y dependencia de lo que dispusieran los dueños de amplias extensiones de tierra. En consecuencia, las personas tuvieron que involucrarse en actividades que para ese momento fueron perseguidas por las autoridades, como lo fue el caso de los sacatineros, un oficio tildado de ilegal pero que en las personas dejó impresa una huella de sagacidad.

Y el tercero, la relación desequilibrada en términos de tenencia y posesión de la tierra; grandes extensiones les pertenecían a pocas manos, generando que la mayoría de la población tuviera una baja o nula posesión sobre la tierra y al ser ésta el centro de la estructura, comprometía a las personas a altos niveles de vulnerabilidad social, económica y simbólica.

Fue así como la década de los treinta llegó con grandes cambios para la región que provenían de la política nacional, no solo porque se erigía un Gobierno del ala liberal en un territorio de tradición conservadora, sino que, con la reforma agraria promovida por la ley

200 de 1936 los cambios estructurales se dieron frente a la propiedad de la tierra. Los campesinos tuvieron la oportunidad de adquirir a sus patronos las tierras que tenían en posesión y así, la gran propiedad pasó a convertirse en minifundios en donde las familias hicieron sus ranchos de bareque y paja.

Es en ese contexto, en el que la Compañía Colombiana de Tabacos S.A. - Coltabaco llegó a la región con la propuesta de cambiar los viejos cultivos de caña por el del tabaco tipo negro, una planta que, aunque desconocida, fue una opción viable para poner a producir las tierras adquiridas. La industria nacional en general, incluida la tabacalera también se benefició del gobierno liberal de la época, que fortaleció la producción interna con políticas de tipo proteccionista.

Así la Compañía Colombiana de Tabaco S.A., llegó con una oferta atractiva para los labriegos, quienes, llamados por los beneficios en materias primas, capacitación y mano de obra se vincularon al cultivo. Pero como dice la canción, *nadie vende un caballo por bueno ni hacen ricos quedándose pobres*, con el paso de algunos años y al tener el control de la producción, COLTABACO cambió la forma de relacionamiento con los aparceros, estableciendo contratos y condiciones ventajosas en el proceso de siembra, cultivo y compra.

Salazar (1982) en su estudio titulado *Aparceros en Boyacá: Los condenados del Tabaco*, planteó que a pesar de que la Compañía no poseía la propiedad de la tierra, ejercía funciones equivalentes a las de terratenientes del siglo XIX frente a la forma en la que se relacionaba con los aparceros, impidiendo la posibilidad de negociación de mejores precios de compra. Como se evidenció en las crónicas biográficas elaboradas con base en los relatos de los habitantes del Melonal, la industria tabacalera realizó un proceso de fidelización que brindó posibilidades de acumulación a las personas que se vincularon a la llegada del tabaco, sin embargo, de manera procesual cambiaron las condiciones de relacionamiento a favor de la compañía, quien se estableció como proveedora de los insumos requeridos a lo largo de la cadena de valor de la siembra, cultivo y cosecha de la planta, al poseer la semilla, insumos y el monopolio de la compra del tabaco, en donde los cosecheros pasaron a depender de las determinaciones de la compañía en términos de precios y condiciones de compra.

Esto lo pudo realizar, dado que para la década de los 50 la Compañía Colombiana de Tabaco contaba con el monopolio de la producción tabacalera a nivel nacional, teniendo

amplios márgenes de ganancia debido a la sobreexplotación de los aparceros, quienes según Salazar (1982) mediante créditos de fomento se vieron subordinados a la dinámica capitalista de la industria, que no solo se apropiaba de la plusvalía derivada de su trabajo agrícola, sino que se beneficiaba de las tasas de interés generadas por el capital circulante. De igual forma, al proveer capital económico, por medio de mecanismo administrativos, como los contratos, obligaban al cosechero a producir el tabaco de la manera que lo requerían y en las condiciones que ellos establecían, logrando así reducir la producción agrícola de la región al monocultivo del tabaco.

De ahí que Coltabaco pudo diversificar sus inversiones participando en la industria hotelera, metalúrgica e hilandera. A pesar de que Protabaco, fundada en 1963, llegó a la región en 1974 e hizo competencia en el mercado tabacalero, el entramado económico que consolidó por muchos años la Colombiana de Tabacos le permitió establecer todo un conglomerado de empresas que mayoritariamente pertenecía al sector tabacalero, tomando el control del mercado y así, ejercer controles que superaban la mera regulación de la compra y venta de la planta, permitiéndose someter a la población a un control social, so pena de no comerciar la cosecha.

No obstante, la transformación generada por la industria tabacalera no solo se restringió a los procesos agrícolas e industriales, sino que impactó en la ruralidad, que como explica García (1948), esta está constituida por elementos sociales de diverso orden: social, político, jurídico, económico, etc., y que como conjunto establecen una serie de conexiones que permiten su funcionamiento, superando así el elemento geográfico, incorporándose en la concepción y actuar de las personas en el mundo social; fue precisamente ahí en donde la Compañía se estableció en una posición de poder que le permitió transformar las formas de relacionamiento de la población.

Esto se evidenció en las narraciones de algunos cosecheros del Melonal, quienes relataron la forma de relacionamiento que se estableció entre los aparceros -que no poseían tierras- y el pequeño propietario, quien por medio del crédito otorgado por la compañía al dueño de la tierra, asumía las veces de intermediario, proporcionando la tierra y los insumos para que el aparcerero junto a su familia cultivaran el tabaco; al finalizar la cosecha el dueño de la tierra vendía el producto a la compañía -que descontaba el saldo del crédito- y el dinero

resultante de la transacción era dividía en dos partes, descontándole al aparcerero de su mitad gastos adicionales que hubiera podido tener el pequeño propietario en relación al uso de la tierra, bueyes, el Caney, entre otros, y las deudas adquiridas por el aparcerero durante el proceso de siembra, cultivo y cosecha. Esto no solo implicó un proceso de sobre explotación laboral del aparcerero y su familia, sino que estableció formas de subalternidad basadas en la propiedad de la tierra y el capital, estableciendo una estructura de poder en donde la industria se ubicó en la parte superior, los dueños de la tierra en una posición intermedia y en la base, los trabajadores sin tierra y sus familias.

Analizándolo desde la perspectiva de Bourdieu (2017) la industria tabacalera poseía el capital económico al ser la fuente de financiación y compra de los cultivos, dado que el modelo de comercio que estableció se basaba en contratos escritos en los que el cosechero no solo adquiría los montos de financiación sino que se comprometía a mantener la exclusividad de venta con la Compañía, impidiendo así que la planta fuera vendida a otras compañías tabacaleras o diversificara la producción de su tierra, de igual forma establecía los precios de compra y comercialización de insumos requeridos en el proceso. Dominaba también el capital cultural al poseer el conocimiento técnico sobre el proceso de siembra y mejora de la semilla, dado que la población no conocía la forma de cultivo ni poseía formas de mejoramiento del proceso, para lo cual la compañía contaba con un equipo de agrónomos que orientaban la siembra, cultivo y cosecha, estableciendo cuáles eran las condiciones que debía cumplir la planta -clase, tamaño- para que fuera aceptada bajo condiciones que le beneficiaban a la empresa; el no cumplimiento implicaba que el cosechero fuera rechazado, perdiendo así la cosecha. Por último, gozaba del capital social al tener estrechas relaciones con las autoridades locales que se vieron beneficiadas por las rentas que el tabaco producía en la región, pues las alcaldías locales recibían montos de dinero, o como ahora se le conoce, regalías, obteniendo así poca resistencia ante sus acciones económicas y de comercio con relación a la población. Es así como las compañías de tabaco ejercieron un poder que superó las relaciones mercantiles, pues según el mismo Bourdieu, entre mayor sea el capital que se posea mayor es el poder que se ejerce en el mundo social.

Por ello, los aparceros como en los tiempos coloniales se vieron sometidos a un nuevo patrón, que, sin poseer los títulos de la tierra, ordenaba sobre ellas por medio de los

impulsadores y compradores, que se convirtieron en la voz de autoridad al determinar qué sembrar, cómo hacerlo y a quién comprar. Antiguos cosecheros expresaron las presiones que ejercían los funcionarios de la Colombiana de Tabaco para que el proceso de producción fuera bajo las condiciones que ellos planteaban, dado que, al intentar cultivar la planta de otra forma, acorde a las posibilidades del campesino, la cosecha era rechazada o se les negaba la posibilidad futura de acceso a créditos.

Lo anterior se puede evidenciar en el contrato que establecían los cosecheros con COLTABACO cuyos apartes a continuación cito textualmente del trabajo realizado por María Cristina Salazar (1982, pág. 121), en donde ella presentó el contrato suscrito entre la compañía y un cosechero de Soatá en febrero de 1978, en el cual el agricultor se comprometió a sembrar 40.000 matas de tabaco equivalentes a 20 cargas que debía entregar en las siguientes condiciones:

“El agricultor utilizará exclusivamente en dicho cultivo, los colinos, abonos, insecticidas, fungicidas y demás implementos y los préstamos en dinero que le suministremos”

“El agricultor se compromete a vender a la Compañía la totalidad de la producción de la parcela mencionada, la cual se estima que producirá 2.000 kgrs. Para una proporción estimada de 30% de primera clase, 40% de segunda y 30% de tercera o picadura, que se considera normal en una plantación de tabaco.”

“Queda establecido que la Compañía no recibirá los tabacos denominados “brozas”, “capitanes” o “berraduras”, los mojados o podridos ni los recolectados secos en la planta, verdes o inmaduros”

“El dinero al que se refiere este contrato tendrá un interés anual del 16%, y de un 16% adicional en caso de mora, sobre la totalidad del saldo pendiente de capital”

“El agricultor se compromete a entregar el tabaco a la agencia, sometiéndose a la revisión que la compañía establezca”

“Se compromete a entregar tabacos con un grado de humedad no mayor del 17%, clasificados en primera, segunda y tercera”

“Se deducirá la tercera parte del valor de cada entrega para cancelar el crédito”

“el cabal cumplimiento de sus obligaciones y el pago oportuno de sus préstamos o créditos le dará derecho a que le reembolsemos en dinero coma en la fecha acordada para la terminación de este convenio, el 40% del valor de los insumos o implementos que lo hubiéramos vendido y el monto total de los intereses causados hasta dicha fecha por concepto de los préstamos para caneyes o para cultivos y de los créditos concedidos por razón de lo estipulado en el presente”

“Parágrafo. La venta a terceros en cualquier cantidad de la producción proveniente del terreno de este contrato, el abandono o la deficiente atención del cultivo, la presentación de los tabacos con humedad ambiental inaceptable, o mojados en forma que tengan que ser rechazados por nuestros compradores hoy se considerarán incumplimiento de sus obligaciones y consiguientemente en dichos casos abra lugar a ninguna de las bonificaciones acordadas en la presente cláusula”

Frente a esta relación contractual, algunos cosecheros del Melonal expresaron que se sentían forzados por cumplir con las condiciones que se establecían por escrito al momento de comprometer las cosechas futuras de tabaco, dado que, de la compra de la planta dependía no solo la subsistencia de la familia sino el pago de las deudas adquiridas con la compañía y entidades bancarias y, ante el incumplimiento de alguno de los requerimientos de las tabacaleras la cosecha era rechazada, haciendo efectivas las cláusulas del contrato e impidiendo la posibilidad de continuar a futuro en el negocio.

Si en la época de las haciendas las personas que habitaron el norte de Boyacá debían dejar una fracción de su cosecha como pago por el uso de la tierra y gran parte del sufrimiento que implicaba arañar los pedregales que en tiempos de los Laches eran venerados, la cuestión se transfiguró con la industria del tabaco, a quienes los aparceros debían entregar la mayoría de su cosecha como pago de préstamos y herramientas sobrevaloradas que las compañías les proveía, una clase de casa Arana que no solo ejercía su poder sobre la producción agrícola, sino de la vida agraria, aprovechándose de los tabacaleros y el círculo vicioso en el que se encontraban de endeudamiento, cosecha, endeudamiento.

La contundencia con la que las tabacaleras se incorporaron a la estructura agraria de la región generó que elementos financieros y tecnológicos alcanzaran un grado importante de influencia en la vida agraria de la región, estableciendo un sistema que como Machado (2002) lo explica, articula aspectos no solo agrícolas, sino de relaciones sociales, económicas, simbólicas y culturales, etc. Es así como la cuna del cañón del Chicamocha se involucró en la industria del tabaco en todos los caminos, calles y hogares de la región, desde la limosna del sacerdote hasta la producción de pan hecha en los viejos hornos de tierra se alimentaba colateralmente de lo que se produjera del cultivo.

Mientras en el cultivo de la caña las personas que dependían de este se encontraban directamente incorporadas a su proceso agrícola, con el sistema establecido por la industria del tabaco la región pasó a tener una relación económica con la industria tabacalera. La fuerza del capital económico que movilizó hizo que los comercios se estructuraran en torno a ella, desde el cosechero, el transportador, el personal que seleccionaba el producto y demás funcionarios de las compañías, hasta las personas de los municipios circundantes que ofrecían bienes, productos y servicios, dependieron del dinero que se producía en Puente Pinzón o la Punta del Palo. Esta situación fue problemática al establecer esta fuente de ingresos para la provincia como la principal o mayoritaria, ya que no se diversificó la base económica y por el contrario consolidó una hegemonía fundada en la circulación del capital.

Esto le permitió a la industria involucrarse o impactar en el orden social y familiar ampliando las brechas sociales, un ejemplo de ello es la aparcería, forma de asociación que provenía de la estructura latifundista y las formas de relacionamiento de las haciendas, pero que María Cristina Salazar (1982) denunció que en su funcionamiento como parte de la cadena tabacalera, fue un proceso de sobreexplotación de la fuerza de trabajo del aparcerero y su familia, a quienes el dueño de la parcela emulando a los gamonales de antaño le pagaba muy por debajo de su valor real, lo cual era conveniente y permitido por las compañías. En los contratos, los dueños de la tierra no solo se comprometían con cierta cantidad de matas a sembrar y cargas a vender, sino que incluían por escrito los nombres de sus aparceros, comprometiéndolos a que continuaran trabajando para ellos. Y es que, a raíz del cultivo del tabaco, se dio una redistribución de la propiedad de las tierras por medio de la compra de las mismas derivadas de las ganancias que dejaba el negocio, fue así como a mayor cantidad de

tierras que se poseía, mayor era el reconocimiento y grado de influencia que tenían los dueños sobre los aparceros.

Tabla 1. Número de propietarios declarantes en Boavita, según el número de lotes en sus fincas, 1954

Número de lotes por finca	Propietarios declarantes		Lotes	
	Número	Por ciento	Número	Por ciento
Total	1.615	100.0	2.781	100.0
1	1.006	62.3	1.006	36.2
2	323	20.0	646	23.2
3	143	8.9	429	15.4
4	71	4.4	284	10.2
5	44	2.7	220	7.9
6	15	.9	90	3.2
7	5	.3	35	1.3
8	3	.2	24	.9
9	3	.2	27	1.0
10	2	.1	20	.7

Nota. De *El hombre y la tierra en Boyacá, bases sociológicas e históricas para una reforma agraria* (Pág. 128) Fals Borda, O. 1957. Bogotá: Editorial Antares.

embargo, Salazar (1982) expone que en las zonas de cultivo tabacalero las extensiones de tierra no correspondían al minifundio sino al microminifundio con parcelas inferiores a 1 ha, evidenciando como la industria no facilitó el acceso equitativo a las tierras, sino que se mantuvieron las brechas en relación con la posesión, dado que la variación se dio en términos de aumento en el número de fincas versus la disminuía la superficie ocupada.

Adicional a ello, fue tan asfixiante el proceso de producción que las familias terminaron siendo parte de las herramientas a las que el aparcerero echaba mano con tal de cumplir con las obligaciones adquiridas con los patrones y la compañía. Como lo expresaron varias personas que emigraron a Bogotá, el maltrato, aprovechamiento y objetivación de las mujeres y los niños se hizo común en los hogares, en donde la figura hombre, al que se le tenía servir primero, se estableció como jefatura por la tradición, la fuerza física y la violencia simbólica. Salazar (1981) fue más allá, al afirmar que hubo una relación directa entre la extensión de la tierra y el número de hijos que la familia poseía, en donde a menor proporción mayor reproducción, debido a las necesidades de mano de obra no paga. De ahí tal vez que,

Para la década de los 50 el municipio vivía un proceso de fragmentación de la tierra amplio, como lo presenta Fals Borda (1957) en 1954 se declararon ante catastro 2.781 lotes, pertenecientes a 1.615 propietarios, en donde el 62% de los declarantes poseía 1006 lotes, mientras el 8.8% era dueño de 700, cifras concordantes con la bimodalidad característica entre latifundio y minifundio. Sin

las familias dedicadas al cultivo del tabaco vivieran un proceso de ampliación -llegando a números de hasta 15 miembros como se encontró en algunas familias a las que pude vincularme en el proceso de investigación- frente al periodo previo al tabaco en donde las familias, como las de mis ancestros no superaban los 5 o 6 integrantes, claro está que esto puede ser relativo, debido a la disminución progresiva de la mortalidad infantil en la región.

Otro cambio importante que trajo el cultivo del tabaco fue el proceso de degradación de los suelos que, como lo presentó Vernazzal, Castellanos y Sellamén (2013), causó en el departamento dificultades relacionadas a la erosión y disminución de agua, debido a la deforestación de las parcelas para el cultivo. El territorio del Melonal vivió un proceso progresivo de erosión en las antiguas parcelas de cultivo del tabaco que se ubicaban a la rivera del Chicamocha, las cuales por presión del río y su poca resistencia, cedieron, afectando el capital de sus antiguos dueños, quienes vieron convertidas sus parcelas en amplios pedregales.

Esta situación también afectó los índices de productividad de la tierra en el Melonal, haciendo que la cantidad de tabaco obtenido en las cosechas disminuyera de manera procesual, como se narró en el segundo relato del capítulo anterior. De igual forma, el uso de químicos promovidos desde las compañías no solo afectó las condiciones biofísicas del espacio, pues también alteró el acervo cultural con relación a las prácticas de cultivo y fertilización de las parcelas, que se basaba en el reaprovechamiento de los residuos naturales y producidos en las casas, situación que generó una dependencia del territorio y de los cultivadores frente al uso de herbicidas y fungicidas.

Ahora bien, este sistema tabacalero incorporó en la región una lógica del capitalismo apoyada en la eficacia y la eficiencia no solo llevó a la inclusión de la familia como fuerza de trabajo con tal de disminuir costos y tiempos de producción, como lo narraron las personas del Melonal, pues no estableció condiciones adecuadas para la proletarización de la mano de obra, como pudieron ser contratos de trabajo o la prohibición del trabajo infantil, por lo que se dio una sobreexplotación de las personas que aceleró la migración a las grandes ciudades debido al agotamiento que implicó el inicio laboral no remunerado a temprana edad. La búsqueda de nuevos caminos, persiguiendo a los que antes de ellos se fueron huyendo de la violencia o cansados de la caña que solo endulzaba sus paladares, fue la senda por la que

optaron muchos en la región, estableciéndose en las ciudades bajo condiciones de vivienda compartida y hacinamiento. Como lo narraron algunas mujeres de la región que viven ahora en Bogotá, la mayoría de las personas llegaban a compartir una habitación con tres o más personas, con quienes compartían los gastos de arriendo, alimentación y servicios, pues los salarios que recibían eran bajos, dado que les empleaban en oficios varios o trabajo por horas.

Sin embargo, como lo presenta Salgado (2000) con la apertura económica promovida por el gobierno de Cesar Gaviria, los productos agrícolas provenientes de cultivos transitorios perdieron competitividad. En el caso del tabaco, como lo explica González (2004) se debió entre otros factores a las campañas de salud que promovían el no consumo del tabaco y regulaciones internacionales en términos físicos y químicos de la hoja. Esta situación fue percibida por algunas personas que manifestaron que para la década de los 90 y principios de los dos mil, hubo una disminución en la demanda del tabaco, teniendo que comenzar a llevar parte de su cosecha a otros centros de acopio de la región, como Capitanejo.

Como lo explica Aura Najar (2006), la apertura económica significó un proceso de tránsito de una economía con una amplia orientación a la sustitución de importaciones por medio de políticas proteccionistas, a un modelo neoliberal basado en el libre mercado y la disminución de intervención por parte del estado sobre el mismo. Esta situación generó efectos negativos sobre la industria nacional, en especial el sector agrícola. Tal vez como una paradoja del destino; lo que un gobierno les dio con su política proteccionista, otro gobierno Liberal se los arrebató con esta empresa neoliberal que generó un descenso en los precios de las importaciones, haciendo que el producto interno perdiera competitividad frente al extranjero, como lo explicó Najar Martínez (2006).

A pesar de que los gobiernos de turno desarrollaron acciones que pretendieron proteger la producción agrícola transitoria como el tabaco, disminuyendo los aranceles, como lo explicó Salgado (2000), la producción agrícola nacional tendió a establecer una especialización de la producción en cultivos permanentes como el café, la caña de azúcar, la palma de aceite, el banano, entre otros.

Para las tabacaleras, esta flexibilización arancelaria no fue suficiente para mantener la competitividad en un panorama de comercio internacional, pues como lo expuso Zuleta y Jaramillo (2001) en el *Informe de impacto de la industria del tabaco sobre la economía*

colombiana, presentado a la Philip Morris Colombia S.A., el valor de las exportaciones de productos sin procesar de la industria tabacalera disminuyó entre 1992 y 1999 un promedio de -4.0% anual, mientras que las exportaciones del país crecieron un promedio de 6,3% en el mismo periodo de tiempo. Esto afectó de manera consecuente los índices de cultivo, como el Ministerio de Agricultura y Desarrollo rural en el año 2005 evidenció, para la década de los 90 la superficie de cultivo de tabaco disminuyó en promedio un 2,5% anual, pasando de 19.906 ha. sembradas en 1990 a 16.131 Ha en 2003. Adicional a lo anterior, Zuleta y Jaramillo (2001) reportaron que la mano de obra empleada en el proceso de siembra, cultivo y cosecha por parte de las tabacaleras disminuyó un 4% anual en entre 1991 y 1999, debido a la reducción de áreas sembradas y producción.

Esto generó que poco a poco la industria fuera cerrando los centros de compra, deteniendo paulatinamente la producción de la planta en las provincias del Norte y Gutiérrez. El periódico el Tiempo, en el año 2002, reseñó la preocupación de los habitantes de la región del Norte de Boyacá por el cierre de Protabaco en el municipio de Soatá. El representante del gremio le expresó al diario que pedía que les permitieran seguir produciendo tabaco pues era la única fuente de empleo del que dependían más del 40%, de las familias que vivían en la parte baja de las provincias del Norte y Gutiérrez.

Sin embargo, para la industria tabacalera la tendencia negativa en relación con el mercado se mantuvo, llevando a la Compañía Colombiana de Tabaco S.A. (Coltabaco) a ofrecer sus acciones en la Bolsa de Valores de Colombia en el año 2005, en donde la multinacional Philip Morris adquirió por 299,6 millones de dólares el 96% de sus acciones. Situación similar vivió en 2011 la Productora Tabacalera de Colombia S.A.S (Protabaco) al ser comprada por la British American Tobacco (BAT) por 452 millones de dólares¹. Fue así como en menos de diez años la industria nacional tabacalera pasó a manos del capital extranjero, quienes, a pesar de realizar inversiones en el país, cerraron sus fábricas y cesaron los procesos de compra de cosechas aquí.

A partir del año 2020 la Philip Morris y la BAT suspendieron por completo la compra de tabaco y producción de cigarrillos en el país. La revista Portafolio informó en ese año que

¹ Información recuperada del portal *CincoDías* perteneciente a Ediciones El País de España en sus publicaciones virtuales del 26 de abril del 2005 y del 26 de mayo de 2011.

las compañías tomaban esta decisión argumentando que los costos de producción de cigarrillo en el país eran mayores a los de importación del producto terminado de países como México, de igual forma, explicaron que sus ganancias se estaban viendo afectadas por las campañas antitabaco y los altos índices de contrabando de cigarrillos que generó el aumento de impuestos a raíz de la ley 1335 de 2009.

Una historia que no termina.

Si bien el tabaco no era bien pago, fue la forma agrícola con la que las familias pudieron proveer de ingresos a sus hogares por mucho tiempo, de ahí que, con la salida de la industria tabacalera de la región del norte de Boyacá, la mirada se volviera a las pequeñas parcelas en donde las alcaldías municipales impulsaron nuevos caminos. Los problemas de la estructura agraria, como lo expresa Salgado (2000), se observan por parte de las instituciones desde una perspectiva de competitividad y desarrollo, por ello la lectura a las dificultades del agro que se hace desde las instituciones, se sitúa desde la óptica agrícola y de mercado, como lo hicieron las alcaldías de la región que luego de la salida de la Coltabaco y la Protabaco propusieron diversidad de proyectos que buscaron fortalecer cultivos como el tomate o la papaya, dejando de lado las dificultades ambientales y sociales de las familias que habitaban el territorio.

Sin embargo, esta perspectiva de competitividad y desarrollo no tiene en cuenta las condiciones subjetivas del territorio, como lo plantea González (2016), los modelos de desarrollo han omitido las complejidades sociales y culturales de la población, al percibir el territorio desde una mirada cartográfica. Si los campesinos y campesinas hubieran seguido la lógica planteada desde las teorías del desarrollo rural, la región hubiera perecido ante la salida de la industria, que a su paso dejó en la población un vacío económico de proporciones tan grandes que difícilmente se podrían subsanar con proyectos de dinamización de cultivos.

Fue el carácter resiliente propio del campesino y campesina de la región el que les permitió continuar a pesar de las adversidades, generando una dinamización de la economía territorial, los roles al interior de la familia, la identidad, las formas de relacionarse con el medio ambiente, transformando así el panorama en el que se encontraban. El campesinado en palabras de Chayanov, mencionado por González (2016), no es un individuo sino un

colectivo cuya forma de actuar le ha permitido sobrevivir ante las embestidas del capitalismo rural, que como lo diría Boltinik (2012), solo puede existir en la medida que campesinos pobres estén en la necesidad de vender su fuerza laboral.

Debido a que el minifundio continuó siendo la unidad de tierra sobre la que se sustentó la economía, ha sido poca la actualización en términos tecnológicos que ha tenido la región, manteniendo algunas formas tradicionales de cultivo, en donde se continúan empleando animales y herramientas cotidianas en el proceso. Sin embargo, se han recuperado viejas formas de cooperación como los convites que se vieron amenazados por el carácter de competitividad e individualismo establecido bajo la dinámica capitalista de tiempos atrás. Como lo expresa Cely (2017) en el municipio de Boavita la actividad agrícola familiar se fortalece por los lazos de cooperación que se dan por parentesco y de vecindad, permitiendo así suplir las necesidades que la escasa mano de obra ha traído para el sector; durante el trabajo de campo pude ser parte de convites o de formas de apoyo mutuo como lo es el denominado “volver la espalda”, en donde se presta la mano de obra sin remuneración económica a cambio de recibir el mismo apoyo por parte del vecino o familiar al que se le ayudo primero.

En la actualidad los lugares que tienen capacidad de cultivo están siendo utilizados para la siembra de maíz, fríjol, papaya y tomate, no obstante, no fue en el cultivo de hortalizas en donde las personas encontraron una significativa fuente de ingresos, fue debajo de la tierra, en las entrañas de la montaña. En el *Esquema de ordenamiento territorial de Boavita 2002-2010*, la Alcaldía municipal (2002) indicó que la vocación económica del 80% de la población era la ganadería y el 20% restante pertenecía a la agricultura, con relación a la minería del carbón, el documento enunciaba que dicha actividad era de autoconsumo, representada en pequeñas minas de carbón a cielo abierto en las veredas Guayabal, Lagunillas, el Cabuyal, Chulavita, San Francisco y una naciente en el Melonal. Sin embargo, el mismo informe expresó que calculaba las reservas de carbón por el orden de 45´189.144 toneladas según un estudio realizado por Minercol LTDA, citado en el documento.

En la actualidad la minería representa ingresos importantes para los campesinos y campesinas del municipio, dado el mineral ha comenzado a ser explotado de manera tecnificada. Según el portal web *Informa Colombia S.A.*, en el municipio de Boavita hacen

presencia 11 compañías legalmente constituidas dedicadas a la explotación de minas y canteras, sin embargo, según cálculos de los habitantes del Melonal, las minas actuales pueden ser un número ocho veces mayor a este, muestra de ello es un oficio publicado en la web, radicado por parte de la comunidad de la Vereda Cañitas ante la Agencia Nacional de Minas con No. 20179030050932 del 26 de julio de 2017, en donde denuncian la presencia de 20 minas ilegales en el territorio veredal, ubicado en los límites de la Uvita y Boavita,

La industria minera se estableció en algunas veredas como el Sauzal, Banegas, el Cabuyal y otras de San Mateo y la Uvita, haciendo que las personas optaran por dejar el arado, tomar las picas e internarse en las profundidades de la tierra, pues las minas no son a cielo abierto sino verticales. Las minas verticales por lo que pude observar y me explicaron los trabajadores, se abre como una especie de ascensor cavando un hueco desde la superficie que puede bajar hasta 150 metros antes de encontrar la veta del mineral, a partir de ahí, se abren túneles a los costados siguiendo la línea que da el carbón; para abrirse paso usan martillos hidráulicos y picas, que se iluminan con una tenue linterna pegada al casco, sin embargo, existe el peligro del gas pues no se puede ver y algunos ni se pueden oler; en las minas legales hay detectores y se ventila en las noches para sacar el gas, pero en la mayoría no, al ser ilegales la tecnología es poca y solo se siente el gas cuando al minero le empieza a dar sueño, de ahí que le llamen gas dormilón; de igual forma, debido a que las vetas serpentean al interior de la tierra, los mineros deben continuar bajando verticalmente y seguir abriendo túneles horizontales que deben ser reforzados con vigas de madera para soportar el peso, sin embargo, en ocasiones por evitar costos, no se refuerzan lo suficiente los corredores o se rellenan los socavones con llantas en desuso que son llevadas desde Bogotá, haciendo que las minas sean endebles

Esta actividad, aunque peligrosa, ha sido bien recibida por las generaciones más jóvenes o por las personas que han migrado de otras regiones atraídas por los atractivos salarios que deja la actividad. Y es que, según el CENSO del 2018 llevado a cabo por el DANE, en el departamento de Boyacá ha sido mayor el porcentaje de población que ha inmigrado (3,70%) que el que ha emigrado (3,20%), cuestión reflejada en que la actualidad se pueden encontrar personas de nacionalidad extranjera o provenientes de otras regiones del

país habitando el Melonal, lo que ha generado cambios culturales expresados en la comida, la música, las costumbres y formas de relacionamiento familiar.

Continuando, un minero diestro puede picar en promedio una tonelada al día, lo que se puede traducir en más en de un millón de pesos de salario semanal; este ingreso proveniente de la minería ha generado un proceso de inflación en la economía local, haciendo costosa la vida en el Melonal pues los precios de la canasta familiar en los cabeceras municipales alcanzan a tener una diferencia del 100% en comparación con lo que cuesta en Bogotá, Tunja o Duitama, situación que atestigüé en los viajes que realicé a la vereda, en donde tuve que mercar desde Bogotá, pues hacerlo en Boavita o Soatá aumentaba considerablemente el costo.

Esta situación ha sido favorable para algunas mujeres de la vereda que han optado por abrir pequeños negocios de distribución de productos o vincularse a la minera como cocineras en los ranchos, lo que evidencia el papel participativo de las mujeres en la esfera económica y productiva de la familia como lo evidencian Soler, Fonseca y Jiménez (2014) en su estudio sobre los cambios del rol femenino en contextos campesinos del departamento de Boyacá. De igual forma, esta participación no solo se ve reflejada en la producción de los recursos, sino en el destino de los mismo, lo que significa un cambio importante en relación con la situación en la que se encontraron las mujeres en los tiempos del cultivo del tabaco o antes, en donde el resultado de su trabajo era acaparado por las figuras masculinas del hogar.

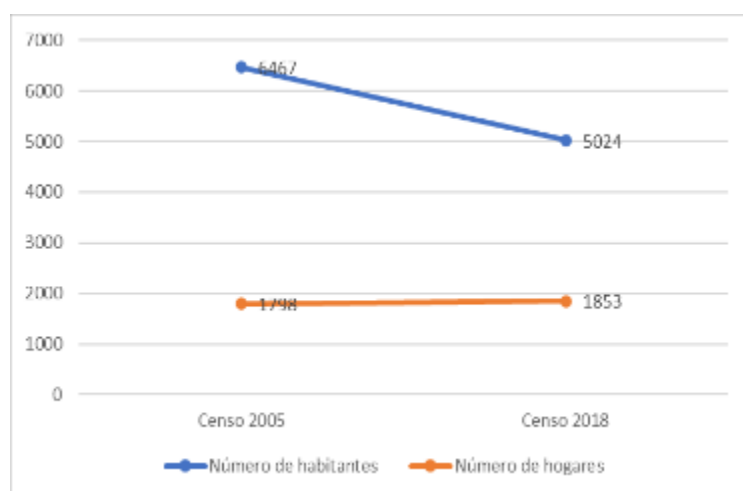


Gráfico 1 Datos comparativos Censo 2005 - 2018 desarrollado por el DANE
Datos comparados con relación al número de habitantes del municipio y número de hogares. Fuente DANE, Censo año 2005, Censo año 2018. Construcción propia.

Estos cambios en el hogar no solo se manifiestan en las dinámicas de la familia. En la actualidad al realizar un análisis comparativo entre los datos poblacionales de los Censos 2005 y 2018 elaborados por el DANE (ver gráfico 1), se observa que la población del municipio disminuyó un 22%, pasando de 6467 habitantes en

2005 a 5024 habitantes en 2018 contrastando con un aumento del 3% el número de hogares, que en 2005 correspondía a 1798 pasando en 2018 a 1853 pese a la reducción poblacional, lo que equivale a una media de 3 habitantes por hogar, concordante con mi observación en campo, en donde encontré familias de tipo nuclear, compuestas en su mayoría por esposos y en el caso de las más jóvenes por no más de tres hijos en edades adolescentes.

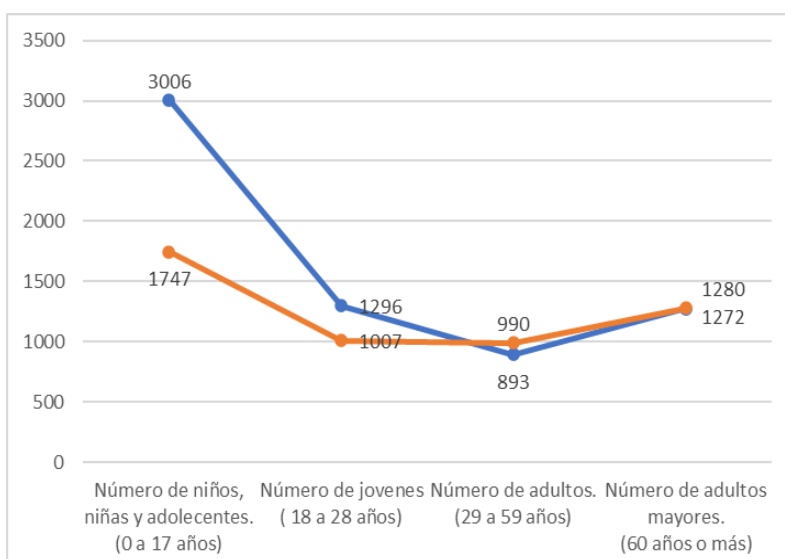


Gráfico 2 Datos comparativos grupo etario Censo 2005 - 2018 desarrollado por el DANE
 Datos comparados con relación a grupos etarios del municipio de Boavita 2005-2018.
 Fuente DANE, Censo año 2005, Censo año 2018. Construcción propia.

Sin embargo, la variación entre el 2005 y el 2018 no solo se dio en relación con el número de habitantes y de hogares, dado que la distribución etaria también sufrió amplias variaciones (ver gráfico 2). El número de niñas, niños y adolescentes (de 0 a 17 años) disminuyó un 42%, pasando de 3006 personas en 2005 a 1747 en 2018, de igual forma se

evidencia una disminución del 22% de los jóvenes de entre 18 y 28 años, que en 2005 eran 1296 habitantes y en 2018 paso a ser 1007. Por el contrario, en los grupos etarios correspondientes a adultos (29 a 59 años) el número de personas pasó de 893 en 2005 a 990 en 2018, teniendo un aumento del 11%, asimismo, la población adulta mayor (de 60 años en adelante) aumentó un 1% pasando de 1272 personas en 2005 a 1280 en 2018.

Esta información estadística evidencia que el proceso de migración en el territorio ha continuado, sobre todo en las poblaciones más jóvenes y en capacidad productiva, mientras que, la población adulta y adulta mayor ha permanecido en el territorio, teniendo una tendencia a la alta a pesar de la disminución en el número total de la población.



Fotografía 38 La resistencia de los mayores
 Álbum personal (2021) En el centro de la Foto, la señora María, una mujer de más de 80 años que se resiste a abandonar el territorio. Es común encontrarla por el camino llevando grandes atados de leña en su espalda. El Melonal, Boavita, Boyacá.

En mis jornadas de trabajo de campo, solo encontré un niño menor de 7 años viviendo en el sector de las Palmas, así como muchas casas abandonadas en medio de la resequeidad del ambiente. En ese sector especialmente la población es muy longeva, superando los 70 años, algunos ya hasta los 80. Para ellos el panorama actual más que de resiliencia es de resistencia dado que sus condiciones de vida no son tan

favorables en comparación a la de las generaciones más jóvenes, de ahí tal vez el descontento con la actividad minera que ocupa a las personas en condiciones para labrar el campo, pues es poco el personal del que pueden valerse para poner a producir sus fincas, adicional, la remuneración que pueden ofrecer no es competitiva en relación a los salarios que da el carbón y que ellos denominan “plata maldita”, pues argumentan que es dinero que se evapora en las manos de quien los posee, pues a pesar de ser mucho, se va rápidamente en “banalidades” que terminan por encarecer la vida en el Melonal. Para los mayores, cuyos ingresos dependen de los subsidios como Familias en Acción o de la cuota mensual que sus hijos les envían desde las ciudades o que llevan en tiempos de receso escolar o de vacaciones, es insoportable la situación pues a la hora de mercar deben priorizar ciertos productos sobre otros y adecuar la dieta al poder adquisitivo, más no a un régimen nutricional.



Fotografía 37 El paso del tiempo
 Álbum personal (2021) En la foto se puede observar una casa en abandono que se resiste a caer. Alrededor, la naturaleza reclama su espacio. El Melonal, Boavita, Boyacá

Sin embargo, la razón de continuar en el territorio y mantener

en las personas mayores el proyecto de vida de continuar en el Melonal, es precisamente el arraigo con la tierra, pues para ellos más que un espacio geográfico se convierte en un receptáculo de su identidad, idiosincrasia y acervo memorístico, por ello, podría decirse que lo conciben como un ser vivo que siente al igual que ellos, pues en las conversaciones con algunos habitantes personificaron los lugares, el río y la montaña como actores de su cotidianidad. Por ejemplo, en una conversación que tuve a la orilla del río, a pocos metros de una casa que se encuentra en alto riesgo, su dueño me contaba cómo “*ese señor le rascaba los chocatos*” en tiempos de invierno -refiriéndose al Chicamocha y el aumento del caudal que tenía en riesgo su vivienda- pero que, aun así, él le agradecía la agüita con la que podía regar sus tierras.

De ahí que durante el 2019 las personas mayores se vincularan activamente al rechazo del acuerdo 002 de la Corporación Autónoma Regional de Boyacá – Corpoboyaca, por medio del cual declaraba y alinderaba el *Distrito Regional de Manejo Integrado Bosques Secos del Chicamocha* ubicado en los municipios de Boavita, Tipacoque y Soatá, pues no solo vieron en peligro su capital sino que bajo el discurso de protección del medio ambiente, se les ubicó como depredadores del territorio que hace parte fundamental de su construcción social e identitaria, pues como lo enuncia Méndez (2019), por parte de las instituciones se les considera a los campesinos como responsables del daño de los territorios al condenar sus prácticas, desconociendo las construcciones sociales del territorio que generan las transformaciones del mismo.

En la actualidad, a pesar de que la Corporación Autónoma Regional derogó el acuerdo 002, una parte del Melonal se encuentra en disputa pues hay intereses privados que ven en el territorio un potencial ecoturístico debido a que el bosque seco tropical de la cuenca media del Chicamocha al estar ubicado a la mitad de la cordillera oriental posee condiciones biofísicas -fauna y flora- que lo hacen único en el país, de igual forma, en la zona se han encontrado fósiles, pues como lo explican Villarroel, Brieva y Cadena (1996), en el periodo Pleistoceno la zona fue un gran lago, de ahí que se puedan observar con facilidad estos artefactos en piedras o el lecho del río, lo que se suma al atractivo turístico de la región.

A pesar de que en el Plan de desarrollo 2020-2023 “POR BOAVITA TODOS CON EL ALMA” se establece el programa *Boavita Crece: productividad, turismo y empleo*, y en



Fotografía 39 El territorio en disputa

Álbum personal (2022) En la fotografía se pueden observar las cuerdas de alambre que fueron tumbadas a la fuerza por personas que reclaman el territorio como suyo.

cuyo subprograma “*Boavita turístico*” instituye entre sus objetivos el “Garantizar que la actividad turística se convierta en un renglón económico, de desarrollo y la generación de empleo” (Pág. 205), algunas familias y grupos de privados motivadas por establecer servicios ecoturísticos han comprado tierras de manera desproporcionada y se han hecho de los derechos que los

habitantes tenían sobre los potreros o espacios comunales, por lo que han reclamado posesión sobre espacios que por muchos años han utilizado los campesinos y campesinas, llegando en algunos casos a amedrentar por medio del uso de la fuerza o de acciones legales a quienes se les han opuesto.

Es así como la ruralidad melonense está compuesta por múltiples espacios y lecturas que complejizan su comprensión al estar compuesta por una amplia gama de prácticas, representaciones y apropiaciones, que se expresan desde diversas expresiones culturales, sociales y económicas. Desde su arquitectura en donde se mezcla el pasado colonial con las construcciones actuales, la música que posee una amplia influencia de México y las cuerdas del interior del país, la gastronomía, las formas de cultivo que entremezclan el pasado indígena y colonial con las prácticas del presente, el acento con el que se habla –fuerte y poético- o las formas de apropiación del territorio, llegando al punto de personificar la naturaleza, son solo algunas muestras de esa diversidad que enriquece a la vereda.

De ahí la importancia de reconocer en el Melonal, como lo expresa Salgado (2000) a los actores sociales desde una postura heterogénea pues una homogeneizada sería caer en el

imaginario rural que sitúa a los sujetos rurales en el anacronismo, amarrados al pasado y al atraso.

Sin embargo, esa heterogeneidad de la que habla Salgado no se construye en el presente, sino que responde a un proceso histórico, es por ello por lo que este proceso de investigación cobra relevancia no solo para los habitantes del Melonal, sino de la provincia del Norte de Boyacá y porque no decirlo, de la comunidad académica y gubernamental interesada en el sector rural. Pues al conocer las transformaciones de la ruralidad y su estructura agraria a partir de la producción agrícola del tabaco se puede comprender con mayor claridad el presente de la región.

A Modo De Cierre

Este trasegar por medio de la memoria, las vivencias familiares y la experiencia investigativa, de manera concreta y a modo de cierre, quiero reafirmar los hallazgos sobre cuáles fueron las transformaciones de la ruralidad y su estructura agraria a partir de la producción agrícola del tabaco en el Melonal se concentran en tres aspectos importantes:

Con relación a las condiciones institucionales que se establecieron en la estructura agraria con la llegada del tabaco, se evidenció que el músculo de capital proveniente de la industria tabacalera que se le inyectó a la región en la que existían previamente condiciones de pobreza en la población, le permitió establecer una hegemonía que permeó el andamiaje institucional del territorio. No solo estableció a las compañías de tabaco como instituciones dinamizadoras de la dinámica económica regional, sino que influyó en las del ámbito social como la familia, la escuela, la religión y la gubernamental.

Situación que generó poca resistencia ante las dinámicas económicas en las que los pobladores se encontraban en una condición de desventaja, dado que, la población no tuvo la capacidad intelectual, política o espiritual de establecer una posición u organización de contra poder. Por el contrario, las instituciones se adecuaron a las disposiciones que provenían de la institucionalidad tabacalera, pues así, se garantizaba el cumplimiento de los requisitos establecidos por la industria de cuyo acatamiento estricto dependía la posibilidad de continuar vinculados al proceso productivo. Este escenario posiblemente fue favorecido por la alta dependencia que desarrolló previamente la población a las elites regionales y políticas, que por muchos años determinaron la dinámica social de la región, involucrando a sus pobladores en disputas violentas y lógicas propias de la colonia.

La centralización de la dinámica institucional en la producción del tabaco y el alto grado de subordinación, ubicaron a la población en un estado de vulnerabilidad social y económica, dado que al ser la fuente de recursos que mayores ingresos generaba en su momento, la estabilidad dependía de la permanencia de las tabacaleras en el territorio. Empero, las lógicas pragmáticas del capitalismo de las compañías tabacaleras desconocieron las necesidades de las personas anteponiendo las institucionales, por ello finalizaron la relación económica con la región sin tener en cuenta el impacto que la salida iba a generar ni establecieron planes de mitigación frente a las consecuencias económicas y sociales.

Las instituciones familiares, sociales y gubernamentales se encuentran en un proceso de reestructuración, estableciendo o reestableciendo formas de relacionamiento acorde a las necesidades presentes. Sin embargo, debido al vacío que el sistema tabacalero dejó en la estructura agraria, es probable que a mediano plazo sea ocupada por una nueva hegemonía ligada a los procesos mineros o turísticos que se inician en la región actualmente, dado que la población no cuenta con los recursos de capital, culturales o sociales que les permita desarrollar de manera autónoma procesos que favorezcan la sostenibilidad equitativa de la región.

Ahora bien, frente al impacto de la industria del tabaco en las personas del Melonal el proceso de investigación evidenció que este se dio en diferentes ámbitos. El primero de ellos, que es notorio dado que se manifiesta en el cuerpo de las personas, son las afectaciones físicas que el proceso de siembra, cultivo y cosecha generó. La mayoría de personas mayores y adultas que vivieron como jornaleros o cosecheros el proceso productivo del tabaco en la actualidad presentan dolencias de tipo muscular, óseo y/o respiratorio, ya que la exigencia física que demandaba por momentos procesos como: la abonada, con noches de riego en el frío y la intemperie; la recogida que durante largas horas obligaba a las personas estar agachadas con montones de hojas debajo del brazo; la maletada en donde cargas de 50 o más kilos debían ser llevadas a la espalda por largas distancias, desde el surco hasta el caney; las amplias jornadas sentados en el piso del tambo ensartando en agujas las miles de hojas que debían ser secadas y otros tantos momentos de la cadena de producción, hicieron que los cuerpos soportó las dificultades que el proceso del tabaco imponía y que hoy les pasa factura.

También produjo en los habitantes afectaciones de tipo cultural al ir modificando prácticas ancestrales que por generaciones habían desarrollado en sintonía con el medio ambiente y que fortalecían los vínculos sociales, al promover la asociatividad como medio para superar las dificultades. El individualismo que se promovió desde la lógica capitalista implementada por la industria tabacalera generó en las personas un proceso de vulneración hacia el otro, en donde, amenazados por el posible incumplimiento de los compromisos adquiridos con las compañías, se implementaron lógicas de explotación laboral y salarial por medio de prácticas como la aparcería.

Adicional a ello, la industria del tabaco ocasionó un resquebrajamiento de las redes familiares, en donde se establecieron estructuras patriarcales que utilizaron la familia como medio de producción y no de relacionamiento afectivo, haciendo que el uso de la fuerza, la violencia económica, física y simbólica, llevara a una subalternización de la mujer y los hijos. Como resultado las generaciones jóvenes migraron a ambientes urbanos, en donde emprendieron nuevos oficios ligados a sectores diferentes al agrícola, de ahí que, en la actualidad la mano de obra en la vereda sea escasa y las personas que se fueron solo vuelvan como visitantes estacionales, cuyo interés no es el de regresar de forma permanente.

De igual forma, a pesar de que con la industria del tabaco se estableció una dinámica capitalista que apalancó procesos de reorganización de la dinámica social y económica de la región, la tierra continúa siendo la base de la estructura agraria, que ahora se ve envuelta en la disputa por cuál será su vocación económica ante el vacío que dejó la industria del Tabaco. Por un lado, la vocación ecoturística, apalancada por medio de la compra de predios y el ejercicio del poder de algunas familias acaudaladas que pretenden modificar el uso de la tierra para establecer proyectos privados de índole turística, o por el otro, la vocación minera, que viene en un proceso de fortalecimiento debido a la apertura de decenas de minas legales e ilegales, que han generado amplios márgenes de ingreso no solo para quienes están involucrados en el proceso de extracción, sino también a las familias que se benefician de manera residual.

Se evidenció las transformaciones en el proceso agrícola y biofísico de la región, en donde la tierra tuvo afectaciones importantes en su consistencia, dado el grado de resequead que tiene en la actualidad como consecuencia del cultivo tabacalero. Esto ha hecho que en la actualidad la posibilidad de diversificación de siembra sea poca pues los terrenos no cuentan con la misma riqueza mineral que tenía años atrás por lo que deben implementarse procesos químicos que permitan el afloramiento de las semillas. De igual forma, el proceso de erosión ha facilitado que el río se lleve paulatinamente los terrenos que se encuentran en las laderas, disminuyendo así el capital de las personas.

Por último, considero que uno de los hallazgos más importantes fue el de encontrar en los campesinos y campesinas del Melonal, personas cargadas de significados, memoria, conocimientos, sabiduría, fuerza, resistencia y resiliencia, que han sabido enfrentar el

utilitarismo y objetivación de los procesos agroindustriales que el capital impuso en la región. Ellos son fuente viva de conocimiento e historia que requiere de más escenarios en donde se pueda manifestar todo lo que tienen aún por contar, de ahí que sea importante la promoción de escenarios de memoria del campesino, cuya figura se deforma cobijada por ese adjetivo que homogeniza a las personas ligándolas al lugar que habitan y las prácticas que realizan.

Sin embargo, el campesino y campesina contiene un acervo que los dota de un significado amplio que requiere de escucha y reconocimiento para que pueda ser expresado con claridad. Y es ahí en donde se deben abandonar los miedos, los prejuicios y las estructuras que nos atan al formalismo del relacionamiento mediado por lo objetivo, lo institucional y lo académico. Por el contrario, para poder vivir la riqueza que lo rural contiene, debemos abrazar la subjetividad, la historia familiar y el pasado, un pasado campesino que en la mayoría de los que habitamos este territorio llamado Colombia llevamos en el interior, en los nombres de hombres y mujeres que labraron la tierra, y qué con su sacrificio, entrega y amor, apalancaron las condiciones para que podamos estar en el lugar que habitamos.

Referencias

- Acuerdo 002 de 2019 (Corporación Autónoma Regional de Boyacá – CORPOBOYACA).
Por el cual se declare y alindera el Distrito Regional de Manejo Integrado Bosques Secos del Chicamocha ubicado en los municipios de Boavita, Tipacoque y Soatá jurisdicción de la Corporación Autónoma Regional de Boyacá – Corpoboyacá y se dictan otras determinaciones. 31 de enero de 2019.
- Agustín, O. H. (2002). *Las Confesiones de San Agustín: Textos escogidos*. Gaia Ediciones.
- Arfuch, L. (2002). *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*. Fondo de Cultura Económica.
- Benjamin, W. (1971) *ANGELUS NOVUS*, Tesis de filosofía de la historia. Barcelona: EDHASA
- Bertaux, D. (2011). El enfoque biográfico: su validez metodológica, sus potencialidades. *Acta Sociológica*, 1(56), 61–93.
- Blanco, M. (2012). Autoetnografía: una forma narrativa de generación de conocimientos. *Andamios*, 9(19), 49-74.
- Bermúdez, A. (2020) Aproximación al pensamiento de Eduardo Caballero Calderón en el semanario *Sábado* (1945-1953) durante la época de la Violencia, Trabajo de grado para optar por el título de Filóloga Hispanista, Universidad de Antioquia.
- Bohórquez, C. A. (2018) *Identidad política en los relatos del 9 de abril en Boyacá*, tesis para optar por el título de magister en lingüística, Universidad Pedagógica Y Tecnológica De Colombia - UPTC
- Boltvinik, J. (2012). Pobreza y resistencia del campesinado: teoría, revisión bibliográfica y debate internacional. *Mundo Siglo XXI*, Núm. 28, Vol. VIII. pp. 19-39
- Bourdieu, P. & Passeron, J. C. (2009) *Los herederos. Los estudiantes y la cultura*. Siglo XXI Buenos Aires.
- Bourdieu, P. (1989). La ilusión biográfica. *Historia y Fuente Oral*, 2, 27–33.
<http://www.jstor.org/stable/27753247>

- Bourdieu, P. (1997). Razones prácticas sobre la teoría de la acción. (T. Kauf, Trad.)
Barcelona: Editorial Anagrama.
- Bourdieu, P., & Sayad, A. (2017). El desarraigo la violencia del capitalismo en una
sociedad rural. Siglo Veintiuno Editores.
- Bourdieu, P., Chamboredon, J. & Passeron, J., (2008). El oficio de sociólogo: Presupuestos
epistemológicos. Siglo XXI Editores.
- Bourgois, P. (2010). En busca de respeto: Vendiendo crack en Harlem. Siglo XXI Editores,
S.A. de C.V.
- Caballero Calderón, E. (2017). Siervo sin tierra. Bogotá: Ministerio de Cultura: Biblioteca
Nacional de Colombia.
- Calderón, G. R. (2015) Sector tabacalero: caracterización ocupacional. Investigaciones
sectoriales Servicio Nacional de Aprendizaje, SENA
- Cely, S. L. (2017). Caracterización socioeconómica y empresarial jurisdicción cámara de
comercio de Duitama. Cámara de comercio de Duitama.
- Cornejo, M., Faúndez, X., & Besoain, C. (2017). El análisis de datos en enfoques
biográficos-narrativos: desde los métodos hacia una intencionalidad analítica.
Forum Qualitative Social Research Sozialforschung, 18(1), 16.
- CORPOAIRE. (2002). Subsistema económico. En Esquema de ordenamiento territorial de
Boavita 2002-2010. Alcaldía Municipal de Boavita Boyacá
- Cortés, P. (2011). El Sentido de las historias de vida en investigaciones socioeducativas.
Una revisión crítica en Hernández, Sancho y Rivas (coord.). Historias de Vida en
Educación. Biografías en Contexto. ESBRINA-RECERCA, Universidad de
Barcelona, N°4. Pp. 68-74.
- De Sousa Santos, B., & Meneses, M. P. (2014). Epistemologías del Sur. Ediciones Akal,
S.A.
- Departamento Administrativo Nacional de Estadística DANE (2018) Censo Nacional de
Población y Vivienda 2018. Colombia

- Ellis, C., Adams, T. E., & Bochner, A. P. (2015). Autoetnografía: un panorama. *Astrolabio*, (14), 249–273.
- Espinel, J. J. (2018) Boyacá y su expansión desde la guerra de los mil días: elementos historiográficos para un análisis de la violencia conservadora, tesis para optar por el grado de Magister en Historia, Universidad Pedagógica Y Tecnológica De Colombia - UPTC
- Fals Borda, O. (1957). El hombre y la tierra en Boyacá, bases sociológicas e históricas para una reforma agraria. Bogotá: Editorial Antares.
- Fals Borda, O. (2017). Campesinos de los Andes y otros escritos antológicos. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Farah, M. (1996). Equidad de género y sostenibilidad de sistemas de producción en el medio rural, Evidencias empíricas en la cuenca media del río Chicamocha departamento de Boyacá (Colombia). *Cuadernos de Desarrollo Rural* (37), 81-99.
- Feyerabend, P., & Ribes, D. (2008). Tratado contra el método (5.a ed.). Tecnos.
- Figuroa, R. J. (2022) Relatos de "todo lo malo": el caso de Chulavita, memoria sobre La Violencia, monografía de grado para optar por el título de antropólogo, Universidad De Los Andes.
- Flórez, L. (1943). El habla popular en la literatura colombiana. En *Boletín del instituto Caro y Cuervo* (Vol. 2, pp. 318-361). Instituto Caro y Cuervo.
- García, A. (1948). Bases de la economía contemporánea. Bogotá: Plaza y Janes, Editores Colombia Ltda.
- García, A. (1969). El problema agrario en América Latina. *Revista De La Universidad Nacional* (1944 - 1992), (3), 5–27. Recuperado a partir de <https://revistas.unal.edu.co/index.php/revistaun/article/view/11695>
- García, A. (1973). Reforma Agraria y dominación social en América Latina. Buenos Aires: Ediciones Siap.

- García, A. (1986). *Reforma agraria y desarrollo capitalista en América Latina*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- García, M. (2004) Reseña de "El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea" de Leonor Arfuch. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, vol. XLVI, núm. 190, pp. 232-238
- García, M. (2012). *Análisis de las transformaciones de la estructura agraria hortícola platense en los últimos 20 años*. La Plata, Buenos Aires: Universidad Nacional de la Plata.
- Geertz, C. (2003). *La interpretación de las culturas* (Duodécima impresión). Gredisa editorial.
- González, N. (2004) *Análisis de las exportaciones colombianas de tabaco negro tipo cubita (1990 – 2002)*. Trabajo de grado presentado como requisito para obtener el título de Administradora de Empresas, Universidad Tecnológica De Bolívar.
- González, W. (2016). Estructura agraria: lógicas disimiles en la concepción del territorio. *Perspectiva Geográfica*, 21(1), 111–126.
- Guber, R. (2005). *El salvaje metropolitano: reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Paidós.
- Henao, J. M., & Arrubla, G. (1920). *Historia de Colombia para la enseñanza secundaria*. Tomo I. Bogotá: Librería Colombiana. Camacho Roldan & Tamayo.
- Landín, M., & Sánchez, S. (2019). El método biográfico-narrativo. Una herramienta para la investigación educativa. *Educación XXVIII*, 54, 227-242.
- Ley 1335 de 2009. Disposiciones por medio de las cuales se previenen daños a la salud de los menores de edad, la población no fumadora y se estipulan políticas públicas para la prevención del consumo del tabaco y el abandono de la dependencia del tabaco del fumador y sus derivados en la población colombiana. 21 de julio de 2009. D.O. No. 47.417

- Machado, A (s.f.) Tenencia de tierras, problema agrario y conflicto. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Machado, A. (2002). De la estructura agraria al sistema Agroindustrial. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Matijasevic A, M. T. (2015). Experiencias de reconocimiento y menosprecio en campesinas y campesinos de Caldas. Obtenido de Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO): <http://biblioteca.clacso.edu.ar/Colombia/alianza-cinde-umz/20160121124205/MariaTMatijasevic.pdf>
- Méndez, O. L. (2019). “Los intereses emergentes sobre la alta montaña y la vida campesina: tensiones y contradicciones de la delimitación de páramos en Colombia.” Cuadernos de Geografía: Revista Colombiana de Geografía 28 (2): 322-339. doi: 10.15446/rcdg.v28n2.70549.
- Meza Ramírez, C. A. (2014). Monopolio de licores y proscripción de destilados ilegales en Colombia. ANTÍPODA N°19, 69-91.
- Mojica, A. & Paredes, J. (2005) características del cultivo del tabaco en Santander. Ensayos sobre economía regional. Centro Regional de Estudios Económicos Bucaramanga: Banco de la República.
- Molano, A. (1998). Mi historia de vida con las historias de vida. In Lulle, T., Vargas, P., & Zamudio, L. (Eds.), Los usos de la historia de vida en las ciencias sociales. I. Institut français d'études andines.
- Molano, A. (2009) La gente no habla en conceptos, a menos que quiera esconderse. XVI Congreso de la Asociación de Colombianistas, Charlottesville.
- Molano, A. (2015). Los años del tropel: crónicas de la violencia. DEBOLSILLO.
- Nájar, A. I. (2006). Apertura económica en Colombia y el sector externo (1990 -2004). Apuntes del Cenes, 26(41), 77-98.
- Ocampo, J. A., & Montenegro, S. (2006). Crisis mundial, protección e industrialización. Editorial Norma.

- Olson, M. (1992). *La lógica de la acción colectiva: bienes públicos y la teoría de grupos*. México D.F. Editorial Limusa
- Pérez, E. (2001) *Hacia una nueva visión de lo rural*. En G. Giarraca (Comp.), *¿Una nueva ruralidad em América Latina?* pp. 17-29. Buenos Aires: FLACSO
- Pollak, M. (2006). *Memoria, olvido, silencio. La producción social de identidades frente a situaciones límite*. La Plata: Ediciones Al Margen.
- Restrepo, E. (2018). *Técnicas etnográficas*.
- Richardson (2003). *Escribir un método de indagación*, en Denzin, N. & Lincoln, Y. (Eds.), *En Recopilar e interpretar materiales cualitativos*. Thousand Oaks, California.
- Rojas Gómez, M. (2015). *Idea del Tiempo en San Agustín*. *Tiempo Y Espacio*, (5), 123–132. Recuperado a partir de <https://revistas.ubiobio.cl/index.php/TYE/article/view/1583>
- Rosati, G., & Chazarreta, A. (2020). *Tipos de estructuras sociales agrarias en la formación social argentina. Un análisis a nivel departamental: 2001-2002*. *Mundo Agrario* 2020, 21(48).
- Salazar, M. C. (1981). *Los condenados del tabaco: aparceros en Boyacá*. En *Campesinado y capitalismo en Colombia* (pp. 123-148). CINEP.
- Salazar, M. C. (1982). *APARCEROS EN BOYACA: Los condenados del tabaco*. Ediciones tercer mundo.
- Salvadori de Decca, E. (2012). *Historia a contrapelo: sobre vencedores y vencidos*. En M. I. Mudrovcic & N. Rabotnikof (Eds.), *En busca del pasado perdido. Temporalidad, historia y memoria*. Siglo XXI editores.
- Soler, D. M., Fonseca, J. A., & Jiménez, R. A. (2014). *Cambios en el rol de la mujer en los diversos contextos de los sistemas productivos campesinos en el departamento de Boyacá, Colombia*. *Revista De Investigación Agraria Y Ambiental*, 5(2), 205–219. <https://doi.org/10.22490/21456453.1337>
- Tarrow, S. (1998). *El poder en movimiento*. Madrid. Alianza Editorial.

- Tilly, C y Wood, L. J. (2010). Los movimientos sociales, 1768 – 2008. Desde sus orígenes hasta Facebook. Barcelona. Editorial Crítica.
- Torres Carrillo, A. (2013). La ciudad en la sombra: barrios y luchas populares en Bogotá 1950-1977. 2º ed. Bogotá: Universidad Piloto de Colombia.
- Vernazza, A., Castellanos, C., & Sellamen, A. (2014). Responsabilidad social empresarial en la industria del tabaco en Colombia. *Revista CIFE: Lecturas de Economía Social*, 16(24), 89. <https://doi.org/10.15332/s2248-4914.2014.0024.03>
- Villamarín, H. (1979). El Norte de Boyacá. En V. Landínez (Ed.), *EL LECTOR BOYACENSE “Identidad Regional y Nacional del Pueblo Boyacense”* (primera, pp. 213-227). La Rana y El Águila.
- Villarroel, C.; Brieva, J. & Cadena, A. (1996). La fauna de mamíferos fósiles del pleistoceno de Jutua, municipio de Soatá (Boyacá, Colombia). *Geología Colombiana* No.21, p. 81-87, 1 Lamina, Bogotá.
- Wacquant, L. J. D., & Hernández, M. (2006). *Entre Las Cuerdas: Cuadernos de Un Aprendiz de Boxeador*. Siglo XXI de España Editores, S.A.
- Zambrano, F. (1979). Auge de la economía tabacalera. *Sociología: Revista De La Facultad De Sociología De Unaula*, (1), 15–25. Recuperado a partir de <https://publicaciones.unaula.edu.co/index.php/sociologiaUNAULA/article/view/1002>
- Zemelman M., H., (2021). Pensar Teórico y Pensar Epistémico: los retos de las Ciencias Sociales latinoamericanas. *Espacio Abierto*, 30(3), 234-244.
- Zuleta, L. A., & Jaramillo, L. (2001). Estudio de impacto de la industria del tabaco sobre la economía colombiana dirigido a la Philip Morris Colombia S.A. FEDESARROLLO.

Artículos de prensa

- British American Tobacco cierra operación agrícola en Colombia. (2022, 21 agosto). Portafolio. Recuperado 4 de enero de 2023, de

<https://www.portafolio.co/negocios/empresas/british-american-tobacco-cierra-operacion-agricola-en-colombia-543860>

British American Tobacco compra la colombiana Protabaco. (2011, 24 mayo). CincoDías.

Recuperado 6 de enero de 2023, de

https://cincodias.elpais.com/cincodias/2011/05/26/empresas/1306576752_850215.html

El fin de los cigarrillos ‘made in’ Colombia. (2019, 8 junio). El Tiempo.

<https://www.eltiempo.com/economia/empresas/coltabaco-cierra-sus-plantas-en-colombia-373026>

Humo blanco para la venta de Protabaco. (2011, 26 mayo). *El Heraldó*.

<https://www.elheraldo.co/economia/humo-blanco-para-la-venta-de-protabaco-22924>

Philip Morris cierra sus plantas de cigarrillos en Colombia. (2019, 5 junio). *Semana*.

<https://www.semana.com/empresas/articulo/philip-morris-cierra-sus-plantas-de-cigarrillos-en-colombia/272874/>

Philip Morris compra la colombiana Coltabaco por 300 millones de dólares. (2005, 26 abril). CincoDías. Recuperado 6 de enero de 2023, de

https://cincodias.elpais.com/cincodias/2005/04/26/empresas/1114522789_850215.html

Philip Morris, fabricante de Marlboro, cierra sus plantas en Colombia. (2019, 5 junio).

Portafolio. Recuperado 4 de enero de 2023, de

<https://www.portafolio.co/negocios/empresas/philip-morris-fabricante-de-malboro-cierra-sus-plantas-en-colombia-530287>

Se cayó la producción de tabaco en Colombia, dicen cultivadores. (2021, 26 septiembre).

Caracol Radio.

https://caracol.com.co/programa/2021/09/26/al_campo/1632615387_054230.html

Tabacaleros de norte abogan por PROTABACO. (2002, 23 abril). El Tiempo. Recuperado 21 de junio de 2021, de <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1356457>

Tabacaleros pierden la hoja en los caneyes. (2011, 10 octubre). *Vanguardia*.

<https://www.vanguardia.com/area-metropolitana/bucaramanga/tabacaleros-pierden-la-hoja-en-los-caneyes-DAVL127598>

Anexo 1. Glosario

Abominaba: Sinónimo popular utilizado para referirse a la acción de abonar la tierra.

Aguamiel: Bebida o limonada preparada a base de miel o caña.

Ah malaya: Expresión que denota nostalgia o melancolía.

Alambique: Artefacto utilizado para la destilación del guarapo de caña por medio del vapor para la elaboración de aguardiente artesanal.

Aljibe: Hueco en la tierra o estanque en donde se almacena agua.

Aparcero: Persona que trabajaba cultivando la finca de un tercero por parcelas para usufructo compartido, dado que la producción se compartía con el dueño de la tierra. En ocasiones el aparcero vivía en el mismo predio que cultivaba.

Aporcar: Momento del cultivo en el que se le hecha más tierra al surco.

Arnillas: Cuña de madera utilizada para impedir que las masas de piedra se separaran del trapiche.

Arralar: Acción de separar, apartar o abrir espacio entre dos o más objetos.

Asina: Expresión de afirmación o consecuencia

Atisbar: Mirar o contemplar algo o alguien; acción imprevista o improvisada.

Atuchar: Cargar a una persona a la espalda.

Bagazo: También conocido como gabazo, es el residuo de la caña posterior a la extracción del dulce o guarapo en el trapiche.

Boludas: Sinónimo de redondo o esférico.

Cabresto: Manija de canasta; trasladar a un animal halándolo frente a él.

Cajonear: Compactar o embalar las hojas de tabaco para la venta.

Calabazo: Recipiente de totuma en donde se carga agua.

Camaján: Persona de corpulencia grande

Camareta: Guadua ubicada horizontalmente al interior de espacios dejados en la pared de los caneyes, en donde se colgaban las sartas de tabaco luego de ser picadas.

Camorra - Chirinola: Adjetivo, pelea o disgusto verbal entre dos o más personas que no implica la agresión física.

Camuros: Raza ovina traída del África, también conocida como Pelona, al ser una oveja de pelo, no lanuda.

Caney o **Tambo**: Construcción abierta, elaborada generalmente en tapia o ladrillo, utilizada para realizar el proceso de secado de la hoja del tabaco.

Canto: Regazo para alzar o amparar algo.

Cequia: Zanja por donde pasa el agua, ya sea para comer o regar.

Chácaro, Guarneto, Guajaro: Niño pequeño.

Chirle: Consistencia aguada de un material que por lo general es firme.

Chisquilo o **Chánchiro**: Ropa barata o en mal estado.

Chistar: Decir o expresar algo.

Chocato, Alpargate o **Cotiza**: Calzado utilizado en las zonas rurales hecho de tela, lona o cáñamo cuya suela es elaborada con llanta de carro.

Chora: Adjetivo que se le da a serpientes o culebras de gran tamaño. En el ámbito urbano, por lo general se utiliza para referirse a la ladrona.

Cochada: Da cuenta de la cantidad de algo; en la minería, hace referencia a la cantidad que cabe en el coche que transporta por ejemplo el carbón.

Colino: Plántula de la mata de tabaco que es trasplantada del semillero a la tierra.

Convites: Convocatoria de dos o más personas para la realización de una tarea grupal no remunerada que contribuye a la consecución de un objetivo individual, en donde le convocante brinda comida y bebida a las personas que asisten.

Corinchear: Oficio propio del proceso de elaboración de la panela, su función es batir el guarapo con el que se elabora la miel, que posteriormente extiende en las gavetas.

Currucuy: Búho

Cutes: Utensilios o menaje de la cocina.

Dental: Engranaje que permite girar el trapiche, se le llamaba dental por la forma dentada que se labraba en la piedra.

Encamaretar: Acción de colgar las sartas de tabaco en las camaretas

Engarrotado: Estado en el que la persona tiene mucho frío.

Escaño: Escalón

Escapitas: Expresión para dar cuenta que algo por poco sucede.

Estanco: Tienda donde se vendían bebidas alcohólicas del monopolio del Estado.

Garabato: Artefacto elaborado de madera en forma de oz, utilizado para colgar cosas o asegurar las maletas de tabaco.

Guando: Camilla artesanal utilizada para trasladar enfermos o muertos.

Guarapo: Bebida embriagante fermentada a base de maíz; dulce líquido extraído de la caña de azúcar en el proceso de molienda.

Jartar: Consumir una bebida, por lo general alcohólica

Jecho: Persona mayor o longeva; fruta madura, lista para consumir.

Jipa: Sombrero de paja tejido a mano

Majada: Sinónimo de excremento animal utilizado para fertilizar la tierra.

Maleta de tabaco: Recipiente artesanal elaborado con tira de fique, en donde se embalaba el tabaco para ser transportado del corte al caney.

Manco: Persona que presenta amputación de alguno de sus miembros.

Mañaniar: Levantarse temprano para cumplir con una obligación o tarea.

Mapuro: Animal, zorrillo.

Masas: Piedras de forma redonda utilizadas para moler la caña en los trapiches antiguos. Su forma se asemeja a la de una moneda china.

Miche, Chirrinche o Tapetusa: Aguardiente elaborado a base de caña y destilado de manera artesanal.

Mogas: Parcela o cuadro de tierra fertilizada utilizada para la elaboración de semilleros de tabaco de donde brotan los Colinos.

Palear: Ablandar la tierra utilizando un azadón.

Pandear: Curvar o doblar de forma cóncava.

Picar tabaco: Atravesar la vena de las hojas del tabaco con una aguja de metal para ser enhebradas en una cabuya de fique para elaborar las sargas.

Picacho: Término utilizado para referirse a una montaña que termina en punta.

Pionadas: Hace referencia al conjunto de trabajadores o peones que trabajan juntos en una parcela.

Rangiar: Momento en el que el cultivo está listo para la cosecha.

Riche: Residuo de la cosecha que por su tamaño o calidad no se utiliza para el comercio o consumo.

Rumbo: Partículas de óxido o metal.

Sacatines: Persona que produce el aguardiente de manera artesanal.

Sarta de tabaco: Cantidad de hojas indeterminada cuya medida era la extensión de cuatro agujas de picar tabaco.

Sopón: Persona desagradable, grosera o del humor.

Taita: Sustantivo utilizado para referirse al papá o abuelo.

Tapia: Pared hecha de barro, por medio del uso de cajones que se llenan con el sedimento para ser compactadas.

Tochada: Acción carente de sentido.

Toma: Canal por medio del cual se traslada el agua utilizada para el riego de cultivo.

Trompiar: Disgusto o pelea entre dos personas que involucra los golpes.

Tuno: Planta propia del clima seco también conocida como cactus.

Zurrón: Persona joven o adolescente.